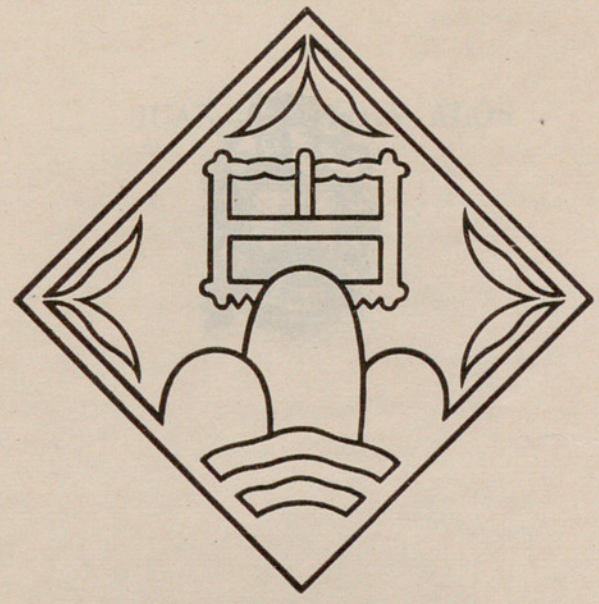
# MONTSERRAT

## Montaña Santa

MONTSERRAT
Montaña Santa

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO
Adquirido

# MONTSERRAT



# MONTAÑA SANTA

MONTSERRAT

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

# MONTSERRAT, MONTAÑA SANTA

POR

JUAN BALDOMÁ ALÓS

EDITORIAL BORRÁS
J. BOIX FORT, Editor

*Derechos reservados para esta edición, Copyright,*
*Editorial Borrás, 1945. Printed in Spain.*

OBISPADO DE BARCELONA

Nihil obstat

El Censor,

Remigio Aixelá, O. S. B.

Barcelona, 16 de enero de 1945

Imprímase

† Gregorio, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.,

Dr. Luis Urpí, Maestrescuela

Canciller-Secretario

*A Vos, Soberana de todo lo criado y Emperatriz de la España católica y misionera, al celebrarse el Centenario de vuestra reposición en el solio, cuando el pueblo devoto os ofrece un trono digno de vuestra excelsa grandeza, no pudiendo ofreceros oro, plata y pedrería, os dedicamos este libro, en cuyas páginas toscamente se transcribe el glorioso historial de vuestra real morada y que se ha escrito y editado con el fin de que en el corazón de los lectores se levante otro trono de amor a su Reina y Señora.*

*Vuestros humildes*

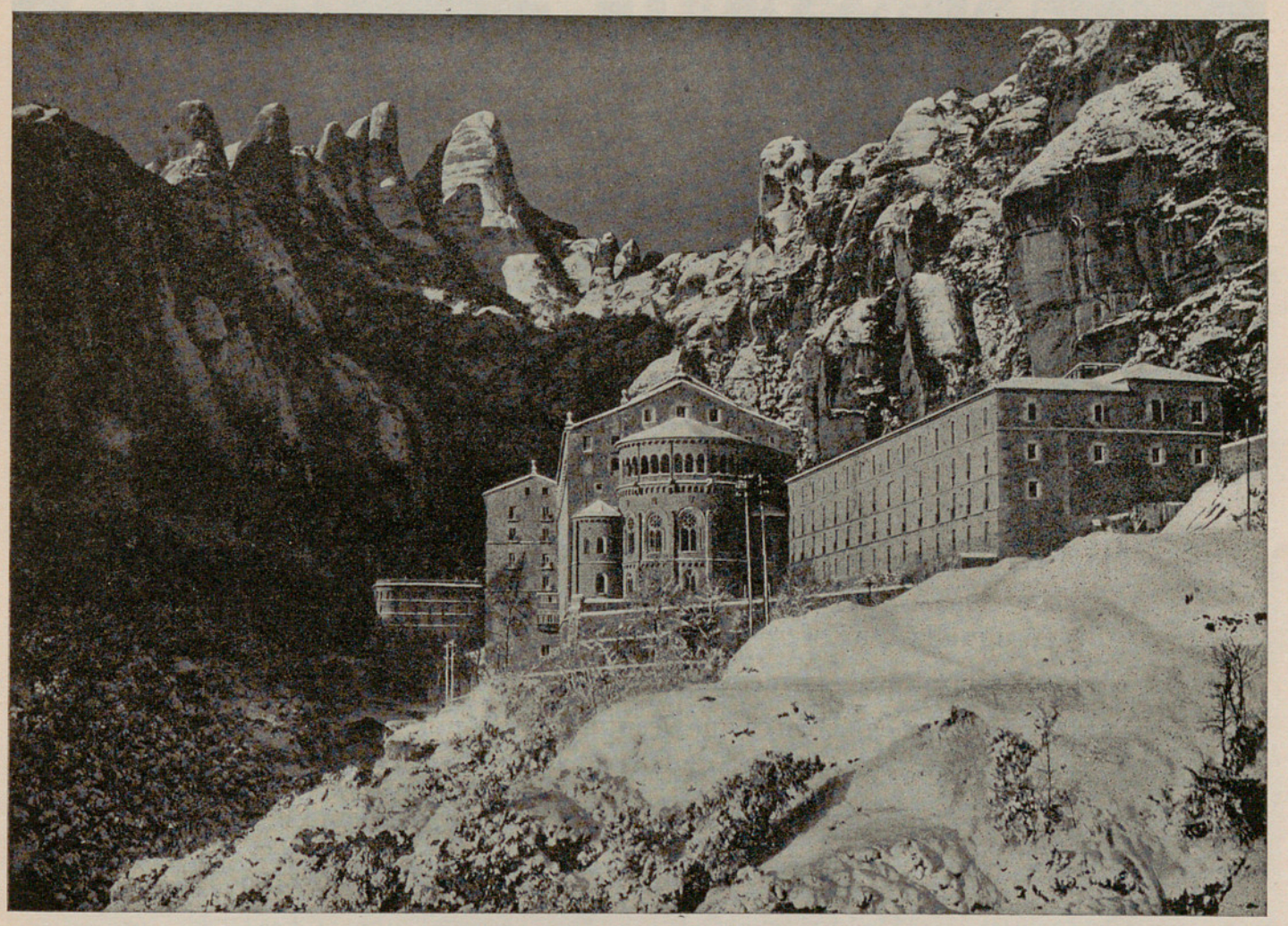
*devotos*

*EL AUTOR Y EDITORES*

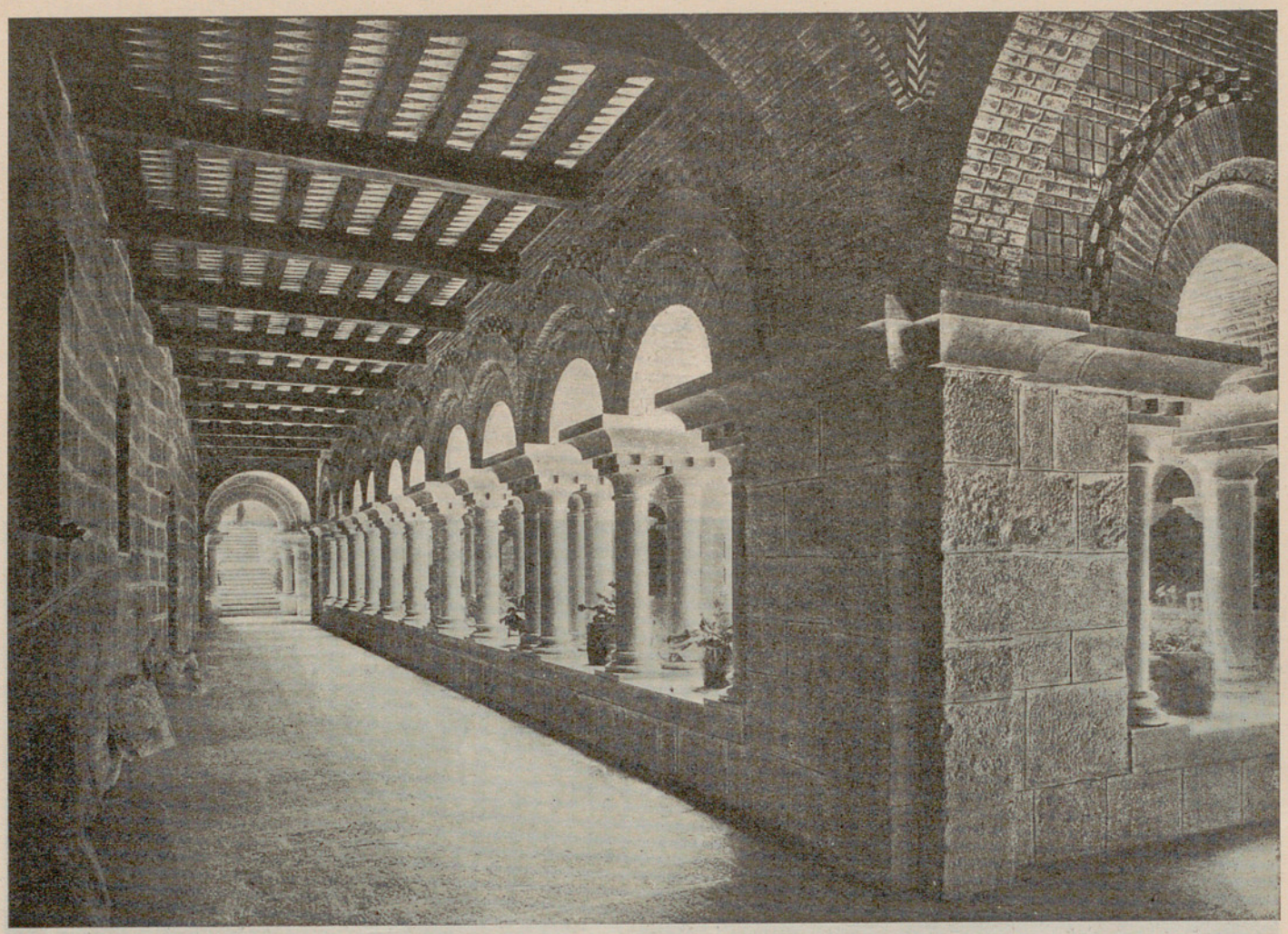
Invitado a encabezar estas páginas, brindo al amable lector, que gustare de ojearlas, las siguientes palabras de la Profecía de Isaías (c. II.), que el Oficio litúrgico de Ntra. Sra. de Montserrat aplica a nuestro Santuario: "En los días del Cristianismo "habrá un Monte, en que se erigirá la Casa del "Señor; y muchos pueblos se apresurarán, dicien- "dose unos a otros: «Venid, y subamos a la monta- "ña del Señor y a la Casa de Dios; y El mismo nos "mostrará allí sus caminos, y por sus sendas anda- "remos»; y aquellas otras del Cántico de Moisés (Ex. c. XV.) "Introducirás, oh Dios, y fijarás a tu Pueblo "en el monte de tu heredad, que es la solidísi- "ma Ciudadela, que tu mismo has fabricado, "el Santuario, que tus manos han consolidado," y aun aquellas de la Divina Sabiduría (Eccli. c. XXIV.): "Yo fijé mi morada en el monte Sion, "y arraigué en un pueblo glorioso y en la por- "ción de mi Dios;" para que los devotos de Mont- serrat y sus admiradores las lean aquí y las mediten, como adecuado prontispicio de este libro.

+ Antonio Mª. Marcet, O.S.B.
Abad de Montserrat.
Fiesta de Pentecostés, 28 mayo 1944.

# ¡MONTSERRAT!



¡MONTSERRAT!... MONTAÑA SANTA, maravilla de la Tierra, creación única en el mundo que, cual si obedeciera a la voz divina, emerge en el corazón de Cataluña para ser el trono de la Madre de Dios, agrupando en torno suyo, cual fantástica procesión de pétreos gigantes, a los guardianes eternos de la Emperatriz excelsa.



Una ala del claustro románico

Montserrat es un símbolo, tanto para el creyente como para el patriota.

Allí, en aquella atmósfera de misterio, perfumada de divinos aromas, libre de todo lastre mundano, el alma contempla serenamente el raudo correr del tiempo, las convulsiones sociales, las catástrofes que desquician los imperios, el hundimiento de las civilizaciones y el frágil destino del hombre lanzado a los abismos insondables de la eternidad... mientras la Virgen Morena vigila, vigila siempre, como centinela silencioso de la Patria que, cabe su altar, sigue el curso de su predestinada trayectoria.

Montserrat vive, y vivirá siempre por lo que de espiritual encierra y por lo que de supraterreno atesora.

¡La Virgen, el Monasterio, la Montaña! He ahí la trilogía admirable, que cantaron los poetas y que, con ansias de devotos sentimientos, quisieron contemplar reyes, capitanes y santos.

¡La leyenda! La leyenda, aureolada de prodigios, que acompaña en sus orígenes a los hombres y a los hechos más trascendentales de la historia antigua, también, en hermosas penumbras, envuelve su protohistoria.

El Montsalvatge del Graal, la invención milagrosa de la Sagrada Imagen, obra de San Lucas transmitida por San Pedro, la odisea del ermitaño penitente fray Garí, saturada de sorprendentes episodios, crea un ambiente de leyenda maravilloso, al que tan propicias eran las vírgenes mentes de la Edad Media.

Los pastorcillos de Monistrol contemplan sorprendidos la luz maravillosa y escuchan extasiados los cánticos y músicas celestiales; después el pueblo y el Obispo de Manresa acuden al lugar del milagro y encuentran a la impresionante Imagen de la Reina de los Cielos en aquella cueva misteriosa. Quieren llevársela en procesión, pero un poder sobrenatural les deja inmóviles, porque allí quiere la Madre de Dios tener su Templo, esto es, su trono.

**Estampa grabada en 1601**

Queda, pues, esbozado el tema de este libro, en estos mal pergeñados renglones sobre Montserrat:

LA VIRGEN, EL MONASTERIO, LA MONTAÑA

Trataremos de reflejar en estas páginas nuestra visión a través de la historia, de la poesía y del arte y, al contemplar el lector tan maravilloso conjunto, como lo viera el gran poeta Maragall en su creadora mente; envuelto en su neblina flotante, le parecerá también como una nube de incienso, que surgida de un gigantesco incensario, subiera, cubriera un ara, un templo:

¡¡¡MONTSERRAT!!!

El corazón del creyente, hondamente impresionado por los efluvios divinos que a raudales emanan de aquella dulce sonrisa de la Virgen Morena, unirá sus fervores al del eximio cantor épico de la Montaña legendaria, capitán Virués, que así concluye su hermoso poema.

*Y aquella sacra imagen, que en la tierra,*
*Para favor del Cielo y su importancia,*
*Nos es tesoro de tan gran quilate*
*Así convierte en cielo MONTSERRATE.*

CAPITULO I

# Descripción de la Sagrada Imagen

Reflejaremos en esta descripción las características que nos detallan los escritores de los siglos xv y xvi y la completaremos con notas de actualidad, cuyas pequeñas variantes no afectan a la integridad de la Imagen, demostrándose así, que, a través de los siglos, la identidad y autenticidad de la Imagen milenaria venerada en la Montaña Santa se conserva inalterable.

Detalle de la Sagrada Imagen

"Esta bendita Imagen — nos dice un devoto autor del siglo xvi — está en un tabernáculo en medio del retablo del altar mayor, asentada de cara a poniente. Su facción es así como de una noble señora, su cara morena y muy bien formada y muy deleitable a la vista, y tiene en sí gran autoridad, y es tanta la gravedad y reverencia que en sí tiene, que, a los que de muy cerca la miran, espanta de tal manera, que los monjes que tienen cargo de aderezarla y vestir, apenas la osan mirar a la cara.

"Tiene a su precioso Hijo del tamaño de un niño de tres o cuatro meses, asentado sobre sus rodillas, y la bendita Imagen de Nuestra Señora le tiene la mano izquierda sobre el hombro izquierdo y saca la mano derecha al costado derecho hacia fuera, tanto, que el niño

la podría bien ver; y tiene abierta la palma hacia arriba, como si quisiera tomar o sospesar alguna cosa.

"La facción y cara del Niño bendito es de la color y reverencia de su bendita Madre."

Así nos la describen los antiguos escritores.

Como la hemos contemplado varias veces con nuestros propios ojos, añadimos a la fervorosa descripción los siguientes detalles:

Ntra. Sra. de Montserrat, tal como se venera en el altar mayor de la basílica

La Imagen es de madera tallada. Una elegante diadema ciñe sus sienes y un rico almohadón sirve de escabel a sus pies, magníficamente calzados.

Su indumentaria consta de una túnica y de un manto y toca en forma de red, la cual por debajo de la corona desciende hasta media espalda. La túnica y manto son dorados, la toca policromada.

Ahora la Imagen con la mano derecha sostiene una bola. El niño está vestido y coronado como la Virgen; la mano derecha la tiene en actitud de bendecir y con la izquierda sostiene una piña.

La Imagen sentada mide 95 centímetros de altura; la delgadez de su cuerpo le da tal aire de gracilidad, esbeltez y fascinadora espiritualidad, que llena de hechizo y encanto a cuantos la contemplan.

El color de Nuestra Señora y del Niño es de un moreno acentuado; mejor dicho, negruzco.

Este color no parece que sea el propio de la madera ni el de la primitiva pintura, pues existen otras Imágenes antiguas, muy veneradas, que también tienen un color moreno aunque, desde luego, no tan pronunciado como el de nuestra "Moreneta", sin embargo, parece comprobado que, varios siglos atrás, este color moreno no era tan in-

tenso, habiéndose acentuado poco a poco a través de los siglos en forma imperceptible.

La causa de este color negruzco hay que buscarla, tal vez, en las innumerables velas y lámparas que constantemente ardían noche y día en el altar de la Virgen, en su antigua iglesia, de reducidas dimensiones, pues consta que, con motivo de tales iluminaciones, debieron tomarse precauciones para evitar casos de asfixia entre los peregrinos que visitaban la iglesia.

Por esta somera descripción se deduce, evidentemente, que la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Montserrat, que en la actualidad veneramos, es la primitiva Imagen auténtica e intacta, si exceptuamos algunos insignificantes retoques y una pequeña restauración, que afectó al Niño, a consecuencia del vandalismo francés en la guerra de la Independencia.

Los monjes han tenido siempre mucho cuidado en no alterar en lo más mínimo la Sagrada Imagen; y el Padre Pedro de Burgos, acaso por este motivo, en el libro de los Milagros de Nuestra Señora de Montserrat, empieza su relación con el milagro acaecido al intentar restaurar la Imagen un pintor de Cervera, el cual quedó ciego al comenzar a rascar la espalda de la Imagen, no siéndole devuelta la vista hasta dos meses después.

Según las descripciones antiguas, la bola que en la actualidad sostiene en la mano ha sido colocada posteriormente.

La Santísima Virgen vestida

Sin embargo, es indiscutible que la Imagen que hoy veneramos es la misma que siempre ha sido venerada en la santa montaña, salvada milagrosamente del incendio del altar mayor, acaecido el 15 de junio de 1691, y de los estragos de las guerras y revoluciones del siglo XIX, y, últimamente, del furor iconoclasta de los rojos.

Demos gracias a Dios por habernos conservado tan precioso tesoro y porque nuestra Madre tampoco haya querido abandonar el glorioso trono que le levantaron

generaciones de creyentes y podamos seguir contemplando la Imagen taumaturga de nuestros hechizos, pues la queremos catalanes y españoles todos, ya que es la única en el mundo del mismo modo que son únicos el Santuario que la cobija y la montaña que la corona.

Y terminamos con la hermosa octava real del celebrado poeta montserratino P. Forcada:

*Esta Imagen Divina, ese portento*
*Labrado en la oficina de la Gloria,*
*Es el timbre mayor de mi Convento,*
*De las obras de Dios es la victoria:*
*Alada Inteligencia, a par de viento,*
*La puso en este Monte, por memoria*
*Del bello Original; que si es morena,*
*Sombra será del Sol, de que anda llena.*

CAPITULO II

# La imagen de Ntra. Sra. de Montserrat a través de los siglos

Hasta 1599 ocupó su glorioso trono en el tabernáculo del altar mayor de la antigua iglesia románica la veneranda Imagen de Nuestra Señora de Montserrat, hasta que fué trasladada al grandioso templo actual levantado por el gran abad del Monasterio, Padre Garriga, en el último tercio del siglo XVI.

Desde luego, no se consideran verdaderas traslaciones las que se realizaron en el mismo templo románico, cambiando de capilla, con motivo de algunas reformas que en el sagrado recinto se realizaron.

Terminada la nueva iglesia, se planteó un problema, que en aquellos tiempos de acendrada fe es muy comprensible.

Una parte numerosa de los monjes se opuso tenazmente al traslado de la Sagrada Imagen al nuevo templo, alegando que acaso "no le sería agradable a la Santísima Virgen sacarla del sitio por ella desde tantos siglos escogido". A tal extremo llegó la discusión, que se decretó por la Superioridad que no se hablara más del asunto, colocándose al efecto, en el nuevo templo, una reproducción de la bendita Imagen.

El pueblo seguía visitando la auténtica Virgen, siendo la afluencia de peregrinos tan enorme, que se asfixiaban en la primitiva iglesia.

En vista de esto y como quiera que el gran Felipe II en sus últimos años inclinóse a favor del traslado, fué levantada la prohibición y se autorizó la traslación al nuevo y espacioso templo; lo que se verificó el 11 de julio de 1599, con asistencia del Rey de España, Felipe III, que a la sazón presidía en Barcelona las Cortes Catalanas.

Exactamente se cumplían 39 años desde la colocación de la primera piedra por el abad Garriga.

Como por aquellos días una peste asolaba a Cataluña, no se avisó al pueblo para evitar el contagio por las aglomeraciones de gente; sin embargo, la ceremonia revistió una gran solemnidad.

Por la mañana el Padre abad celebró de pontifical en la iglesia románica. Al mediodía los monjes bajaron la Sagrada Imagen del tabernáculo, adornada con sus más valiosos vestidos y joyas, y fué colocada sobre el altar.

Por la tarde, cantadas las Vísperas, organizóse la procesión presidida por la numerosa Comunidad, cerrándola el Abad, detrás del cual iba el Rey llevando en la mano un blandón con las armas reales grabadas en la cera; seguíale el cortejo de nobles y una gran masa de pueblo, pues no pudo evitarse que la ceremonia no se supiera, afluyendo de toda la comarca multitud de personas de todas las clases sociales.

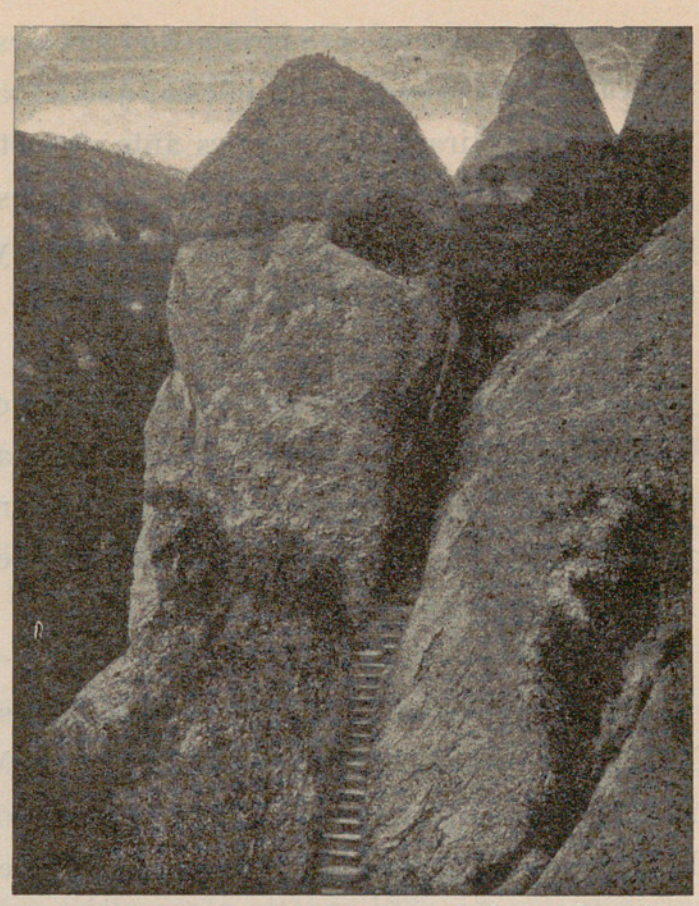
Y entre los melifluos cánticos de los monjes y escolanes, algunos compuestos exprofeso, acompañados por la emocionante sonoridad del órgano, fué colocada la Santa Imagen en su nuevo tabernáculo, donde recibió la Reina y Señora de Montserrat el primer acto de vasallaje de todo el pueblo, presidido por su Rey, el cual, entre arrobos de profundísima emoción no pudo contener las lágrimas.

En aquel glorioso trono levantado por la piedad del pueblo, recibió la Reina de cielos y tierra constantemente los homenajes de los príncipes y señores de España, de las naciones cristianas y de todo el mundo católico, nunca interrumpidos, a pesar de los estragos ocasionados por las guerras que sufrió Cataluña.

Llega el siglo XIX, de nefastas innovaciones, siglo iconoclasta y demoledor de las más sagradas tradiciones, y entonces comienzan los tristes éxodos de la veneranda Imagen.

El 14 de julio de 1808, después de roto el cordón somatenista que cerraba el paso del Llobregat, los monjes escondieron el archivo y las joyas y abandonaron el Monasterio, llevándose consigo la Sagrada Imagen.

Calmados los ánimos, volvieron los monjes a Montserrat con su Celestial Señora; pero el 1.º de enero de 1809 marcharon otra vez. En agosto de 1810, aprovechando unos momentos de tranquilidad, fué repuesta la Imagen en el altar mayor, celebrándose un solemne Pontifical.



La "Escala dreta"

Por fin, el 23 de julio de 1811, convencidos los monjes de que las vandálicas tropas napoleónicas preparaban el incendio y devastación del Santuario, huyeron del Monasterio, pero el ermitaño de San Dimas, fray Mauro Picanyol, recogió la Imagen, subió por la "Escala Dreta" y la escondió cerca de su propia ermita, en un escondrijo sólo de él conocido, autentizándolo con un autógrafo que se conserva en el archivo del Monasterio, que no insertamos para no ser demasiado extensos.

Las irreligiosas tropas francesas, en su afán de pillaje y devastación, recorrían la montaña y al registrar la ermita de San Dimas y sus alrededores, fué hallada la Imagen Sagrada por dos soldados franceses, los cuales sacrílegamente la despojaron de sus vestiduras y alhajas e intentaron ahorcarla, colgándola de una añosa encina, cuyos retoños se conservan todavía. Echaron una cuerda al cuello de la Sagrada Imagen y, al subir uno de los dos al árbol para tirar de la soga, cayó muerto en el acto.

Aterrorizado el otro, tomó tembloroso la Santa Imagen y la devolvió al mismo sitio donde la había encontrado y huyó del lugar, apoderándose de él un verdadero pánico. Más tarde, hallándose en Tarragona, confesó su culpa y facultó al confesor para que lo hiciera público.

Recuperada la Sagrada Imagen, después de la destrucción del Monasterio, fué colocada nuevamente en la iglesia, que se salvó de la destrucción, pero otras veces tuvieron que retirarla los monjes ante el justificado temor del vandalismo francés, hasta tal punto de que se construyó un estuche especial donde se colocaba la Sagrada Imagen para poder ser llevada por un hombre solo y de esta suerte los monjes la llevaron a Castellet, Monistrol, etc., hasta que terminó la guerra de la Independencia.

Después de esta guerra de profanación, nunca registrada en la España católica, parecía que la venerada Imagen permanecería imperturbable en su trono; pero no fué así. Las tropas napoleónicas vencidas en los campos de batalla, intoxicaron a los españoles en el campo de las ideas. El virus de su irreligiosidad fué inyectado en ciertos sectores españoles.

A últimos de diciembre de 1822, los Constitucionales, con el pretexto de que los Realistas querían apoderarse de la Virgen Morena, enviaron una partida de tropa al mando del comandante Bray, de triste memoria, quien ordenó al Padre Percebal, que a la sazón representaba a la Comunidad, que le entregara la Santa Imagen para ser llevada a Barcelona.

Puso el religioso la Imagen de la Virgen en el estuche, en donde era llevada durante la guerra de la Independencia y colocóla en un coche, acompañando el Padre Percebal al sacro tesoro hasta Barcelona sin abandonarla un instante.

En Martorell, donde estuvo hasta el día 5 de enero, fué objeto de un fervoroso recibimiento.

El día de Reyes, la Reina de Montserrat hizo su entrada triunfal en Barcelona, donde se le tributaron los más altos honores. Al llegar a la puerta de San Antonio, la Sagrada Imagen, que iba colocada en la suntuosa carroza de los marqueses de Castellvell, fué descendida y, en una magnífica bandeja de plata, fuéronle presentadas las llaves de la ciudad.

Entre ferventísimas aclamaciones fué llevada a la Catedral, donde estuvo año y medio. Barcelona había desbordado su entusiasmo al recibir la visita de la Virgen Morena, pero esta alegría popular fué ensombrecida, convirtiéndose en indignación, al conocerse la noticia de que la Virgen de Montserrat había tomado posesión de la ciu-

dad Condal, sin llevar la riquísima corona labrada por la fe de los siglos..., porque el comandante Bray, antes de salir de Montserrat, se había incautado de ella por orden, según dijo, del Gobierno.

El día 12 de julio de 1824, con un ceremonial análogo al de la llegada, fué despedida la Reina de Montserrat para ser reintegrada de nuevo a su trono.

En todo el trayecto fué recibida triunfalmente, siendo acompañada, en devotas procesiones, por todos los pueblos, que no la dejaban hasta el límite de su término municipal, donde era recibida por el pueblo limítrofe. En Martorell, Esparraguera y Bruch permaneció varios días para satisfacer la fervorosa devoción del pueblo.

Cuando el devoto cortejo estaba ya muy cerca del Santuario, entre el tropel de la gente que se agolpaba para contemplar a la Virgen, un hombre cayó bajo las ruedas del carruaje que conducía a la Sagrada Imagen, y, con admiración de todos, se levantó al instante completamente ileso.

Once años más tarde, o sea el tan tristemente célebre 1835, en que el germen antirreligioso importado del extranjero comenzó a dar sus frutos, asesinando a los indefensos religiosos y quemando los conventos, asilos predilectos de la virtud y de la ciencia, justamente alarmado el abad Blanch y, temeroso de una nueva profanación, encomendó la Sagrada Imagen a Pablo Jorba, vecino del Bruch, cristiano viejo, hombre probo, leal y de toda confianza.

Nueve años permaneció la Virgen de Montserrat oculta en casa del honrado labrador, que guardó el más absoluto secreto como había prometido al Padre Blanch.

Cuando en 1844, es decir, hace ahora cien años, fué firmado el decreto de la apertura del Santuario y la reposición de la Sagrada Imagen, el Obispo de Barcelona, que ignoraba dónde se encontraba la Virgen, tuvo que dirigirse al Padre abad Blanch, desterrado en Palermo y éste declaró entonces dónde y quién la guardaba oculta.

Desde entonces la Reina y Señora de Montserrat no descendió de su trono hasta el 24 de abril de 1880, víspera del Milenario, en que se organizó una solemnísima procesión hasta la Santa Cueva, presidida por cinco Obispos, y el 11 de septiembre de 1881, en que fué coronada canónicamente, proclamándola Reina y Patrona de Cataluña y a

su hermoso templo, ya restaurado de los incendios y profanaciones, le fueron concedidos por el Papa León XIII los honores de Basílica.

Con tan fausto motivo, y con asistencia de una gran muchedumbre de fieles y numerosas personalidades, celebráronse solemnes y grandiosas funciones religiosas, y en la procesión en que la Sagrada Imagen fué llevada triunfalmente, ceñía su sagrada cabeza una nueva y valiosísima corona, tributo de homenaje de todo el pueblo católico.

Durante la llamada semana trágica, julio de 1909, fué nuevamente ocultada la Sagrada Imagen, pero como aquellos tristes sucesos duraron solamente unos días, fué repuesta inmediatamente después de pasadas aquellas lamentables jornadas.

El último éxodo de la Santa Imagen fué en los aciagos días del vandalismo rojo, que todos nuestros lectores tendrán presentes, pues han sido vividos por esta generación que, como nunca, ha visto pasar con todas sus consecuencias los nuevos bárbaros de Atila, con sus asesinatos, saqueos, devastaciones y furia iconoclasta.

Terminada la Cruzada fué nuevamente repuesta en su trono la veneranda Imagen, y en poco tiempo hemos visto casi borrados los vestigios del paso de la fiera revolucionaria.

Dios quiera que nunca más tenga la Soberana Reina de Montserrat que descender de su trono glorioso y esté siempre allí para recibir el homenaje y pleitesía de las generaciones venideras.

Sin embargo, las muchas vicisitudes porque ha pasado la Virgen Morena, a través de las trágicas convulsiones que han asolado nuestra Patria, el permanecer incólume la Sagrada Imagen en medio de tantas calamidades nos enseña a los creyentes que todo lo humano es efímero, y sólo las obras de Dios, que nos descubre en su Iglesia, en sus Santos y en algunas Imágenes portentosas, tienen el sello de lo perenne y de la Inmortalidad.

Monasterio de Montserrat

Grabado de C. Langlois. Marzo de 1830

CAPITULO III

# El Monasterio de Montserrat y sus vicisitudes hasta nuestros días

Los siglos IX, X y parte del XI, son muy oscuros en la historia del Condado de Barcèlona y, en lo que atañe a la parte eclesiástica, aun más, porque todos los afanes de nuestros padres, en aquellos tiempos heroicos de luchas y forcejeo constante, perdiendo y ganando castillos, villas y ciudades, eran absorbidos por la única preocupación: la guerra y la reconquista.

Por otra parte, se escribía poco y los archivos y escasos libros que se conservaban, al caer en manos de los enemigos, eran destruídos o pasto de las llamas.

Según Argáiz, Montserrat, en el siglo X, fué rodeado del dominio moro y aun cuando afirma que "en medio de las hojas de las espadas y alfanjes de los cristianos y moros, resplandecía la Imagen de María de Montserrat y miraba muy alto y a lo seguro, todos los peligros en que andaban los unos y los otros", lo cierto es, que desde la entrada en Montserrat de los monjes de Ripoll, que se supone fué en 976, hasta el año 1023, la sombra de la duda entenebrece densamente aquellos cincuenta años.

Mas como en este libro nos proponemos escribir una divulgación de Montserrat en sus más interesantes aspectos, dando cariñosa acogida en sus páginas a la tradición y a la leyenda, seguiremos en este punto el autorizado criterio del Cronista General de la Orden Benedictina, repetidamente citado, Argaiz, el cual nos dice en su "Perla de Cataluña" que en su tiempo existía en los claustros de Montserrat una tabla,

en la que se contenía la tradición legendaria sobre los primeros moradores del Monasterio, de la que trasladamos literalmente lo que hace referencia a nuestro caso.

"En los años de novecientos y setenta y seis, como fué visto por Don Borrell, conde de Barcelona, por estar peligrosamente señoras (alude a las monjas benedictinas) en la presente montaña de la Santa y Gloriosa Solitaria, trasladólas a Barcelona al Monasterio de las Puellas, monjas de San Pedro, y puso en lugar suyo, en el presente, monjes de la Orden de Mosén San Benet, del Monasterio de Ripoll, al cual dió la presente montaña y Monasterio. Los cuales, por servicio de Dios, están desde entonces hasta el presente día, sirviendo a Dios y a su Gloriosa Madre y Virgen, Señora Santa María y servirán para siempre en el dicho Orden a gloria suya, hasta el fin del mundo. Amén."

Montserrat fué convertido, pues, en un Priorato dependiente de Ripoll, componiéndose este Monasterio, según el Arzobispo Marcá, de doce monjes presididos por un prior. Figura como el primero, Raimundo.

## Dependencia del Monasterio de Santa Cecilia

Aparece en estos tiempos un personaje de acusado relieve, de indiscutible influencia, pues contaba con todo el apoyo de los condes de Barcelona, Suñer y Riquilda; pero la historia aún no ha puesto en claro algunos puntos que aureolan la fama de este ilustre benedictino.

Nos referimos a Cesario, abad de Santa Cecilia, Monasterio que estaba lindante con el de Montserrat (1).

El pensamiento de Cesario era reconstituir la antigua provincia eclesiástica tarraconense y, como Galicia, ya reconquistada a la morisma, había dependido de Ta-

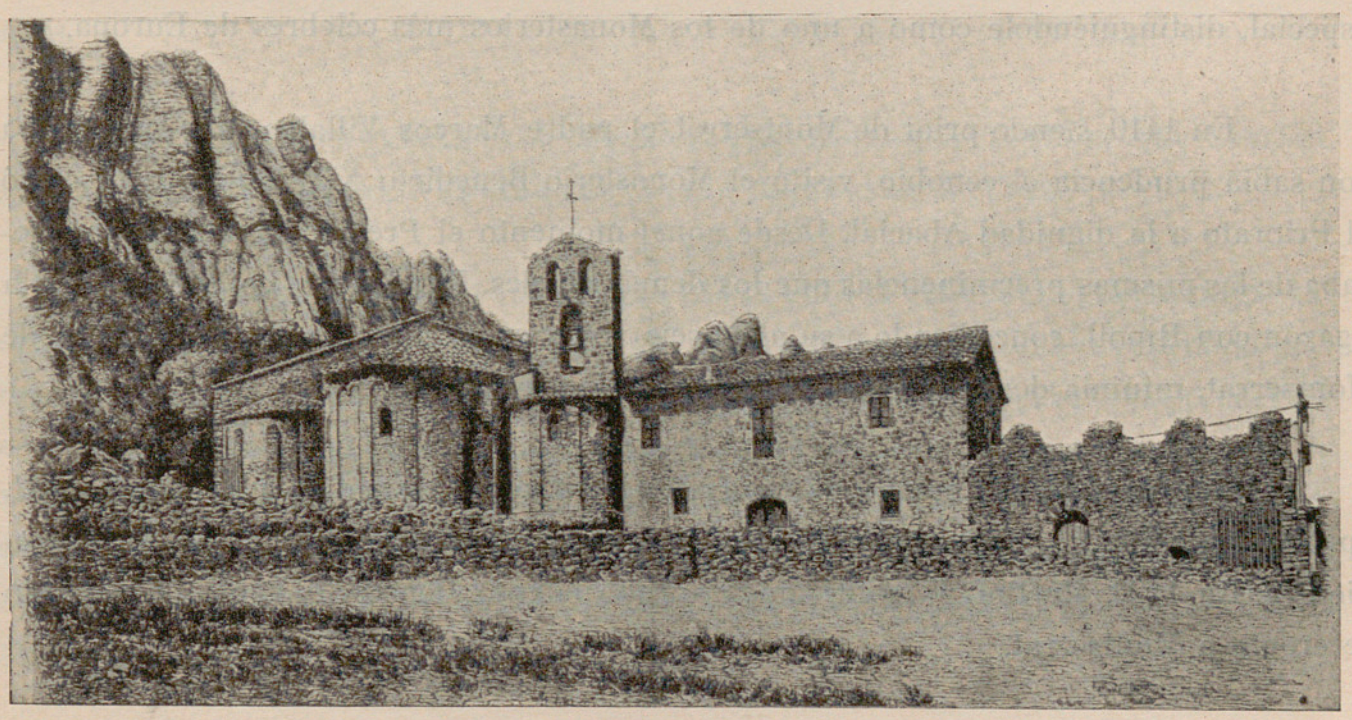
(1) Desde el año 945 consta que existía este Monasterio. Doña Druda y su hijo Ausulfo vendieron al sacerdote Cesario, sobrino y primo respectivamente de los vendedores, la iglesia de Santa Cecilia y sus tierras, por diez onzas de oro. Con aprobación de los condes Suñer y Riquilda, el Obispo de Vich, Jorge, concedió permiso a Cesario para que reparase la iglesia y estableciese un Monasterio. Luego, otro Obispo de Vich, Wadamir, dió a Cesario y a otros cuatro monjes que con él hacían vida monástica, la Regla de San Benito y tierras en Manresa para su sostenimiento. Constituído en Abad Cesario, obtuvo del Papa Benedicto VII, año 872, el privilegio de Abadía independiente.

rragona, obtiene de aquellos Obispos la mitra arzobispal de la antigua sede tarraconense; prelacía que no quisieron reconocerle los demás Obispos de Cataluña, entonces dependientes del metropolitano de Narbona. Pero la condesa Riquilda, bienhechora del Monasterio de Santa Cecilia y protectora de Cesario, le dió algunas tierras en Montserrat, separando dicho Monasterio de la dependencia de Ripoll y sujetándolo al de Santa Cecilia.

Murió el gran abad de Santa Cecilia y Arzobispo de Tarragona en el año 981, continuando después de la muerte de Cesario la dependencia de Montserrat de Santa Cecilia; pero pronto surge la figura de Oliva, el gran abad de Ripoll, quien obtuvo de Berenguer, conde de Barcelona, que el Monasterio de Montserrat nuevamente se reincorporase al de Ripoll (1).

El ilustre padre Albareda, autoridad indiscutible en todo lo referente a Montserrat, opina que debe considerarse al abad Oliva como el fundador del Monasterio de Montserrat, pues a partir de su reincorporación a Ripoll el año 1023, aparece ya en forma ininterrumpida Montserrat con una organización y un funcionamiento absolutamente normales y documentados.

(1) El Abad Oliva, más tarde Obispo de Vich, era hijo de Oliva Capreta, conde de Besalú y Cerdaña, y primo de Berenguer, conde de Barcelona.



Monasterio de Santa Cecilia

Desde esta fecha se nota un incremento, cada día más acentuado, de la devoción a Nuestra Señora de Montserrat; menudean las donaciones y el prestigio del Santuario aumenta de día en día.

Mientras el Monasterio de Montserrat crecía en prestigio y poder, Ripoll declinaba; y como la fuerza de los hechos es incontenible en su marcha evolutiva, Montserrat, sintiéndose cada vez más vigoroso y, considerándose ya en su mayoría de edad, comenzó a trabajar por su emancipación.

A consecuencia de este forcejeo, en 1303 fué nombrado un prior por el Legado Pontificio, sin el "placet" del abad de Ripoll.

Más tarde Pedro IV el Ceremonioso, tuvo ya el pensamiento de fundar la Abadía de Montserrat, a cuyo efecto hasta escribió, en este sentido, al Sumo Pontífice; si bien posteriormente modificó sus intenciones.

## Montserrat erigido en abadía independiente

La pujanza de Montserrat, debido a la fama del Santuario, seguía su marcha ascensional, hasta el punto de que Roma comenzaba a sentir por él una predilección especial, distinguiéndole como a uno de los Monasterios más célebres de Europa.

En 1410, siendo prior de Montserrat el padre Marcos Villalba, que gobernaba con sabia prudencia el cenobio, visitó el Monasterio Benedicto XIII, antipapa, y elevó el Priorato a la dignidad Abacial. Desde aquel momento el Prelado montserratino gozaba de las mismas preeminencias que los demás abades. Unicamente conservaba cierta ligazón con Ripoll, concediendo a su abad seis votos en la elección de los Abades de Montserrat, mínima dependencia que desapareció muy pronto.

Aun cuando el Concilio de Constanza depuso por cismático a Benedicto XIII, aprobó, sin embargo, todo cuanto éste había hecho cuando Aragón estaba bajo su obediencia. En 1420, Martino V, confirmó y aprobó cuanto Benedicto había despachado referente a Montserrat.

En virtud de la Bula pontifical, fué elegido Abad el Padre Villalba, ilustre

monje en virtud y letras, el cual consiguió del Papa Eugenio IV la total exención del Monasterio de Ripoll.

Eran tan relevantes las prendas de este insigne Abad, que el Rey de Aragón y Nápoles, don Alfonso, le envió de Embajador a la Santa Sede, y el Principado de Cataluña — dice Zurita — le escogió por uno de sus compromisarios para la elección de Rey de Aragón a la muerte de don Martín.

Fué también muy emprendedor, engrandeciendo el Monasterio con importantes obras.

## Los monjes de Monte Cassino en Montserrat

Enterado el Rey de Aragón Alfonso V, de que en el Monasterio de Monte Cassino, cuna de la ínclita Orden Benedictina, se practicaba la estricta observancia de la Regla de San Benito, movido del gran afecto que profesaba a Montserrat, desde Italia escribió a la Reina doña María, su esposa, residente entonces en Barcelona, para que se pusiera de acuerdo con los monjes del Santuario, los cuales condescendieron con la proposición del Rey, que era la entrada en dicho Monasterio de los monjes cassinenses.

Vinieron a Montserrat seis de aquéllos: fray Antonio de Aviñón, fray Cebrián, fray Simplicio, fray Nadal, fray Bautista y fray Antonio de la Cruz.

Fray Antonio de Aviñón fué elegido Abad; pero la conducta de los monjes extranjeros, pese a la buena intención del Monarca aragonés, ocasionó tan profunda perturbación en el Santuario, que, informado el Papa Calixto III ordenó al Obispo de Vich y al Abad de Ripoll que hicieran una visita al Santuario para averiguar las causas de aquellas alteraciones; e informado el Sumo Pontífice, mandó que los cassinenses regresaran a Italia y las cosas de Montserrat volvieron a su primitivo estado de paz y observancia, quedando en firme las constituciones antes vigentes y la Bula de Benedicto XIII.

## Montserrat otra vez en su ambiente propio

Al eliminar el Papa a los monjes de Montecassino, los de Montserrat eligieron Abad al Padre Pedro Antonio Ferrer, hombre eminente, a quien Alfonso V el Magnífico, le honró nombrándole Canciller del Principado y uno de sus embajadores ante el Rey de Francia Luis XI.

Al morir el Abad Ferrer, estaba Montserrat en plena pujanza; de tal suerte, que el Papa Paulo II consideró a esta Abadía como un lugar honorífico y remunerador, digno de un Cardenal, y nombró al gran Cardenal Julián de la Rovera (más tarde Papa con el nombre de Julio II), Abad Comanditario del Monasterio de Montserrat.

Julián de la Rovera dejó un insigne recuerdo: los hermosos claustros góticos, donde campea el escudo de sus armas: un roble con dos ángeles.

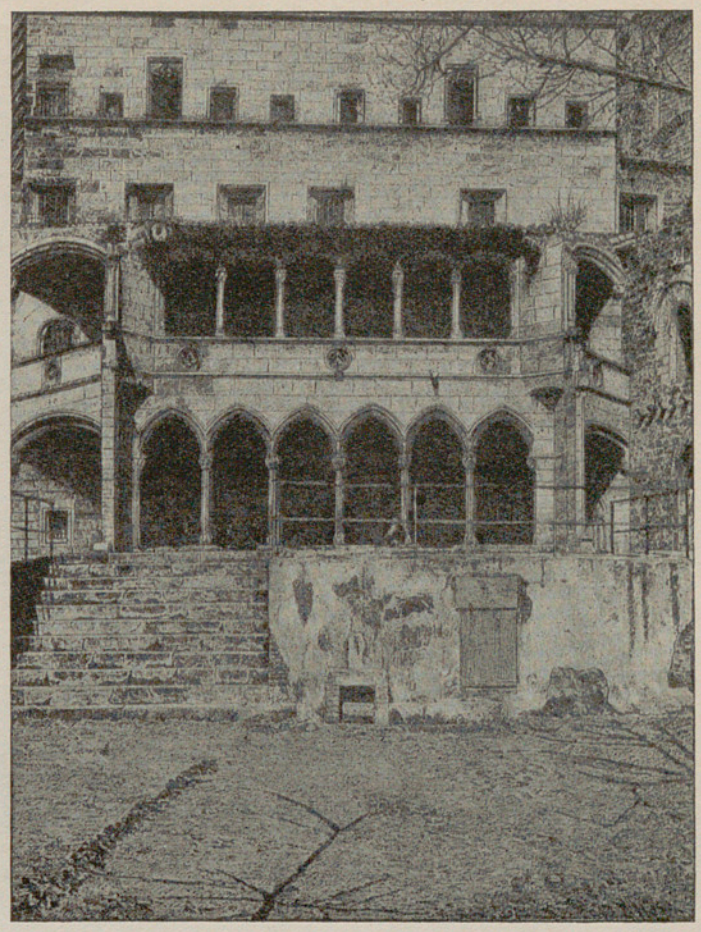
Dadas las agobiantes preocupaciones del Cardenal, que era el brazo derecho del Sumo Pontífice, le fué al fin muy dificultoso administrar la Abadía y renunció a favor del Padre Juan de Peralta.

## La Congregación de Valladolid entra en Montserrat

Acababan los Reyes Católicos de arrojar a los moros de Granada, terminando gloriosamente la cruzada de la Reconquista, y su primer pensamiento fué acometer la empresa de que el espíritu netamente cristiano brillara en sus reinos y, a este fin, como espejos de perfección, reforman las Ordenes religiosas, bajo la dirección del gran Cardenal Cisneros, preparando de esta manera aquellos semilleros de Santos, apostólicos misioneros y místicos insignes, que hicieron de la España del siglo XVI el prototipo de un imperio cristiano en toda su pureza y esplendor.

La Congregación de San Benito, de Valladolid, tenía fama de observar estrictamente la Regla de su Santo Fundador. Los Reyes Católicos obtuvieron Bulas del Papa Alejandro VI para que dicha Congregación se posesionara del Monasterio de Montserrat y, para facilitar el traspaso, fué nombrado Obispo de Vich el Abad Peralta.

El Prior General de la Congregación, Padre Juan de San Juan, acompañado de los monjes vallisoletanos Juan de Soria, García de Cisneros, Bernardo Cassal, Cristóbal del Buesso, Juan de Tudela, Francisco de Torres, Pedro Folsedáneo, Juan de Vela, Alonso de San Ciprián, Pedro de Ayala, Juan de Planza, Plácido de Alemán, Alonso de Valbanera y Pedro de Burgos, en nombre de la Congregación y asistido de uno de los Concelleres de la ciudad de Barcelona, como protectora del Monasterio, tomó posesión de Montserrat el 2 de junio de 1493, y el mismo día, en virtud de las Bulas que traía del Papa y de los poderes de los Reyes Católicos, fué incorporado el Monasterio a la Congregación de Valladolid.



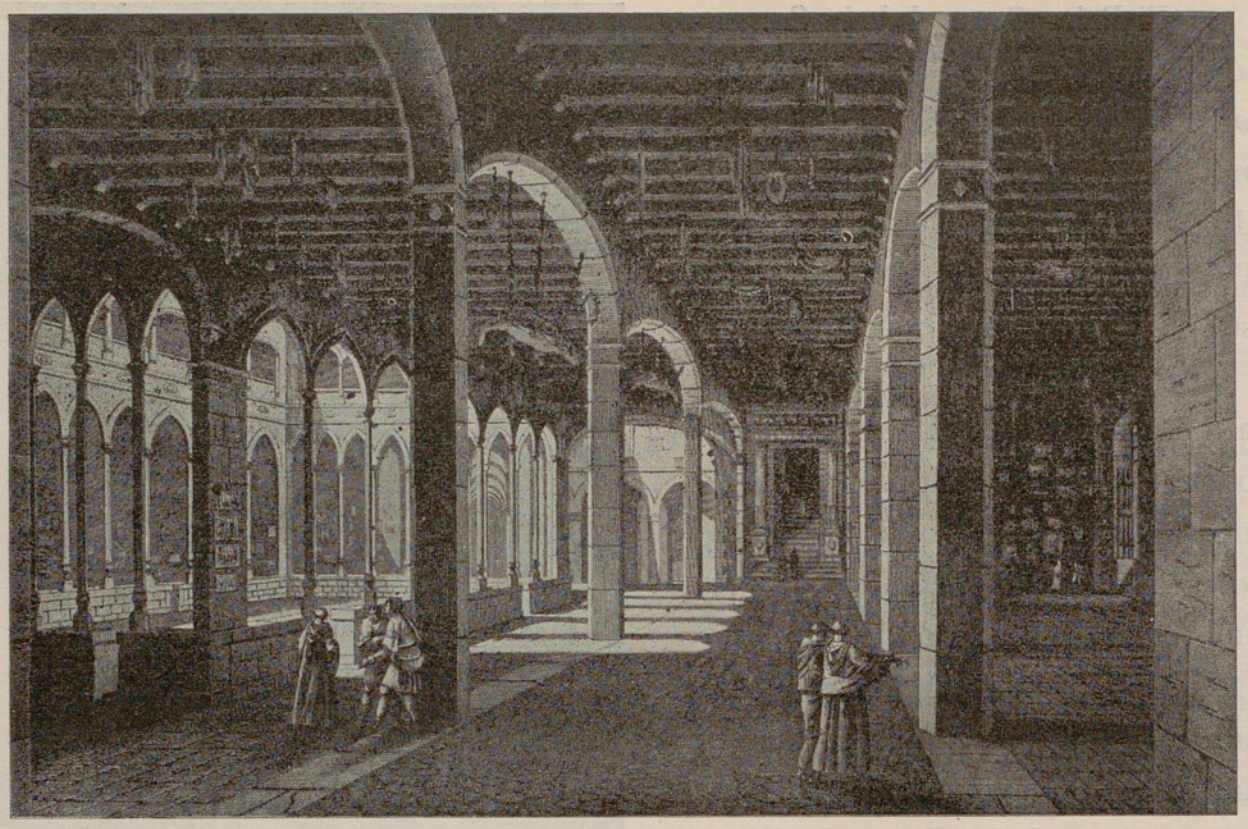
Claustro gótico, edificado por el cardenal de la Rovera

El Prior General reunió a los monjes a Capítulo para elegir Abad que gobernase el Monasterio y sus anexos, recayendo la elección en el venerable Padre García de Cisneros, que era Prior segundo de Valladolid; varón eminente en virtud y ciencia y, al mismo tiempo, dotado de una prudencia y comprensión propia de los grandes hombres de gobierno, como necesitaba Montserrat en aquellas circunstancias. Era sobrino del famoso Cardenal Cisneros.

"Fué ventura — dice el Abad Yepes — de Montserrate y aun de toda la Congregación, que fray García aceptase el cargo, porque él se dió tal cobro y maña en la administración de la Abadía, que, de una casa mediana, la hizo subir a que fuese una de las más grandes y principales que hay en España y aun de Europa."

Su obra como reformador y organizador dejó huellas perennes en el Monasterio y, como dice un historiador, en su tiempo se vió crecer la devoción a Nuestra Señora de Montserrat imponderablemente (1).

(1) Serra y Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrat". Parte 2.ª. Cap. III.



Claustro gótico — Grabado de Delaborde

Dividió el personal del Monasterio en Monjes, Ermitaños, Legos y Escolanes, dictando normas sapientísimas para su provecho espiritual. Gobernó en paz y fraternalmente durante diecisiete años, pues fué constantemente reelegido hasta su muerte. Aumentó prodigiosamente el número de religiosos, hasta el punto de que pudo establecer, para el servicio espiritual de los peregrinos, que afluían al Santuario de todos los países de Europa, confesores en lengua francesa, italiana, alemana y flamenca, cumpliéndose con creces el vaticinio de Cristóbal de Virués cuando pone en boca de Juan Garí:

*De ordinario serán más de cincuenta*
*Esos benditos monjes recogidos*
*Todos hombres de letras y de cuenta,*
*Famosos en la tierra y escogidos* (1).

(1) En la procesión solemne, con asistencia del Rey Felipe III, que se celebró con motivo de la traslación de la Sagrada Imagen, desde la antigua iglesia a la nueva, figuraban: 62 monjes, 15 ermitaños, 43 legos, 24 escolanes, 4 monjes que llevaban el tabernáculo y el Abad con sus asistentes y acólitos.

Siguieron al venerable Cisneros otros grandes Abades, como el Padre Burgos, Benito de Tocco, Bartolomé Garriga, autor de la obra gigantesca del nuevo Templo, Plácido de Salinas, que terminó la empresa del Padre Garriga y otros varios que, siguiendo las huellas de aquél, elevaron a Montserrat al punto cenital de su grandeza y fama en el siglo XVI y parte del siglo XVII.

Las perturbaciones que sufrió el país durante el reinado de Felipe IV, ensombrecieron los esplendores del gran Monasterio, lo mismo que en los tristes días de la Guerra de Sucesión. Pero durante el siglo XVIII volvió el Monasterio otra vez a su pujanza, pues a mediados del mismo el gran Abad Argerich, venciendo dificultades que parecían insuperables, emprendió la construcción del Monasterio en la amplitud y proporciones que requería una Comunidad tan numerosa. Se puso la primera piedra el 14 de septiembre de 1755 y fué terminada la obra por el Abad Salcedo.

El gran Cenobio había llegado a su plenitud, como dice acertadamente el Padre Albareda, en su libro de oro, "Historia de Nuestra Señora de Montserrat" (1).

## Destrucción de Montserrat

En esta plenitud moral y material se encontraba el Monasterio cuando las tropas de Napoleón invadieron la Península.

Después de tomada Tarragona, el 28 de junio de 1811, por el general Suchet, encaminábase este jefe hacia Barcelona y, al llegar a Martorell, resolvió destruir Montserrat, que los patriotas, por incomprensión, habían convertido en fortaleza. Fácil le fué la conquista, pues sólo era defendido por trescientos hombres. Destruyó primero las Ermitas y, al abandonar Montserrat, el 11 de octubre, hizo pegar fuego a la iglesia y al Monasterio.

(1) Este sabio polígrafo, honra y prez de la gloriosa familia montserratina, divide en cinco etapas la marcha evolutiva del Monasterio y Santuario de Montserrat.

1.ª De crecimiento. — Símbolo: la iglesia románica.
2.ª De emancipación. — Símbolo: claustros levantados por el Prior Vivers.
3.ª De independecia. — Símbolo: claustros góticos, obra del Cardenal de la Róvera.
4.ª De expansión. — Símbolo: la gran iglesia del Abad Garriga.
5.ª De plenitud. — Símbolo: Monasterio del Abad Argerich.

Cuando más tarde, el coronel inglés Eduardo Green fortificó la ermita de San Dimas, salió de Barcelona el general Mathieu, destruyó la batería de los ingleses, hizo prisionero al coronel y los franceses desbordaron su furor despojando al Monasterio de lo poco que quedaba, destruyendo o mutilando las obras de arte y hacinando barriles de pólvora por doquier, volándolo todo al abandonar el Santuario.

¡Negro borrón, dice Cornet y Mas, que nunca se podrá quitar de su hoja de servicios el ejército francés! (1).

## Restauración del Monasterio

Terminada la Guerra de la Independencia, el Abad Guardiola, más tarde Obispo de Urgel, emprendió afanosamente la reconstrucción del Santuario y Monasterio. Reparóse la iglesia, hasta poder trasladar a ella la milagrosa Imagen; restablecióse la Escolanía y, cuando parecía que iba a renacer nuevamente, se frustraron las esperanzas de los monjes y fieles devotos de la Moreneta, pues los luctuosos sucesos del 20 al 23, acabaron con lo que restaba de algún valor y la Sagrada Imagen, para salvarla de toda clase de ultrajes, volvió otra vez a su antigua patria de Barcelona, en donde permaneció hasta el año 1824, en que nuevamente fué trasladada a Montserrat. El Padre Benito Perceval no la abandonó jamás.

En 1828 fué visitado el Santuario por Sus Majestades don Fernando VII y su augusta esposa, doña María Amalia y, como el Monarca había conocido el Monasterio de Montserrat antes de su destrucción, conmovido de piedad y devoción, se interesó vivamente por su restauración, ofreciendo varios donativos y en efectivo veinticinco mil duros.

Pero en 1835, de triste memoria, los monjes tuvieron que abandonar el Monasterio. El Abad, Padre José Blanch, escondió la Sagrada Imagen en la masía que el labrador don Pablo Padrosa Jorba poseía en el Bruch, donde estuvo oculta hasta el año 1844, en que fué repuesta en su trono (2).

(1) Cornet y Mas, "Tres días en Montserrat".

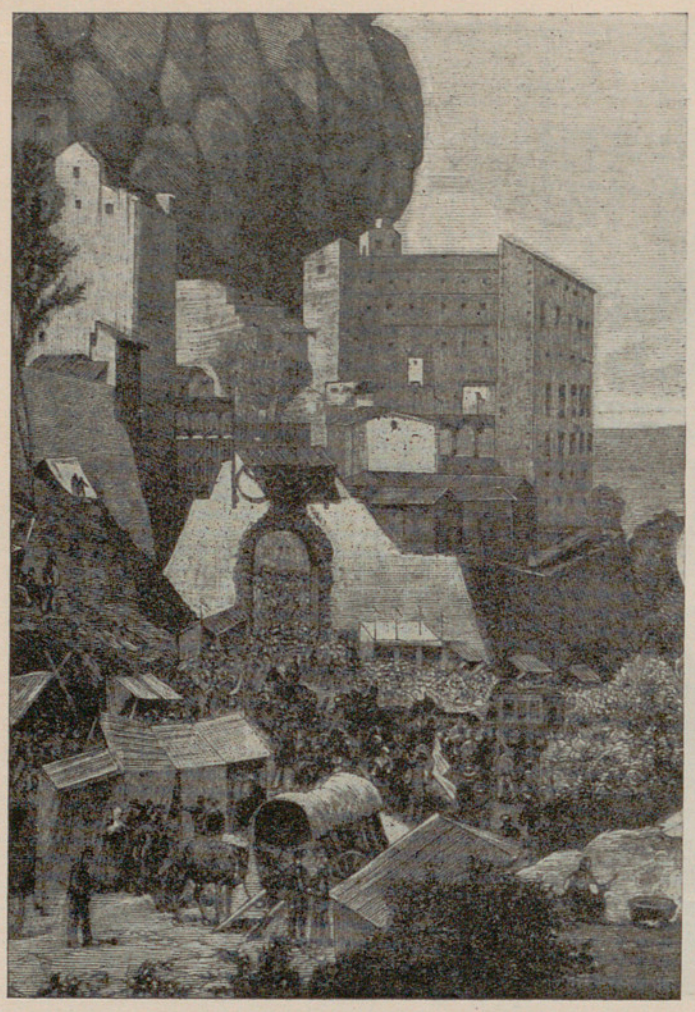
(2) Por este singular servicio, Su Majestad la Reina doña Isabel II honró a Pablo Padrosa con la cruz y placa de Carlos III, regalándole ella misma los distintivos de Caballero con brillantes y el Rey don Francisco un magnífico reloj de oro guarnecido de diamantes.

Grabado de C. Langlois

Asalto de la ermita de San Dimas por las tropas de Napoleón

El Padre Blanch, a pesar de su avanzada edad, no cejó en su afán de reconstruir el Monasterio. Organizó la Comunidad, haciendo un llamamiento a los monjes dispersos. Pudo reunir a los sacerdotes Padre Jacinto Boada, Padre Ramiro Torrents, Padre Benito Percebal, Padre Luis Cerveró, Padre Miguel Muntadas, Padre Lorenzo Bellver, Padre Rafael Palau, Padre Félix Blanch y a los legos José Campderrós y Benito Costa.

Al Padre Abad Blanch, le sucedió en calidad de Presidente el Padre Ramiro Torrents, que falleció en 1853 y a éste sustituyóle el Padre Corróns que vino de Italia; regresó este Padre a dicho país y entonces fué elegido Presidente el Padre Muntadas, en plena juventud, pues había nacido en Capellades el 30 de noviembre de 1808. Como quiera que la Congregación de Valladolid estaba disuelta, al ser nombrado el Padre Miguel Muntadas Abad de Montserrat, con cargo vitalicio y con todas las insignias pontificales, dependiendo únicamente de la jurisdicción del Papa, que lo era el



Fiestas del milenario. Grabado de una revista inglesa

gran Pontífice Pío IX, puede muy bien decirse que el Abad Muntadas era el genuino sucesor del Abad Juan de Peralta.

El Abad Muntadas, en su largo gobierno, fué el gran restaurador de Montserrat en todos sus aspectos: los Monjes, la Escolanía, reparación y restauración del Templo. Esta fué la obra de este insigne Abad, incrementando todos los elementos de la Comunidad con expansiones a Ultramar.

Organizó las magníficas fiestas del Milenario; logró de Roma que la iglesia fuera elevada a Basílica; creó un Colegio de Misioneros para Ultramar. En una palabra, fué, como hemos dicho, el gran restaurador de Montserrat.

El Abad Deás, que le sucedió en 1885, continuó con el mismo afán la obra de restauración del Abad Muntadas. Construyó la nueva fachada del Templo, las hospederías de San José y Nuestra Señora, el artístico Rosario monumental en el camino de la Santa Cueva y fundó el Colegio de Manila.

Al Abad Deás sucedió el Abad Padre Antonio María Marcet, el cual ha coronado todos los esfuerzos y afanes de la Comunidad Montserratina, elevando el Monasterio, en todos los órdenes de las actividades monásticas, a un nivel que acaso jamás había alcanzado.

Como sea que en otros capítulos trataremos de las fiestas que acaban de celebrarse con motivo de la reposición de la bendita Imagen en su trono y del Montserrat del porvenir, cerramos este, con el corazón henchido de alegría al poder contemplar Montserrat, en 1944, en pleno apogeo, después de siglo y medio de trastornos, tras su

destrucción total. Cuando el mundo convulso y envuelto en llamas se derrumba en la más espantosa de las tragedias humanas, brilla Montserrat, con su Reina Morena, esplendoroso como nunca, con todos los prestigios, virtud y sabiduría de los cenobitas, magnificencia en el culto, devoción universal en el pueblo, asistiendo nuestra generación a la última fase de la restauración total del gran Cenobio. Ante ello, forzosamente, tenemos que exclamar a fuer de creyentes:

¡Digitus Dei est hic! — ¡Aquí hay el dedo, el poder de Dios!

CAPITULO IV

# La iglesia

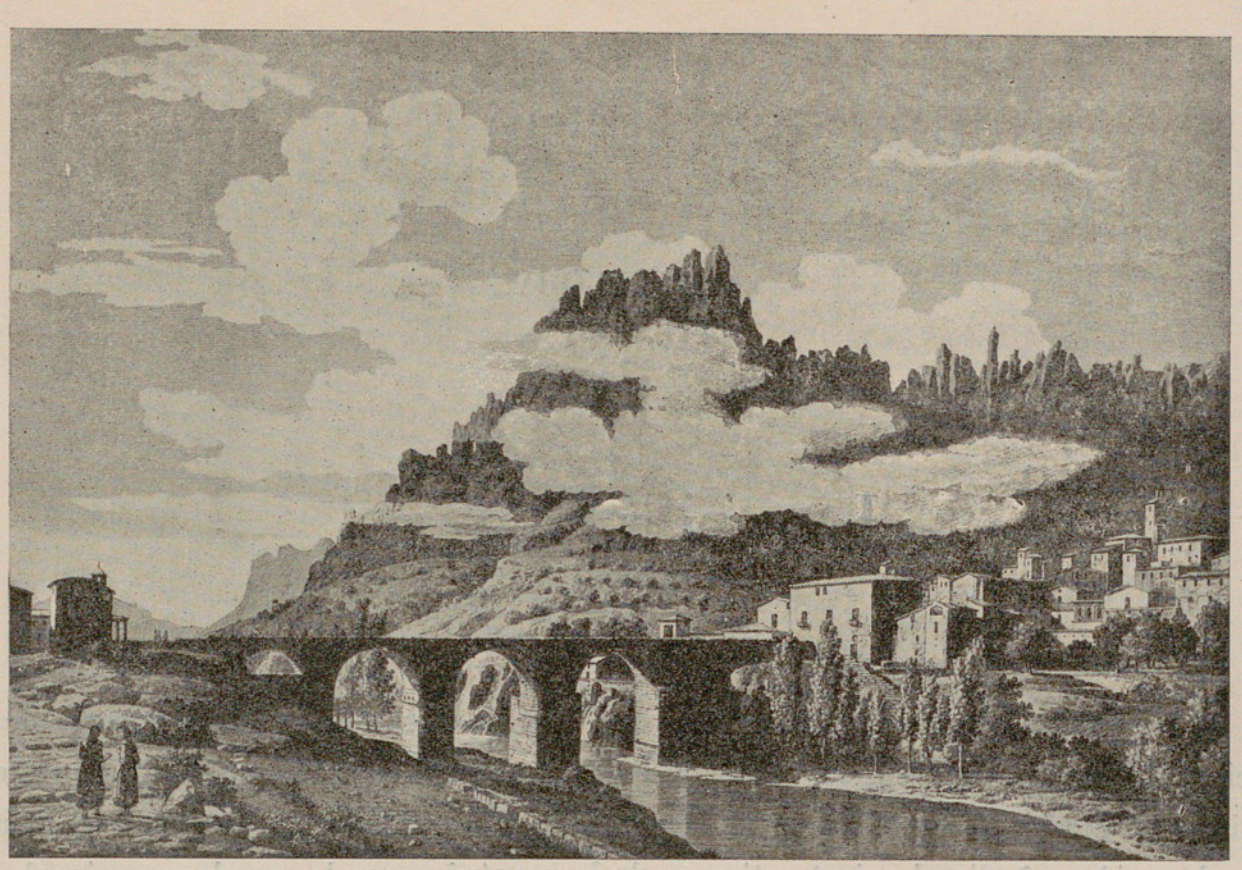
No existen documentos auténticos que nos demuestren la fecha exacta de su erección. Parece que Wifredo II, conde de Barcelona en el año 888, cedió al Monasterio de Ripoll la iglesia de Santa María de Montserrat, y que Borrell en el año 976 confirmó dicha donación, añadiendo ciertas tierras de la montaña, por lo que los monjes de Ripoll establecieron allí un Priorato.

Este pequeño templo románico fué ensanchado durante el transcurso de los siglos en la medida que lo permitía la estrechez del terreno.

El Abad Pedro de Burgos realizó la última ampliación terminada por el Abad Pedroche, en el año 1537, dando para esto la Emperatriz Isabel una gran limosna (1). Se amplió también el retablo.

A pesar de esta ampliación, quedaba tan reducido el sagrado recinto que no podía dar cabida a la ingente muchedumbre de peregrinos que incesantemente acudían al Santuario. Eran tantas las lámparas, velas y cirios de tamaños descomunales que ardían perennemente, que ahumaron totalmente la iglesia, dándole un aspecto impresionante. Es por esto por lo que el Emperador Carlos I exclamaba: "¡Las paredes de este

(1) Un libro del archivo decía que la obra se terminó en 22 de agosto, y añadía: Ampliavit Reverend. Dominus Abbas sacellum XII. Palmorum in latura, et XX. in longum, plusquam erat antea. El Reverendísimo Señor Abad amplió la iglesia en más de lo que era anteriormente por 12 palmos de ancho y 20 de largo.



Vista de Montserrat, desde Monistrol

santuario están ahumadas y siento en él tanta devoción y una cierta Deidad, que no sé significarlo!" (1).

Constituía, pues, una necesidad, tan imprescindible como inaplazable, la erección de un gran templo. Pero nadie se atrevía a emprender una obra de tan colosales proporciones, pues las dificultades que se presentaban en todos los órdenes, tanto técnico como económico, parecían, a juicio de los prudentes, totalmente insuperables.

## El abad Garriga y la iglesia nueva

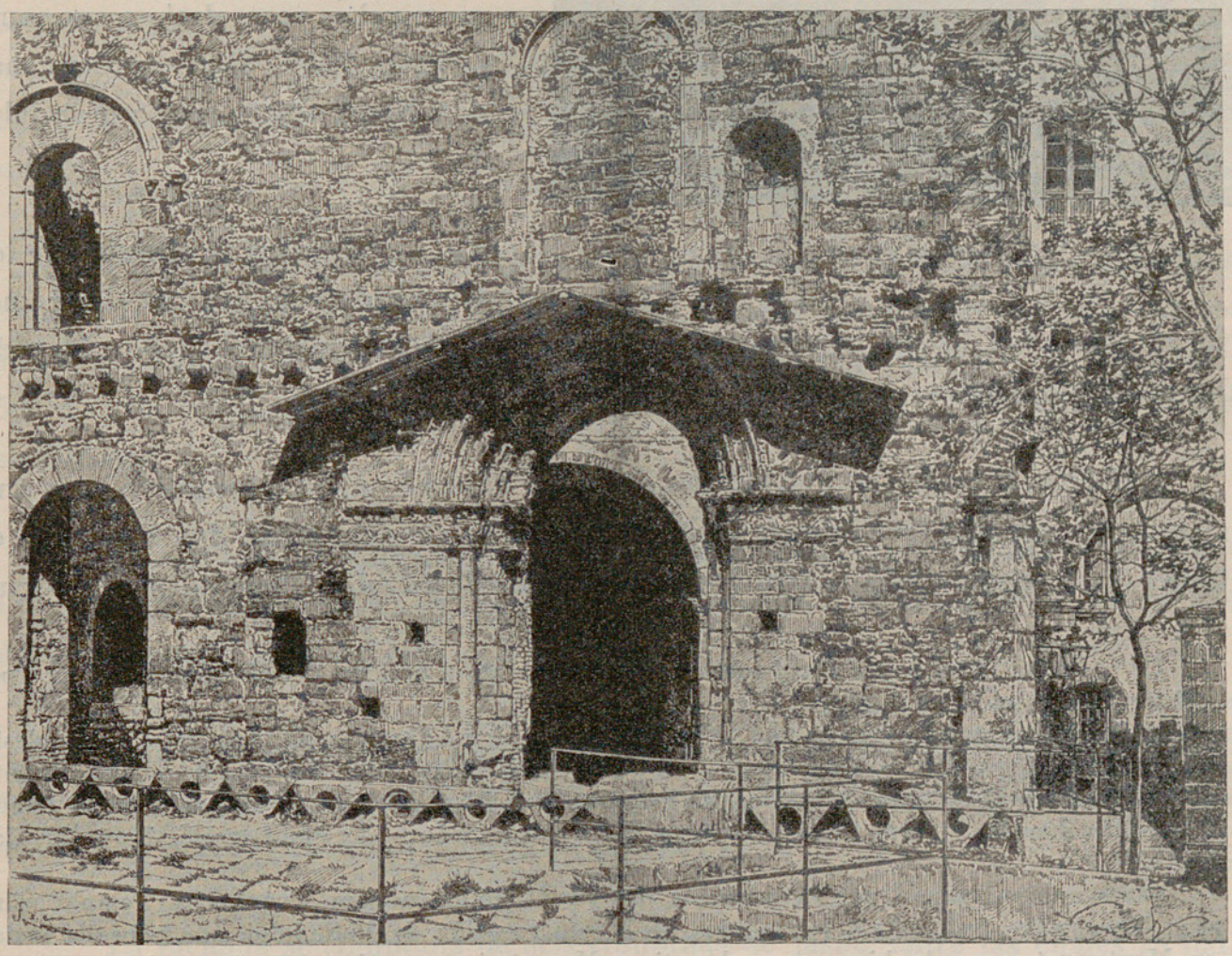
Quiso Dios y su bendita Madre la Virgen Santísima que la persona que venciera todas aquellas dificultades y levantara el hermosísimo templo que asombra a sus

(1) El color moreno tan acentuado de la bendita Imagen, es probablemente debido a las nubes de incienso y al humo de tantas lámparas y cirios que ardían constantemente, que, en el curso de tantos siglos la ennegrecieron.

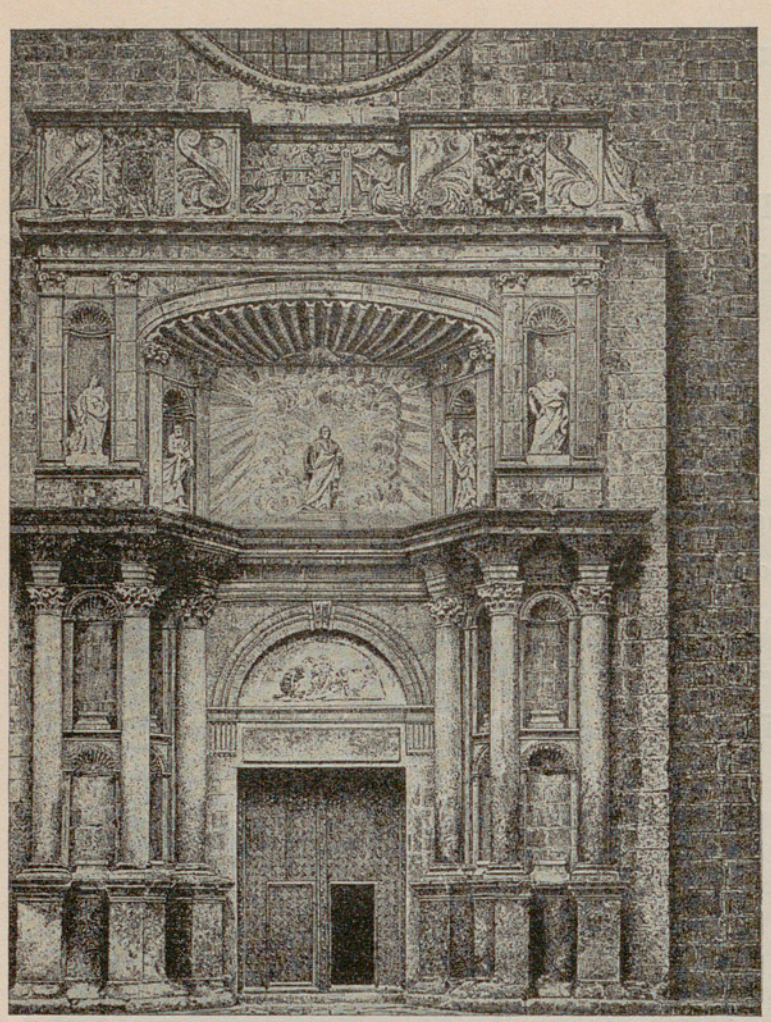
visitantes hiciese su entrada en la montaña santa de una manera, podríamos decir, predestinada.

Siendo Abad de Montserrat el Padre Pedro Muñoz, que había sucedido al gran Abad Cisneros, se presentó en el Santuario un pobre labrador de Pinós, pueblecillo de la Segarra, con un borriquito que en unas angarillas traía a un lado un cabrito y, al otro un hijo suyo de siete años. Venía a Montserrat a ofrecérselos a la Virgen, en cumplimiento de un voto.

El sacristán tomó el cabrito, agradeciéndole amablemente la ofrenda; pero el labrador le dijo que también tenía que quedarse con el niño, pues a los dos los había ofrecido a Nuestra Señora. Naturalmente, el sacristán rehusaba quedarse con el niño, arguyendo muchas razones; pero sobre todo, por ser tan pequeño, sin embargo, el labrador insistió tanto que el sacristán dió cuenta de lo que sucedía al bondadoso Padre



**Portada de la iglesia antigua**



Fachada antigua

Abad, el cual, admirado de la sencillez y devoción de aquel labriego y observando en aquel niño angelical un algo extraordinario, lo admitió entre los pajes de Nuestra Señora, ingresando en la escolanía.

Este niño se llamaba Bartolomé Garriga y pronto empezó a descollar entre sus compañeros, creciendo y adelantando prodigiosamente en virtud y saber.

Su devoción a la Santísima Virgen era tan tierna y fervorosa que muchas veces decía a sus compañeros: "¡Ah! Si yo pudiera, haría a Nuestra Señora una gran iglesia."

Esta fué la obsesión de toda su vida y no hay que decir que, al ser elegido Abad, aceptó la mitra con el único fin de poder realizar el sueño e ideal de todos sus pensamientos.

Meditando sobre su audacísimo proyecto paseaba un día pensativo por una obra muerta, que mandó explanar y cimentar más de un siglo atrás, don Fernando el Católico (1), y, observando la firmeza y solidez de aquella obra, lleno de alegría excla-

(1) En un libro de los Bienhechores, que existía en el archivo del Monasterio, Serra Postius afirma haber leído lo siguiente:

"Año mil cuatrocientos ochenta y nueve, el Rey don Fernando dió principio a la iglesia nueva, haciendo desmontar mucha tierra y romper peñas, para abrir las zanjas, y últimamente levantó los fundamentos hasta un cordón de la parte de afuera, que aun en su pared se ve, donde gastó infinitos ducados. "Serra Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrate. Parte 2.ª Capítulo XXIV.

Otros autores opinan que la intención del Rey Católico no era levantar el Templo, sino un gran Monasterio destinado a los monjes de la congregación de Valladolid, que pensaba instalar en Montserrat como lo hizo, pues el antiguo Monasterio y sus dependencias se habían levantado sin obedecer a ningún plan.

mó: "¡Ya tengo los fundamentos para la gran iglesia! ¡Voy a levantarla; la Virgen me ayudará!"

Interior de la iglesia antes de su destrucción

Y, sin hacer caso de los obstáculos que le oponía la prudencia humana, puso en seguida manos a la obra y levantó esta hermosa Catedral de las montañas, que bien merece este nombre el amplio y suntuoso templo ideado y hecho una realidad, por aquel tierno niño que en sus primeros años fué ofrendado a la Santísima Virgen y que después fué el gran Abad Garriga.

No pudo éste ver terminada su obra gigantesca; pero ya no podía abandonarse. El Abad San Román invirtió 22.000 ducados, el Abad Campmany siete mil y el Abad Plácido de Salinas terminó felizmente, en 1592, la obra comenzada el 11 de julio de 1560. La consagración de la iglesia nueva la efectuó el Obispo de Vich, asistido de otros seis Obispos.

Se adoptó en la construcción el estilo, entonces en boga, romano o renacimiento, notándose reminiscencias del caducado gótico y más o menos influído por su sucedáneo en España, el plateresco.

Consta el templo de una sola y grandiosa nave y está dispuesto con admirable simetría en sus dimensiones: 52'63 metros de largo, 26'72 de ancho y 25 metros de elevación. Los muros tienen dos metros de espesor.

La fachada se componía de seis columnas de jaspe, entre las cuales se hallaban doce hornacinas en las que estaban colocadas las imágenes de los doce Apóstoles,

presididas por la imagen del Redentor en actitud de bendecir. Todas eran de finísimo mármol blanco (1).

En un segundo cuerpo había un primoroso relieve, representando la Anunciación, y, a los costados del relieve, dos magníficos escudos representando el de la derecha, las armas reales, y el de la izquierda, el blasón del Monasterio.

Encima de la puerta de entrada había un medallón de mármol blanco con la Virgen sentada en el centro de la Montaña (2).

El aspecto del interior del templo, es verdaderamente majestuoso, aunque hoy no es más que un pálido reflejo de lo que fué. La bóveda y paredes estaban totalmente doradas; los retablos, sobre todo el de Jordán del altar mayor, eran un derroche de arte y de riqueza; el monumental coro, obra de Cristóbal de Salamanca, los órganos (había cuatro) dorados y ricamente decorados, las cinco gradas del altar de plata, los candelabros de plata, el Sagrario del mismo metal, el trono de la Virgen también, siendo de plata el bosque de lámparas que colgaban delante de la Virgen y que ardían perennemente, dejando suspenso y embelesado al devoto peregrino apenas pisaba el umbral de este templo; destacándose entre tanta riqueza la Virgen Morena en su tabernáculo que, en los días de grandes festividades, parecía la cancela de la Gloria.

Y ¿qué diremos de la riqueza de ornamentos para el culto que se guardaban en la sacristía, cuyos cuatro departamentos estaban primorosamente decorados con riquísimos espejos y cuadros de los más famosos pintores?

El cronista Argaiz dice que en su tiempo (siglo XVIII) existían en la sacristía:

50 capas pluviales, muchas de brocado de tres altos y otras de tela de oro.

Más de 30 ternos para diferentes festividades, también de brocado.

Un gran número de casullas sueltas.

Y entre las mitras, una, regalo del Duque de Mantua, estimada en 1.500 ducados.

(1) Los escultores Pablo Serra, Juan Enrich y Raimundo Amadeo, todos de la Academia de San Fernando, labraron dichas estatuas, cuatro cada uno.

(2) Este medallón era obra del mencionado don Pablo Serra.

**Monasterio de Montserrat**

Grabado de C. Langlois. Marzo de 1830

Todo este tesoro en ornamentos sagrados, de incalculable valor, lo había reunido el Santuario coleccionando los diversos regalos que reyes, príncipes y magnates habían ofrecido a la Santísima Virgen.

Para curiosidad del lector, enumeraremos unos cuantos regalos de bienhechores insignes, en oro y pedrerías, que ofrecían a la Virgen de sus devociones y que servían para un mayor esplendor del culto.

En el año 1508 don Enrique, Infante de Aragón, ofreció un frontal de brocado encarnado.

El Duque de Calabria, en el año 1518, un ornamento y un frontal, todo de brocado.

En el mismo año, el Duque de Segorbe, una capa riquísima estimada en mil ducados.

En 1510, la condesa de Módica, un frontal y una casulla de brocado.

En 1535, la condesa de Trevenso, tres casullas, una de ellas de brocado, y varios objetos de plata.

En 1537, la Duquesa del Infantado, una saya tejida de oro, de la que se hizo un ornamento entero.

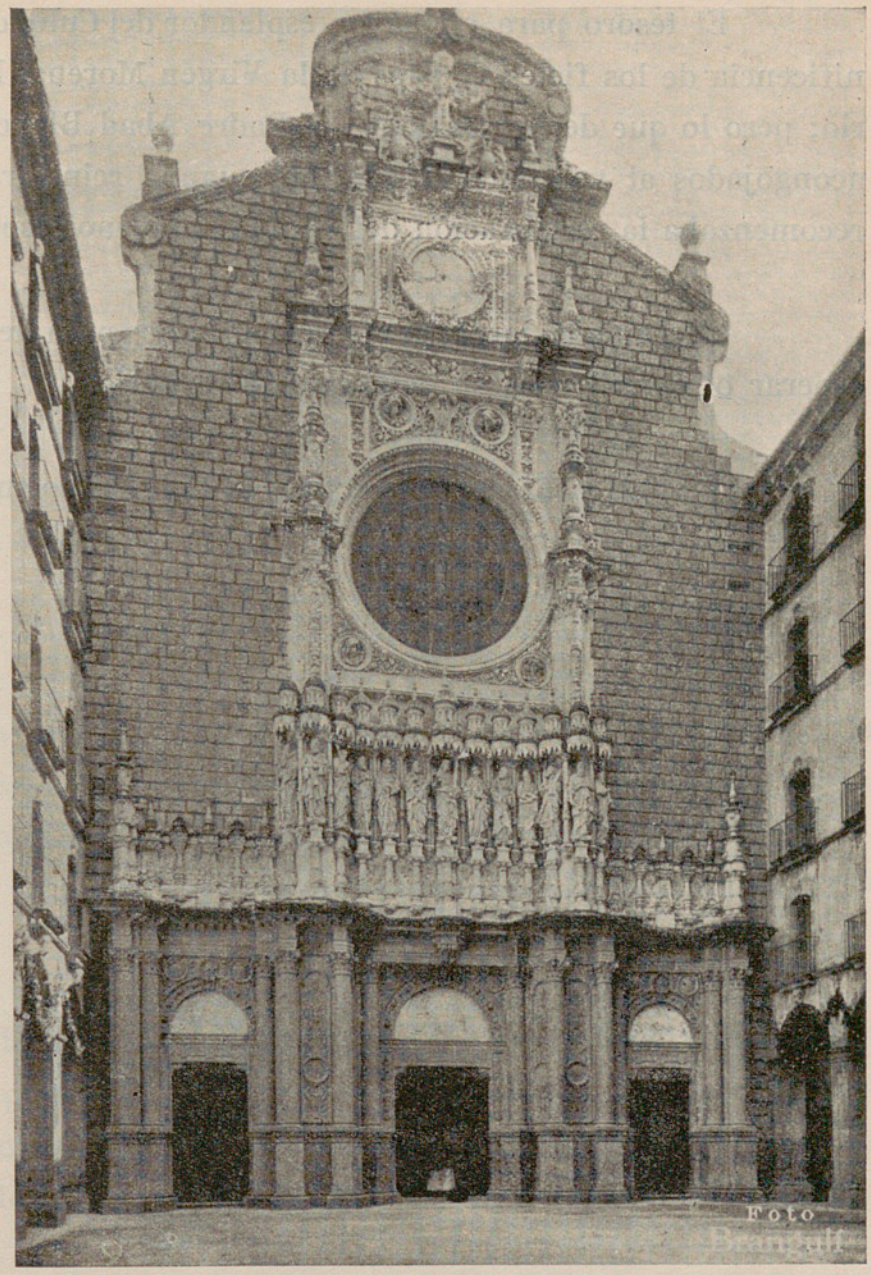
En 1558, la Princesa de Nivelt, cuatro manteles. En 1561, don Acisclo de Maya, Obispo de Vich, un ornamento de brocado. En 1564, el Príncipe de Eboli, una capa de brocado. En 1569, el Duque de Soma, dos capas. En 1581, la Condesa de Prades, una ropa de tela de plata, bordada en oro. En 1586, el Duque de Villahermosa, una gola bordada en oro. En el mismo año el Conde Cifuentes, un frontal bordado en oro. En 1599, la Reina de España y su Augusta madre, veinte varas de brocado muy rico. En el mismo año, la Vizcondesa de Eboli, media pieza de telilla azul, sembrada de aljófar, de la que se hicieron dos capas.

En 1600, el Cardenal Escanio, una casulla de gran valor. En 1603, la Condesa de Elde, unas basquiñas de tela de oro. En el mismo año, la Condesa de Laurín, vino de Francia a visitar a Nuestra Señora y ofreció un frontal muy rico. En 1604, la Duquesa de Verganza, envió desde Portugal una saya de tela de oro, de un valor de mil ducados. En el mismo año la Condesa de Lemos, un frontal y una casulla de tela de oro. En 1610, la Duquesa de Lorena, seis varas de brocado muy rico. En el mismo año,

la Duquesa de Cañete, una saya muy rica. También en dicho año, la Condesa de Porcia un vestido bordado de canutillo de oro. Asimismo la condesa de San Martín, una saya de tela de oro. En 1612, la marquesa de Cobar otra saya muy rica, que sirvió para confeccionar un terno, tal era su tamaño. En 1614, la marquesa de Tromesta, unas basquiñas muy lindas y frontales. En el mismo año el Cardenal de Joyens, francés, una casulla y frontal de un valor de quinientos ducados. En 1616, la condesa de Lemos, un frontal muy rico y cuatro vestidos. En 1617, la condesa del Infantado, una saya bordada de canutillo de oro. En 1618, la Reina de Francia, esposa de Luis XIII, ornamento entero de un valor de mil ducados. Año 1619, los duques de Florencia, un frontal y casulla de brocado de tres altos, con más de seis mil granates, por un valor de tres mil ducados. En el mismo año, la duquesa de Alburquerque, unas basquiñas valoradas en doscientos ducados. Año 1621, la Reina de España remitió una saya estimada en mil escudos. En el mismo año, la duquesa de Osuna otra saya valorada en dos mil escudos. Año 1623, la duquesa de Alcalá, otra muy hermosa. En 1624, el duque de Espernou, un mantillo de carmesí, de muchísimo valor. Año 1626, el Cardenal Barberino, una casulla de brocado. En 1630, la duquesa de Feria, un vestido entero de un valor de ochocientos escudos. En 1631, doña Margarita de Austria, mandó otro vestido entero, muy rico, de un valor de dos mil quinientos escudos. En el mismo año, la marquesa de Visco, una saya valorada en tres mil reales. Año 1635, la marquesa de Campo, unas basquiñas con otras varias cosas por un valor de mil quinientos ducados. En el mismo año, la condesa de Este, un frontal y frontaleras, valoradas en mil escudos. También la princesa de Carrillano envió unas basquiñas estimadas en mil ducados. Año 1638, la condesa de Monterrey, un manto y mantilla, para Jesús y María. Año 1640, el conde Molina, de nacionalidad francesa, una tela de grana bordada de plata. Año 1653, la Reina de España, un vestido bordado de plata, de un valor de tres mil ducados. En el mismo año, la duquesa de Nájera, un vestido de tela de oro y plata para un ornamento. Año 1654, el marqués de Masorin, francés, un capote de grana bordado en oro. Año 1658, la princesa de Nivelet, en Bravancia, dos ricos manteles. En 1663, la condesa de Robles, un vestido de tela en oro y plata. En 1667, el marqués de Astorga, ocho varas de lama encarnada, de las que se hizo un manto para la Virgen. Año 1668, la condesa de Centellas, un vestido de lama bordado en oro. En 1669, la baronesa de Llinás, otro vestido bordado en oro. En 1670, la princesa de Parma, un manto, una casulla y otras varias cosas valoradas en siete mil ciento cincuenta ducados. Año 1672, la marquesa de Pescara, unas basquiñas. En 1678, la marquesa de Santa Cruz, una saya muy rica de un valor de mil ochocientos ducados. Año 1680, la duquesa de Frías, un vestido de brocado estimado en mil ducados. Año 1687, la condesa de Oropesa, un ves-

tido muy rico valorado en mil ochocientos ducados. Año 1688, el marqués de Grillo, genovés, un terno y otras cosas. En 1693, la duquesa de Medinasidonia dió varios cortes de tela de oro y plata. En 1696, el marqués de Constant, un manto.

En el año 1702, la duquesa de Medinaceli, un vestido por valor de mil ducados. En 1712, la marquesa de Coscojuela, un manto y una mantilla para la Virgen y un vestido para el Niño, de tisú de oro. En el año 1722, los marqueses de Sardañola, unas basquiñas y un jubón de seda bordado en oro y plata, valorado en cuatrocientos ducados.



Fachada actual

Esta es la relación de donantes, con sus ofrendas, que a principios del siglo XVIII, constaba en el libro de bienhechores, la que sin duda se engrosaría notablemente hasta el nefasto 1811, en que el Santuario fué destruído por las huestes de Napoleón.

Después de aquel desastre, la restauración material del Templo se completó el año 1895; su decoración en 1896 y en 1898 don Juan Llimona pintaba magistralmente el Camarín. El Padre Abad Deás, había dado cima a los esfuerzos de los incansables benedictinos, después de casi un siglo de afanes, confirmando una vez más la proverbial característica de esta Orden meritísima: la Constancia.

El tesoro para el mayor esplendor del Culto debe proceder de la piedad y munificencia de los fieles devotos de la Virgen Morena. No falta, ciertamente, lo necesario; pero lo que decía, sonriente, el Padre Abad Blanch a sus compañeros de hábito, acongojados al ver tanta desolación, cuando reintegrados al Monasterio en 1844, se recomenzaba la restauración del Templo, podemos repetirlo aquí:

"Hermanos, tardó Montserrat mil años para llegar a lo que fué; podemos, pues, esperar otros mil para su restauración plenaria."

Y esta frase, tan benedictina, es todo un poema.

CAPITULO V

# Descripción de la montaña

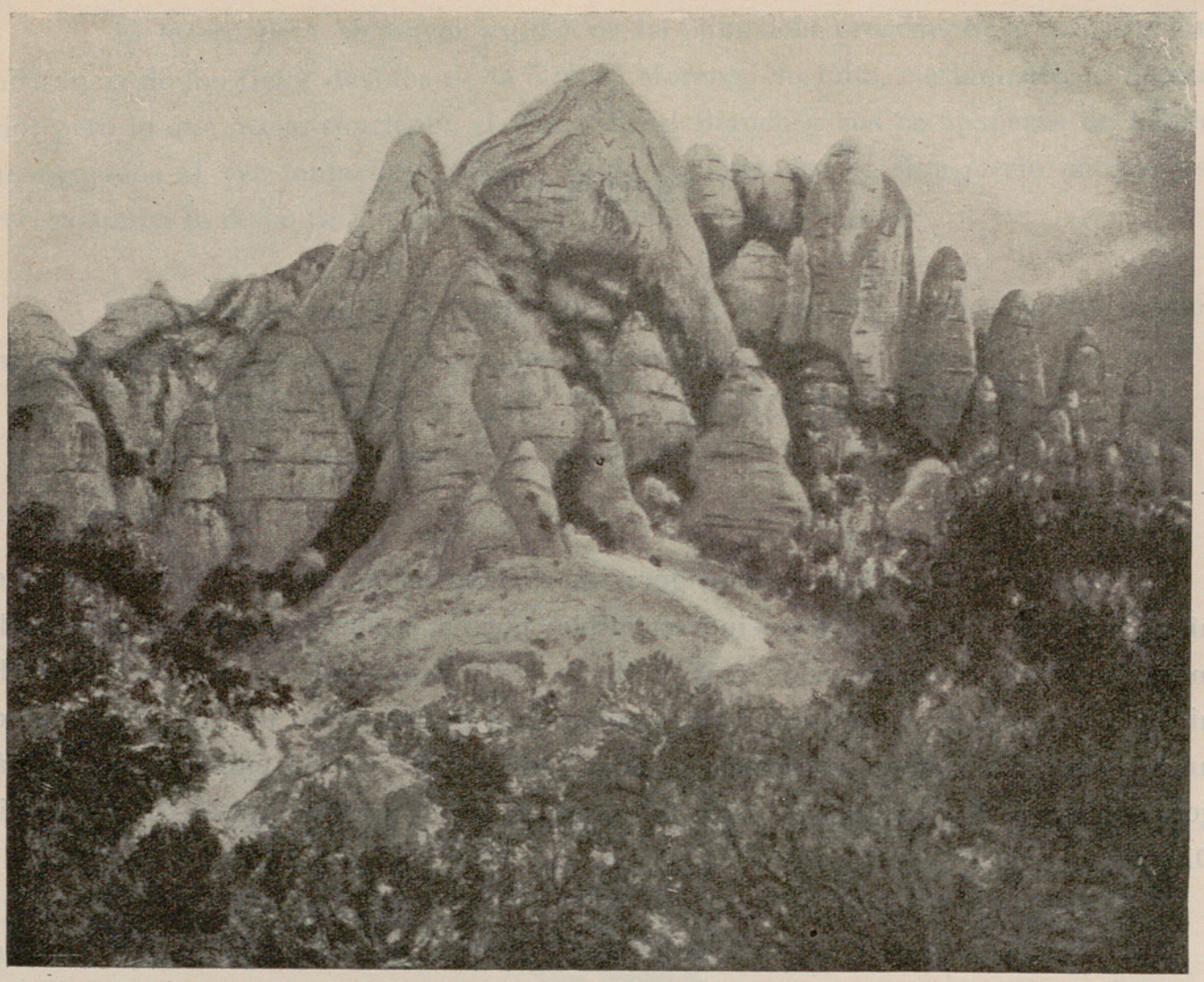
Es tan maravillosa la configuración de Montserrat, que no tenemos inconveniente en decir que nos parece indescriptible; pues a la simple contemplación de la montaña puede la imaginación más brillante y vigorosa fantasear a sus anchas y la hipérbole explayarse a su placer; los poetas nos la pintan como un gigantesco navío, un castillo archiciclópeo, una catedral inconmensurable, etc. Sin embargo, estas imágenes sólo nos dan una pálida idea de lo que es aquel prodigio de la Omnipotencia Divina.

Pero no es este el objeto que perseguimos en el presente capítulo. Nuestra descripción no será un alarde de poesía, en el sentido de una creación, pues nos circunscribiremos a lo objetivo, cortaremos, en lo posible, las alas a la imaginación para, de esta suerte, dar a nuestros lectores una visión simplicísima de la asombrosa montaña.

Es muy curioso observar la fisonomía constante de Montserrat a través de los siglos, pues tal como la vemos en la actualidad, del mismo modo nos la describen los autores de los siglos XV y XVI.

Una impresión de belleza perenne de Montserrat queremos dar a nuestros lectores, degustando las delicadezas del lenguaje, con pequeñas variantes, de un autor del siglo XVI, que nos describe Montserrat con aquel estilo seductor de nuestros clásicos, aun cuando advierta que no empleará un "alto estilo ni de las hermosuras y flores de hablar"; pero de hecho, su estilo es de encantadora belleza.

Completaremos esta descripción con algunas notas de actualidad.



Montserrat

Cuadro de W. Degouve de Nuncques

"La famosísima montaña de Montserrat — dice — está situada casi en medio del Principado de Cataluña, algo más allegada a la parte de levante y mediodía; por la cual parte dista de la muy insigne ciudad de Barcelona por espacio de siete leguas. Está apartada de los Pirineos, los cuales tiene hacia tramontana por espacio de doce leguas. Al pie de la montaña pasa el río llamado Llobregat, que va a entrar al mar Mediterráneo a una legua de Barcelona.

"Y aunque esta montaña está circuída de otras muchas montañas, empero está exenta y apartada por sí sola; de manera que ninguna otra montaña se junta con ella.

"Su circuito es de cerca de cuatro leguas; su altura es tanta que, mirando de

lo alto de ella, las montañas del derredor parecen bajas y casi llanas, aunque los que anden por ellas las hallen bien altas y ásperas. Y por ser tan alta, antes que lleguen al medio de ella, cuando está el cielo sereno, se ven tan claras las montañas de Mallorca, Menorca e Ibiza, que están doscientas millas dentro del mar Mediterráneo, como si estuvieran en tierra firme.

"La aspereza de la montaña es grande, y a los que la miran de lejos parece cosa muy fatigosa y espantable y que parece imposible poder andar por ella; empero, con todo esto, es tanta la hermosura en el orden y compostura de ella que el deleite que tienen en mirarla y contemplarla, andando por ella, les quita otro cualquier trabajo y fatiga que les da su aspereza y trabajosas subidas.

"Y por ser toda de peñas y riscos muy altos, es cosa de gran admiración ver la fertilidad de ella, porque todos aquellos ásperos peñascos están fornidos de frescos y deleitables árboles, y de muy hermosas y olorosas hierbas, y flores de diversos colores y maneras que, a la vista y parecer de todos, no parecen sino muy compuestos y adornados jardines y muy deleitables florestas. Y no sólo se hacen estas arboledas en los lugares donde hay algún poco de tierra, sino que se hallan en muchas partes; en las peñas y riscos puros y sin tierras muy vistosos árboles y hierbas (1).

"Y más es esto de maravillar, por no haber fuentes en esta montaña, sino algunas de muy poca agua y que casi vienen a faltar en tiempo de secada. Bien es verdad que se engendran aguas en ella también como en otras montañas; mas como sea compuesta de peñas divisas unas de otras, las aguas se vienen a sumir y caer a lo bajo; como se ve por la experiencia de una fuente que está bien alta a la parte de Santa Cecilia, que es un Monasterio muy antiguo en la misma montaña, a la parte de

(1) En su libro de poesías, fray Anselmo Forcada, monje montserratino, escribió a este propósito, esta hermosa octava real:

*Sin agua, sin semilla y tierra poca*
*Arboles, matas, yerbas, lindas flores,*
*Visten las peñas de alegría loca,*
*Sin que el agosto ofenda sus verdores:*
*Milagro es cuanto el hombre en ellas toca,*
*Obras son de los cielos sus primores,*
*Que aquí, como es María la hortelana,*
*Medran las plantas sin industria humana.*

levante y tramontana. El agua de aquella fuente se siente caer entre dos peñas y no viene a salir fuera; ni se ve, mas húndese a lo bajo. Y así es de creer de otras aguas; las cuales vienen a salir al pie de la montaña a la parte de levante, muchas de muy buena agua y muy caudalosas, y que muelen molinos de ellas; y en algunas partes se hallan debajo de esta montaña concavidades muy grandes y muy espantosas, donde algunos han probado de entrar y bien adentro oyen ruido de aguas que corren.

"Y no solamente los árboles y verduras hacen hermosa y deleitable esta montaña; más aún, las mismas peñas en su asiento y compostura tienen tanta hermosura que deleitan los ojos de los que las contemplan. Porque por muchas partes se levantan unas rocas tan altas que no parecen sino torres de alguna ciudad puesta en alto, y, a la parte de tramontana, están de tal manera tajadas las peñas, que parecen ser una muy fuerte cerca de alguna gran ciudad. Las peñas, por la mayor parte, son tan duras y fuertes que no se pueden labrar sino con gran dificultad y tiran algo a la naturaleza de jaspe y se cree que en algunas partes, si se pusiere trabajo, se hallaría de bueno.

"Y por estar las peñas de esta montaña divisas unas de otras y juntas como si las hubieran partido con una sierra, se llama esta montaña en catalán *Montserrat,* que quiere decir "Monteaserrado"; y por estar el Monasterio en esta montaña, se llama Montserrat, y así tiene el Monasterio por insignias o armas una montaña de peñas con una sierra que las divide" (1).

Han transcurrido cuatro siglos desde que se escribió la descripción transcrita y es el trasunto exacto del Montserrat actual. Su fisonomía no ha variado ni en el más mínimo detalle. Su flora, que acusa la existencia de 1.600 especies de plantas vasculares, de las 3.000 que la Botánica señala en Cataluña, confirma lo que el Padre Burgos nos dice, con aquella su donosura de lenguaje. El boj y el romero son las plantas típicas de Montserrat.

La fauna montserratina es abundante y variada en insectos. Los pájaros son numerosos. Abundan los verderoles, jilgueros, ruiseñores, gorriones, tordillos, pardillos, golondrinas, vencejos, cornejas, reyezuelos, estorninos, mirlos, pinzones, etc.

(1) Historia de Montserrat por el Padre Burgos. Impresa en Barcelona el año 1556.

En las peñas anidan las águilas, gavilanes y halcones. Estos últimos constituían antiguamente el preciado regalo que los abades ofrecían a los príncipes y grandes señores.

Alguna vez, entre los animales feroces, se ha visto algún lobo o jabalí; pero sólo muy raramente. Con bastante frecuencia se encuentran comadrejas, hurones, zorras, gatos monteses, ardillas, etc.

Los reptiles son poco numerosos (1).

Montserrat — Dibujo de W. Degouve de Nuncques

Con lo hasta aquí expuesto, creemos que el lector, a quien no le haya cabido la dicha de visitar la Montaña Santa, se habrá formado una idea, más o menos precisa, de la famosa montaña; pues todo cuanto se pueda decir o escribir sobre ella, sólo será un pálido reflejo de la realidad, ante la viva impresión que produce al que por primera vez contempla atónito la portentosa y nunca bien ponderada montaña, que la Reina de los cielos ha escogido para su glorioso trono, firme e inmutable, como firmes e inmutables son la fe de España y las robustas peñas en que se asienta.

(1) El Padre Mauro Ametller, a últimos del siglo XVIII, pacientemente reunió una interesantísima colección de Historia Natural, referente a la montaña de Montserrat, que era la admiración de todos los sabios que visitaban el Monasterio.

Carlos IV quiso verla, cuando en 1802 visitó el Santuario, con su esposa doña María Luisa y su real familia.

Desapareció con la destrucción del Santuario por los franceses.

CAPITULO VI

# Hipótesis sobre el origen de la montaña según los geólogos

A pesar de que los geólogos, tanto nacionales como extranjeros, que han estudiado la configuración de este macizo montañoso, excepcional capricho de la naturaleza, nos aseguran, con el aplomo que supone la demostración de una tesis incontrovertible, la época precisa de su formación primitiva y, con minuciosos detalles, nos describen las distintas fases o períodos por los cuales ha pasado, merced a la constante labor de los agentes físicos, hasta tomar su actual configuración; respetando, desde luego, las rotundas afirmaciones de estos adalides de la nueva ciencia, nos resistimos a aceptarlas como apodíticas, pues tratándose de supuestos acontecimientos desarrollados a millones de años de distancia, todos los cálculos se prestan más a conjeturas que a conclusiones. Por esto titulamos este capítulo con la denominación de "hipótesis".

Sobre la génesis de Montserrat, desde el punto de vista científico, se han ocupado diferentes geólogos nacionales y extranjeros.

Entre los nacionales se destacan Almera, Font y Sagué y Faura. Hasta el Padre Anselmo Albareda, en su Historia de Montserrat, rinde a la Geología el homenaje de su clara y serena inteligencia y alude, como a fantasía ingenua, a las frases del más genial de los poetas místicos catalanes, cuando nos describe la formación de Montserrat: *Con sierras de oro manejadas por manos de ángeles.*

Entre los extranjeros, señalaremos a Deperet, Dolfus y Vidal.

Como todos estos sabios, que han estudiado la génesis de Montserrat, coinciden en los puntos esenciales, de acuerdo con los principios en que se basa la Geología, se admite hoy día lo que nos dicen sobre el origen y formación del maravilloso Montserrat.

Nos limitaremos, pues, a transcribir sucintamente lo que, como resultado de sus estudios y observaciones, nos han explicado, pero, repetimos, que es aceptándolo a título de hipótesis, la cual, como se comprende, no puede rebasar los límites de una probabilidad.

Esta esbelta y singularísima montaña que, vista por el Abad Muntadas, tiene la forma de un bajel colosal, cuya proa está en casa Masana y la popa en la Cueva de la Santísima Virgen, y cuya bellísima silueta, constituída por numerosas crestas, nos evoca la figura de una sierra, justificando su denominación, tiene un origen geológico para los profanos verdaderamente impensado, pues es marino.

El doctor Almera, que midió la altura de la montaña desde su pico más elevado, que es San Jerónimo, nos da los siguientes datos referentes a sus dimensiones y posición topográfica:

Altura sobre el nivel del mar: 1.243 metros.

Altura sobre el nivel del Llobregat: 1.109 metros.

Perímetro de la montaña: 22 kilómetros.

Distancia de Barcelona: 35 kilómetros.

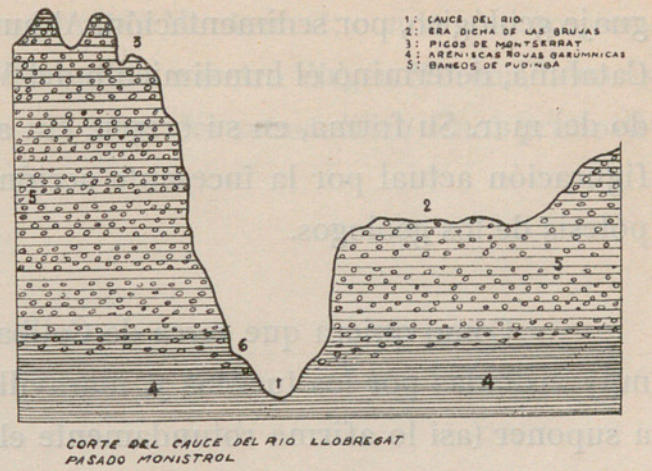
Está situada a 41° y 30' de latitud Norte y a 5° 29' 30" de longitud Este, según el meridiano de Madrid.

La base de Montserrat, dicen los geólogos, pertenece al Ipresiense, acusado por la presencia del "Bulinnus Gerundensis".

El límite de los estratos se orienta de NO. hacia SE.

Insensiblemente, del Ipresiense se pasa al Luteciense, integrado por elementos rodados poligénicos con abundantes calizas procedentes de tierras cretáceas. Esta formación se extiende hasta la altura donde está emplazado el Monasterio.

Desde este nivel hasta el N., los bancos conglomerados disminuyen, pasando a ser margosos, sucediendo lo mismo con los estratos fosilíferos que justifican esta disposición alternativa demostrando también el tránsito de las facies litorales hacia las francamente marinas.



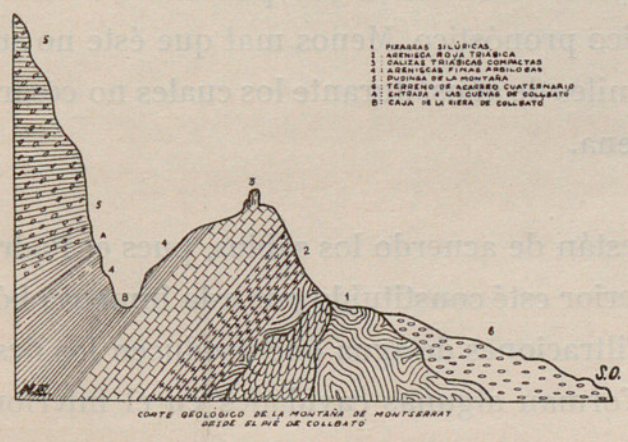

Con motivo de la extraordinaria asamblea de la Sociedad Geológica de Francia, celebrada en Barcelona en 1898, el doctor Almera presentó un gráfico de Montserrat con una clasificación geológica dividida en nueve secciones, desde el cauce del Llobregat hasta la cumbre de San Jerónimo.

Por otra parte, el doctor Faura, en un estudio minucioso sobre la parte fosilífera, nos enumera una multitud de fósiles encontrados en la montaña, correspondientes a distintas épocas geológicas.

Montserrat, en remotísimas épocas, fué la costa brava del mar numilítico. Montserrat, dicen los geólogos, surgió del fondo del mar, en virtud de una fuerza colosal subterránea.

Más tarde, agentes externos denudadores han contribuído a darle la forma actual, favorecidos por dos causas:

Por la naturaleza caliza de la montaña y por la estrechez, aislamiento y altura sobre sus contornos.




Así se formaron, en el trascurso de un tiempo que no se puede precisar, los altos picos, las haces de gigantescas pilastras, produciendo al atónito observador una vivísima sensación de vértigo al contemplar desde San Jerónimo aquellas profundísimas erosiones verticales.

Sintetizando: la montaña de Montserrat está formada, expresándonos en len-

guaje geológico, por sedimentación. Al hundirse el mar balear, que cubría gran parte de Cataluña, determinó el hundimiento del Vallés y, entonces, emergió Montserrat del fondo del mar. Su forma, en su origen, era amorfa, habiendo adquirido su caprichosa configuración actual por la incesante acción de los elementos. Todavía llegan a más las hipótesis de los geólogos.

Como quiera que cerca de Collbató existen las curiosísimas cuevas del salitre, muy visitadas por los turistas y, maravillosamente descritas por Víctor Balaguer, llegan a suponer (así lo afirma rotundamente el doctor Almera) que el interior de la montaña está vacío en su mayor parte; y que todo lo fantástico que observamos en la parte exterior no es más que una simple imagen de la impresionante formación interior, constituída por una inmensa e irregularísima bóveda sobre la que se asientan los numerosos y elevados picos que le dan celebridad universal, formando aquellos fantásticos torreones que, como gigantescos atlantes, jamás concebidos por la fantasía mitológica, yerguen sus cabezas por encima de las montañas y comarcas circunvecinas.

No se detienen aquí las hipótesis de los geólogos, pues no sólo nos explican la génesis de Montserrat y las fases porque ha pasado desde su primitiva formación hasta su estado actual, sino que nos pronostican el final que espera a la sin par montaña.

Según la opinión de un geólogo de los más destacados de nuestra región, la constante labor del tiempo y los agentes erosivos y demoledores van adelgazando, en el exterior, las paredes y columnas de esta inmensa nave; y otro tanto sucede en el interior.

Como consecuencia, pues, de este adelgazamiento interior y exterior, se producirá algún día, según el doctor Almera, un final verdaderamente catastrófico, o sea el derrumbamiento de la inmensa bóveda interior, la que arrastrará, al derrumbarse, las gigantescas columnas que en ella se apoyan y las adosadas a sus paredes. De visión apocalíptica podemos calificar este catastrófico pronóstico. Menos mal que éste no sucederá sino después de transcurridos miles y miles de años, durante los cuales no cesará ni un solo instante la devoción a la Virgen Morena.

Acerca de este final, sin embargo, no están de acuerdo los sabios, pues el Padre Albareda nos tranquiliza, negando que el interior esté constituído por esta inmensa bóveda descrita por el doctor Almera y que las filtraciones de agua que producen los desprendimientos de las tierras y calizas y que forman algunas cavidades en el interior,

consolidan aun más el sistema básico del incomparable Montserrat; con lo cual nos consuela y nos garantiza la continuación incesante del culto a nuestra Virgen Morena, además de lo que ya nos tranquilizaban los miles y miles de años del catastrófico final pronosticado por el doctor Almera.

CAPITULO VII

# Montserrat subterráneo

Si maravillosa es la configuración exterior de Montserrat, su interior es, acaso, más sorprendente.

Bóvedas atrevidísimas, como las de un templo inmenso, naves inconmensurables con enormes peñascos que les sirven de firmísima clave, haces de pilares, gavillas de columnas afiligranadas, pirámides rocosas como enclavadas en armellas de granito, atlantes monstruosos, cuyos pétreos músculos parecen retorcerse en desesperados esfuerzos para sostener la ingente carga que sobre ellos gravita, confunden a la imaginación más vigorosa y el alma se siente sobrecogida, anonadada ante tanta grandeza.

¿Qué buril, qué cincel humano es capaz de imitar aquellos delicadísimos tejidos, aquellos primorosos tules de granito, aquellos admirables encajes de piedra que allí, en aquellas sombras eternas, ha ido "tejiendo" la simple gota de agua en su perenne e infatigable constancia?

Allí, como dice en visión poética un cantor de Montserrat, en el reino de las tinieblas, la estalactita se une con la estalacmita en un dulce beso de amor, que es lazo de su eterno consorcio, mientras que la noche vela silenciosa sus púdicos amores y la mirada de Dios preside en las sombras su casto himeneo (1).

Y, si asombra y llena de sorpresa la visión de aquel conjunto de bóvedas, columnas y trabajadas paredes; aquel suelo en desorden, que tal vez oculta en sus entra-

(1) Víctor Balaguer. Cuevas de Montserrat.

ñas otras bellezas sorprendentes, en un sueño eterno, depositadas por los siglos, constituye otro arcano para el observador. ¿Cuál ha sido el origen, la causa eficiente de esas grandiosas y admirables cavidades? Aquí surge la misma cuestión que planteamos al tratar del origen de la fantástica configuración exterior de Montserrat y de la opinión de los geólogos.

Sabido es que entre estos sabios naturalistas existen dos escuelas: la neptuniana y la plutoniana. La primera afirma que estos fenómenos de la Naturaleza obedecen a la acción del agua. En cambio, la segunda atribuye esas formaciones a los efectos del calor.

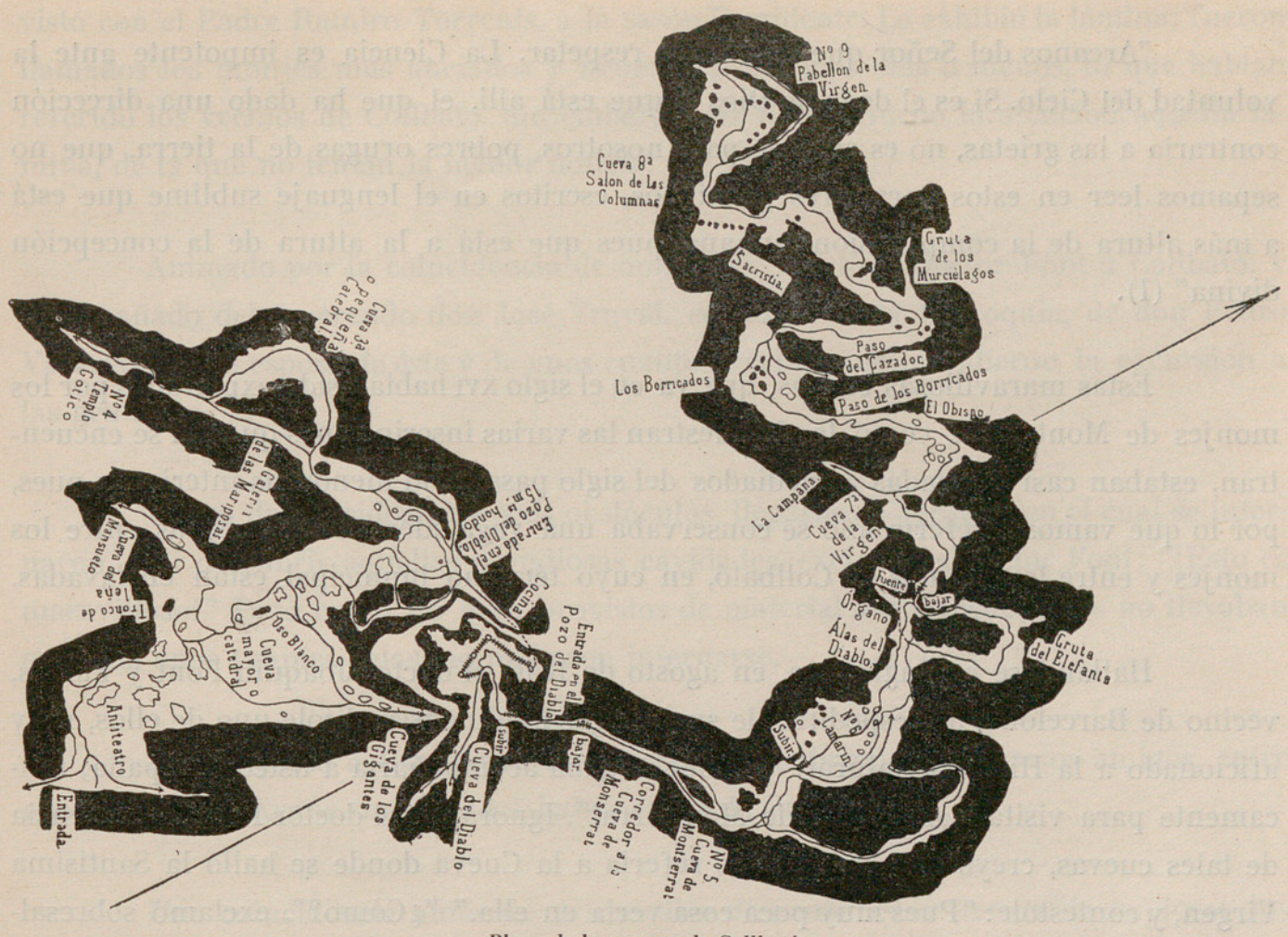
Quizá unos y otros sabios tengan en parte razón; pues si es indiscutible la constante labor del agua como artífice de esas maravillas, cabe también la hipótesis de que las expansiones y contracciones de la corteza terrestre, a causa del calor y el enfriamiento en remotísimos tiempos forjaran estas enormes y asombrosas cavidades.

Sin embargo, insistimos en nuestra opinión de que ni unos ni otros explican satisfactoriamente la totalidad del fenómeno. Montserrat es, desde luego, un prodigio de la Naturaleza; un ambiente de misterio envuelve la Montaña Santa; pues si el trono de la Virgen Morena se asienta sobre una superficie rodeada de maravillosas formaciones rocosas, que sólo acudiendo al milagro podemos completar la verdad de su origen, exactamente lo mismo nos ocurre al estudiar sus cimientos y admirables interiores.

Aquel imponente desorden que se observa en el suelo de estos inmensos palacios, parece confirmar la tradición cristiana acerca del origen de la formación del incomparable Montserrat.

Es muy interesante lo que escribe a este propósito el entusiasta descubridor y divulgador de las bellezas de estas sorprendentes cuevas, una de las más destacadas figuras del movimiento literario en Cataluña a mediados del pasado siglo y fervoroso enamorado de Montserrat.

"Observamos — dice — en el interior de la Cueva (habla del Vestíbulo) y, confieso que lo observamos con pasmosa admiración, que muchas de las rocas desprendidas del techo lo habían sido en dirección perpendicular más o menos oblicua a la de




**Plano de las cuevas de Collbató**

las vetas o listas de las rocas, cuando debían haberse dividido en el sentido de éstas o paralelamente a las mismas.

"Esta sencilla observación de un hecho, al parecer contrario a la Ciencia, de un efecto maravilloso, la habíamos hecho ya un día al trepar por la "Escala de Jacob", al lugar de la antigua ermita de Santa Magdalena. Al subir a aquella meseta desde uno de los vértices de la montaña, vimos a nuestra derecha peñascos de una extensión asombrosa, agrietados algunos de ellos en sentido contrario al que la Ciencia reconoce.

"En ninguna parte se puede hacer esta observación mejor que en el vestíbulo de la Cueva.

"¿Este tan raro fenómeno anormal será para manifestarnos lo milagroso de este Monte Sacro? ¿Será que al conmoverse estas rocas por la muerte del Hombre-Dios, se acribillaron de un modo preternatural para manifestar la huella de este prodigio, siempre clara, evidente, continua, perenne, eterna?

"Arcanos del Señor que es preciso respetar. La Ciencia es impotente ante la voluntad del Cielo. Si es el dedo de Dios el que está allí, el que ha dado una dirección contraria a las grietas, no es extraño para nosotros, pobres orugas de la tierra, que no sepamos leer en estos caracteres graníticos, escritos en el lenguaje sublime que está a más altura de la comprensión humana, pues que está a la altura de la concepción divina" (1).

Estas maravillosas cuevas, que ya en el siglo XVI habían sido exploradas por los monjes de Montserrat, como lo demuestran las varias inscripciones que allí se encuentran, estaban casi olvidadas a mediados del siglo pasado; al menos las interiores, pues, por lo que vamos a referir sólo se conservaba una vaga idea de las mismas entre los monjes y entre los vecinos de Collbató, en cuyo término municipal están enclavadas.

Hallándose en Inglaterra, en agosto de 1846, el doctor Joaquín Font y Farrés, vecino de Barcelona, al despedirse de sus amigos londinenses, díjole uno de ellos, muy aficionado a la Historia Natural: "De buena gana acompañaría a usted a España; únicamente para visitar las cuevas de Montserrat". Ignorando el doctor Font la existencia de tales cuevas, creyó que el inglés se refería a la Cueva donde se halló la Santísima Virgen, y contestóle: "Pues muy poca cosa vería en ella." "¿Cómo?", exclamó sobresaltado el naturalista. "Por la sencilla razón — contestó el doctor Font — de que se ha derrumbado en las últimas guerras". "En este caso — replicó el inglés — es necesario que se haya derrumbado también la montaña".

Se aclaró la cuestión y el londinense le exhibió una lámina, grabada en el siglo XVIII, en la que estaba dibujada una de aquellas grutas.

Vuelto a Barcelona el doctor Font, se propuso a toda costa saber la verdad y, aprovechando la ocasión de visitar un patrimonio que precisamente poseía en Collbató, se llevó la lámina y habló con los más viejos del pueblo acerca del punto dónde podría hallarse aquella maravilla de la Naturaleza. Aquéllos le contestaron que, a no ser el "Forat del sal nitra", no sabían existiese otro en la montaña que pudiera dar entrada a cueva alguna.

Sin cejar en su propósito, a mediados de 1851, subió a Montserrat y se entre-

(1) Víctor Balaguer. Cuevas de Montserrat IV.

vistó con el Padre Ramiro Torrents, a la sazón Presidente. Le exhibió la lámina; fueron llamados los monjes más ancianos y manifestaron, poco más o menos, lo que habían referido los vecinos de Collbató. Sin embargo, les llamó mucho la atención aquella lámina, de la que no tenían la menor noticia.

Animado por la coincidencia de opiniones, volvió el doctor Font a Collbató, y acompañado del reverendo don José Traval, ecónomo de la Parroquia, de don Pedro Vacarisas, de la esposa de éste y de unos cuantos vecinos, emprendieron la excursión a las grutas.

Luego de vencidos no pocos obstáculos, llegaron al agujero, en el cual se internaron, y al descubrir aquellas grandiosas cavidades, exclamó el doctor Font: "¡Esto es maravilloso!" Pero como no iban provistos de material a propósito, pues no llevaban más que unas simples velas, no pudieron internarse.

A su regreso a Barcelona comunicó su descubrimiento a varios amigos, entre ellos al doctor Arnús, médico del balneario de la Puda.

Una coincidencia aumentó extraordinariamente estos deseos de explorar los subterráneos de Montserrat. Don Víctor Balaguer, que en aquel entonces estaba en la plenitud de sus actividades literarias, y como entusiasta que era del admirable Montserrat, lo visitaba con frecuencia, trasladando sus impresiones a los libros o al "Diario de Barcelona", del que era uno de sus más destacados redactores, tenía también noticia de las cuevas y hasta había acordado, con el referido doctor Arnús, organizar una expedición para penetrar en su interior.

Cuando el doctor Font refirió al doctor Arnús la anécdota transcrita y su intentada exploración, llamó a don Víctor Balaguer, el cual, lleno del mayor entusiasmo, organizó inmediatamente una expedición con todos los elementos que a la sazón la Ciencia podía suministrar, sumándose a la comitiva los famosos artistas Lorenzale e Inglada para tomar apuntes.

Después de no pocos trabajos, peligros y hasta pintorescas peripecias, las que, con su acostumbrado donaire y florido estilo, nos relata don Víctor Balaguer en el "Diario de Barcelona", llegaron a las maravillosas cuevas, entre asombros y admiraciones,

recorriéndolas hasta el fin, y cada una de aquellas asombrosas secciones fué bautizada por el propio señor Balaguer con el nombre que, a su fantasía de poeta, le inspiró la primera impresión al contemplar aquellas fantásticas grutas.

La expedición constaba de cuarenta y seis personas, cuyo control llevaba el repetido don Víctor Balaguer, y entre las cuales figuraban el ya citado reverendo ecónomo de Collbató y cuatro monjes de Montserrat, a saber: el Padre Blanch, el Padre Cerveró, el Padre Muntadas y el Padre Torrents con los referidos doctores Font y Arnús.

Describiremos sucintamente las cuevas, pues la extensión de este capítulo no nos permite una detallada reseña; sin embargo, procuraremos sea lo suficiente explícita para que el lector pueda formarse una idea global de tan impresionantes maravillas.

## El vestíbulo

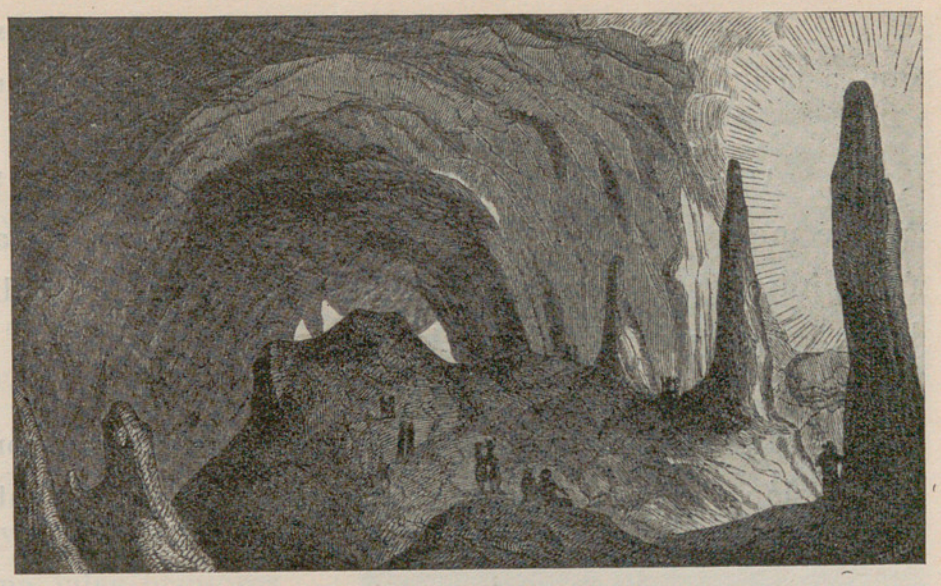
La boca de la cueva está situada al sudoeste de la Montaña, extendiéndose las cavidades hacia el sudoeste y cortándolas un verdadero crucero en dirección de Oeste a Este.

Dió Balaguer el nombre de "Vestíbulo" a la primera cueva. Es sorprendente la bóveda de esta primera sala del inmenso palacio subterráneo, pues está formada por enormes peñascos que parece que van a desplomarse, sobrecogiendo de estupor al visitante.

El vestíbulo

El suelo presenta un confuso desorden a causa de los desprendimientos, mientras en el fondo aparecen misteriosas tinieblas y sombras imponentes.

## Gruta de la Esperanza



Gruta de la Esperanza

Siguiendo un sendero, a cuyo paso se hallan carbonatos de sosa y talco pintados de mil colores y puestos en tal profusión y desorden en el suelo, techo y paredes, que causa un verdadero asombro al visitante, se entra en la cueva de la "Esperanza", que ocupa un dilatadísimo espacio, cuyo techo y paredes están formados por enormes peñascos que se apoyan entre sí de la manera más caprichosa y que parecen próximos a desplomarse.

Aquí se ven colosales pirámides de rocas que, saliendo de los abismos se elevan a uno y otro lado. Otras peñas abovedadas forman inmensos arcos sin apoyo visible, al paso que el suelo está sembrado de escollos y precipicios; lo que unido al mar de tinieblas y al lúgubre eco de las voces, produce al espectador sensaciones inolvidables.

## La cocina

A la derecha de esta gruta se halla un pequeño salón; el suelo es de tierra firme y las rocas están ennegrecidas por el humo. Por este motivo, a esta caverna se la denomina "La Cocina".

Dícese que, durante la guerra de la Independencia, sirvió de abrigo a nuestros somatenes, que en 1808 destruyeron al ejército francés en las gargantas de esta montaña, en el Bruch, y establecieron en ella sus rancherías.

Desde este sitio, a través de caprichosas rocas, se puede divisar la mayor parte de aquellas dilatadas cavidades. Encuéntranse en esta galería impresionantes estalactitas, que, por su grosor, parecen tener millares de años de existencia.

Espectáculo imponente es el que ofrecen aquellas raras y caprichosas masas que, a la luz de las antorchas, parecen formas humanas envueltas en pétreos ropajes.

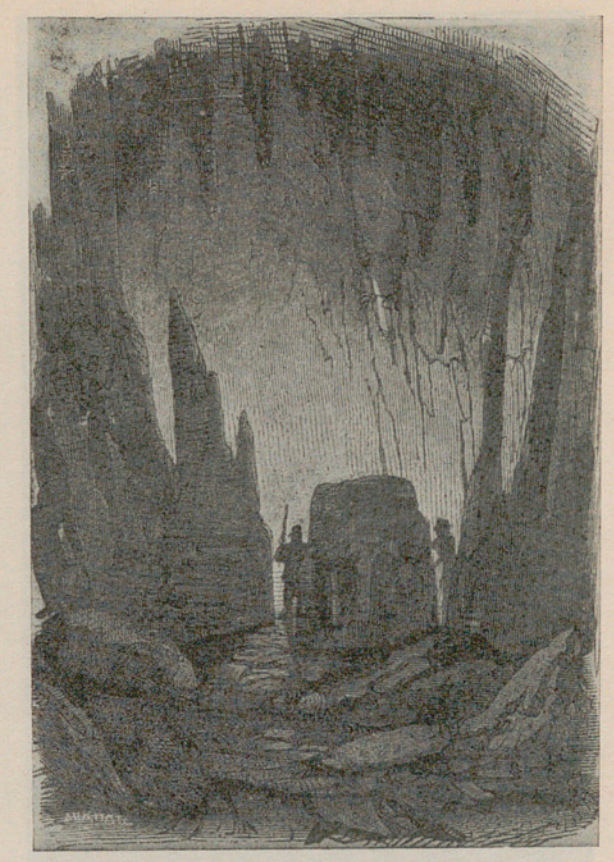
Al final de esta galería no existe ningún paso; hay que retroceder. A unos quince metros de altura se observa un agujero que da acceso a dos estancias, cuyo único interés reside en la curiosa historia con que la tradición popular las reviste. Se llama la cueva de "El Mansueto" (1).

Tampoco ofrece un gran interés la galería que corre a la izquierda y cuyas paredes están formadas por rocas estrechamente unidas entre sí, lo mismo que su techo abovedado.

(1) Nos parecería defraudada la curiosidad del lector si no refiriésemos la "Historia del Mansueto", que todos los guías nos cuentan con más o menos aditamentos adornados por su fantasía. La reduciremos a los términos más precisos. Cuando al grito de "¡Viva el Rey, la Patria y la Religión y muera Napoleón!" se levantó Cataluña como un solo hombre para aniquilar a los enemigos de nuestra independencia, el pueblo que los franceses tomaban a viva fuerza era, a la menor resistencia, saqueado, y pasados a sangre y fuego sus habitantes y hogares. Próximo a sufrir estos estragos se vió un día Collbató, ya que el ejército francés se hallaba cerca de las débiles tapias de la población, cuando entre la confusión del pueblo se presentó un hombre, natural de Esparraguera, llamado Mansueto, de oficio armero, famoso guerrillero, hombre de gran valor y de prestigio en la comarca, el cual, dirigiéndose a los alarmados habitantes de Collbató, les dijo: —El enemigo está cerca y es preciso salvar lo que os sea más querido. Los hombres deben batirse por su Dios, por su Patria y por su Rey; es preciso, pues, que empuñen las armas todos cuantos sean aptos para ello. Confiad a mi cuidado vuestras esposas, los ancianos y los niños. En una palabra, todos aquellos que no puedan disparar un fusil o descargar un trabuco contra el enemigo. Dadme vuestras riquezas, si las tenéis; todo lo depositaré en sitio seguro. Es preciso aprovechar la obscuridad de la noche.

Al anochecer, todos los ancianos, mujeres y niños de Collbató salieron del pueblo y, trepando por escarpadas peñas, llegaron a esta caverna y señaló esta cueva para refugio de los fugitivos. No bien habían llegado a la cueva, las paredes de Collbató recibían las balas de los franceses. Aquí permanecieron algún tiempo, sin sospechar que pudieran ser descubiertos por persona alguna. Sin embargo, un día los franceses se acercaron a la cueva. Al oírles Mansueto, después de recoger la escalera de cuerda, colocóse de rodillas al borde de la gruta con su trabuco en la mano. Ante el majestuoso espectáculo de la cueva, los franceses encendieron algunas antorchas y, viendo vestigios recientes de haber estado alguien en ella, escudriñaron con toda atención aquel espacioso y obscuro lugar. No hallando lo que buscaban se hubieran tal vez retirado si el inoportuno grito de una mujer o de un niño no les hubiese llamado la atención hacia la boca de la cueva, donde estaban los refugiados. Hacia ella se dirigieron pues; mas al querer examinarla, halláronse con Mansueto, quien con la mayor calma y serenidad tenía dirigida hacia ellos la boca de su trabuco. Al verle, los franceses prepararon las armas. —Si dais un paso más estáis perdidos — les gritó Mansueto —, pues me obligaréis a hacer uso de mi trabuco y con un disparo todas estas enormes rocas se desplomarán sobre vuestras cabezas; pereceré yo, pero con gusto moriré al considerar que ninguno de vosotros saldréis vivos de aquí. — Retiraron las armas los franceses, y Mansueto, tomando un gran caldero, les dijo: —No solamente os prohibo que deis un paso hacia adelante, sino que os mando que salgáis inmediatamente de la cueva; de lo contrario, todos vais a perecer. — No hicieron caso los franceses de las amenazas del valiente guerrillero, y entonces Mansueto, lleno de cólera, dejó caer con furia el cal-

## El camarín



El camarín

Muy cerca de la cavidad en que termina esta galería se abre un estrecho pasadizo que conduce a una hermosa estancia de forma circular llamada "El Camarín".

Una especie de escalera natural da acceso a esta asombrosa cueva. Adornan el interior de esta sala coquetona tales primores que parece como si la Naturaleza hubiera querido disputar sus exquisiteces al arte más refinado.

Allí, en precioso conjunto, se reúnen caprichosos y pulidos detalles del estilo gótico más afiligranado; remedos de góticos sillones, nicho destinado a la simbólica imagen de este inmenso templo fabricado por la Naturaleza... De ahí el nombre de "Camarín" que, por este conjunto asombroso de estalactitas y estalacmitas de configuración fantástica, ha merecido.

## Tocador de las Silfides

Así bautizó Víctor Balaguer a esa gruta de bajo techo, de cuya bóveda penden numerosísimas y delgadas estalactitas. Es de una belleza incomparable. Queda uno deslumbrado al contemplar como el techo, paredes y hasta el suelo están cristalizados.

dero, y el estruendo que hizo al resbalar por entre las rocas del abismo, les asustó de tal manera que, creyendo que los peñascos y bóvedas se desplomaban sobre ellos, huyeron despavoridos hacia la boca de la cueva, lanzándose por los precipicios. Los franceses no se acercaron más a la cueva.

Esta es la historia que se cuenta del famoso guerrillero Mansueto. (Cornet y Mas. "Tres días en Montserrat".)

Claustro de los monjes

En una de sus extremidades, a flor del suelo, hay una abertura que da entrada a una cavidad en la que se admiran preciosas incrustaciones que imitan racimos de uvas y otras frutas y, en el fondo, sorprende el observar que por un agujero se contempla un teatro con sus más minuciosos detalles.

## El pozo del diablo

A la salida de la gruta anterior existe una profundidad agrietada, de unos 16 metros, la cual sirve de acceso a las cuevas inferiores. Se denomina "Pozo del diablo", y fué para los primeros exploradores muy peligroso su descenso.

Una vez en el fondo se atraviesa un camino muy angosto. Para penetrar en aquellas vastas soledades hay dos pasos practicables: el primero, como la bóveda es triangular, se designa con el nombre de "Salón triangular". No ofrece un especial interés.

## El claustro de los monjes

El segundo paso, aunque angosto al principio, va ensanchándose poco a poco hasta formar una elevada y vistosa galería.

Esta se halla adornada de numerosas estalactitas colocadas a derecha e izquierda, muchas de las cuales han llegado a unirse con las estalacmitas formando columnas tan esbeltas como las de un claustro gótico de un monasterio, por cuyo motivo y también por hallarse en este lugar varias inscripciones con el nombre de los monjes, se le

ha dado el muy apropiado de "Claustro de los monjes".

Transcribiremos dichas inscripciones:

Fray Francisco Roca 1511 — B. de Cortada en 1551 — Los Monjes de Montserrat en 1654 — Fray Diego en 1691 — Pedro José de San Benito 1692 (se cree es la firma del famoso "Lego Cantero") — Fray Sebastián Auxá en 1761.

Cuando Víctor Balaguer, al explorar esta gruta, leyó estas inscripciones, su emoción fué tan grande que nos la expresa en estas patrióticas frases:

Gruta de las estalactitas

"Di de todo corazón, en aquel momento, las gracias a Dios, Ser Supremo, que había permitido que el "habla española" fuera la primera en recorrer aquellas cóncavas profundidades" (1).

## Gruta de las estalactitas

A la salida de la galería o del "Claustro de los Monjes", en una pequeña eminencia, asombra al visitante la contemplación de un bellísimo santuario. Diríase que es un majestuoso templo gótico. Es la gruta llamada de las "Estalactitas". Es verdaderamente admirable este salón: numerosas columnas, elegantísimos pilares adornados de caprichosos relieves, molduras finísimas que parecen sostener el artesonado techo, embellecido de fantásticas colgaduras.

(1) Víctor Balaguer. Las Cuevas de Montserrat.

## Gruta del elefante

Siguiendo por la derecha, en dirección sudoeste a noroeste se llega a una hermosa gruta llamada del "Elefante".

Se la denomina así porque en el centro de ella se levanta una roca que se parece al referido paquidermo, con la cabeza baja y, sosteniendo en sus lomos como dos torres, evocándonos la imaginación a esos elementos guerreros de la antigüedad.

En las paredes de la gruta aparecen, caprichosamente trabadas, figuras a modo de arabescos y jeroglíficos, que le dan a este singularísimo salón un ambiente perfectamente oriental.

Llama la atención un verdadero arco apuntado que, arrancando atrevidamente desde un ángulo, divide la nave con asombro del más experto arquitecto.

En un rincón de esta gruta aparece el nombre de un inglés y una fecha: Smith. 1870. — Se cree que formaba parte de aquel grupo de ingleses que, durante dos días, permanecieron perdidos en estos subterráneos, autores, probablemente, de aquella lámina que en Londres exhibieron al doctor Font.

## La boca del infierno

Retrocediendo un poco por el mismo camino, se encuentra una abertura de unos cinco metros de profundidad. Pende de esta boca una gran peña, que parece va a desplomarse, amenazando aplastar al aturdido observador. Este pozo es designado con el nombre de "Boca del Infierno".

## Galería de los fantasmas

Una vez en el fondo, para lo cual hay que penetrar por una abertura, se llega a una galería, en forma de zigzag y en cuyas paredes se descubren innumerables esta-

**Ermita de Santa Ana**

Grabado de C. Langlois. Febrero de 1830

lactitas y estalacmitas, ahuecadas unas, rajadas otras; ya formando columnas salomónicas, ya la trompetería de un órgano; ora remedando delicados tejidos, ora escuálidos fantasmas. Para mayor asombro del visitante, hacia la izquierda aparecen unos grupos blancos a manera de marmóreas plañideras sobre sendos mausoleos.

Por esta visión fantástica que ofrecen aquellas silenciosas soledades, esta galería ha recibido el nombre de "Galería de los fantasmas".

## Gruta de los murciélagos

A ésta siguen otras grutas, hasta seis, las cuales, a excepción de una, no ofrecen interés especial.

Se llama la "Gruta de los Murciélagos" los que a millares se albergan en aquellas tenebrosidades durante el día. Es muy probable que esta gruta tenga alguna comunicación distinta con el exterior; pues para pasar los murciélagos desde la entrada hasta este lugar, habrían de recorrer una gran distancia por el intrincado laberinto de pasadizos, pozos y tortuosas galerías.

## Salón de las columnas

Saliendo de la gruta anterior y luego de escalar unos peñascos, se llega a una hermosísima estancia casi circular, de unos seis metros de diámetro y de una elevación imponente y que se halla rodeada de columnas tan estrechamente unidas entre sí que ni siquiera dejan pasar la luz de las antorchas.

Esta gruta es digna rival de la que hemos descrito de las "Estalactitas".

Un angosto pasillo sirve de salida a esta bellísima gruta, cuyo pavimento es de piedra lisa y cuyo techo lo constituye una gran mole de piedra, que parece sostienen algunas columnas.

Entrada a las grutas

## Salón del ábside gótico

De esta gruta imponderable se pasa a una galería atechonada de infinitas y delicadísimas estalactitas.

Al final de ella se halla una magnífica gruta, la última que ha sido explorada en aquellas tenebrosidades y, a la que Víctor Balaguer bautizó con el nombre de "Salón del Abside Gótico".

Es tan bella como las más bellas de aquellos maravillosos subterráneos. Su forma es casi circular y su bóveda muy elevada.

Las paredes aparecen adornadas de flecos, bordados, festones de un blanco calcinado y rojo, con deslumbrantes reflejos a la luz de las antorchas. Está decorada con caprichosos grupos de estalactitas y rocas cubiertas de raras y admirables incrustaciones labradas por la acción del agua.

Lo más sorprendente es que, tanto el pavimento como las columnas y las estalactitas, están cubiertas de una arenilla de un rojo claro que, a la luz de las antorchas, da a todo ello un matiz casi dorado.

Al contemplar por doquier los haces de pilares, las gavillas de columnas unidas en un gracioso y esbeltísimo ábside, el estupefacto observador experimenta la sensación de encontrarse bajo las bóvedas de una soberbia catedral gótica.

Ante la contemplación de este sorprendente espectáculo que se ofrece al asombrado espectador, no hay palabra adecuada que pueda expresar la impresión que produce en el ánimo la visión de esta maravilla de la Naturaleza. Es tan insólito, que constituye un algo verdaderamente inenarrable.

## Observaciones que se hicieron el día que se exploraron estas grutas

A la entrada de las cuevas la temperatura marcaba 10°; en la gruta de las "Estalactitas", 15°; en el ábside gótico, 20°. Aquí el higrómetro marcaba 40°.

Hasta esta última gruta puede llegar el visitante, aunque no sin vencer bastantes obstáculos, pues si bien se descubre en el fondo una abertura, la que sin duda sirve de comunicación con otras galerías, está obstruída y, dada su estrechez, hay que renunciar a nuevas exploraciones (1).

Más de dos horas se necesitan para hacer un recorrido normal de estas cuevas. Este viaje subterráneo resulta emocionante, sorprendente, para el curioso, para el turista. Para el creyente le dice algo más. En aquellos antros maravillosos reconoce la Omnipotencia Divina, haciéndosele visible, patente, su poder infinito con lo portentoso de sus obras.

Para terminar, diremos que los subterráneos de Montserrat completan dignamente la maravillosa configuración de la incomparable montaña.

Nos imaginamos la Montaña Santa en su interior como una inmensa Catedral subterránea, labrada por el Poder Divino, constituyendo su bóveda la inmensa mole de la Montaña; los altos picos que la rodean son las torres que se yerguen gigantescas hacia lo infinito, como una plegaria eterna que eleva el hombre al Supremo Hacedor y que, amorosa, recoge desde el trono del Altar Sagrado, la Soberana Reina de Cielos y Tierra y Mediadora de todas las divinas gracias (2).

(1) Además de las descritas, existen otras cuevas, también muy raras y sorprendentes, como, por ejemplo, la "Cova Freda", muy difícil de explorar, por las caudalosas corrientes de agua que brotan de su seno. No falta quien supone que todo Montserrat está minado por la naturaleza y que son tantas las maravillosas cavidades colocadas a diferentes alturas, que de poderse cortar en sección causarían verdadero asombro.

(2) Como curiosidad histórica, citaremos las tarifas que en 1858 se establecieron para explorar las grutas. Por cada guía, 14 reales. Por cada antorcha, 10 reales. Por cada juego de bengala que se quisiera quemar en el interior para poder apreciarlo mejor, 16 reales. Por derecho de entrada, 2 reales por persona. Cornet y Mas en sus "Tres días en Montserrat" dice a este respecto: "Lo que se exige por cada antorcha lo hallamos excesivamente caro, atendido lo que vale un hacha y la poca cantidad que se gasta de la misma en aquellas concavidades donde no se conoce el menor soplo de viento."

CAPITULO VIII

# Leyendas montserratinas sobre la imagen de Nuestra Señora

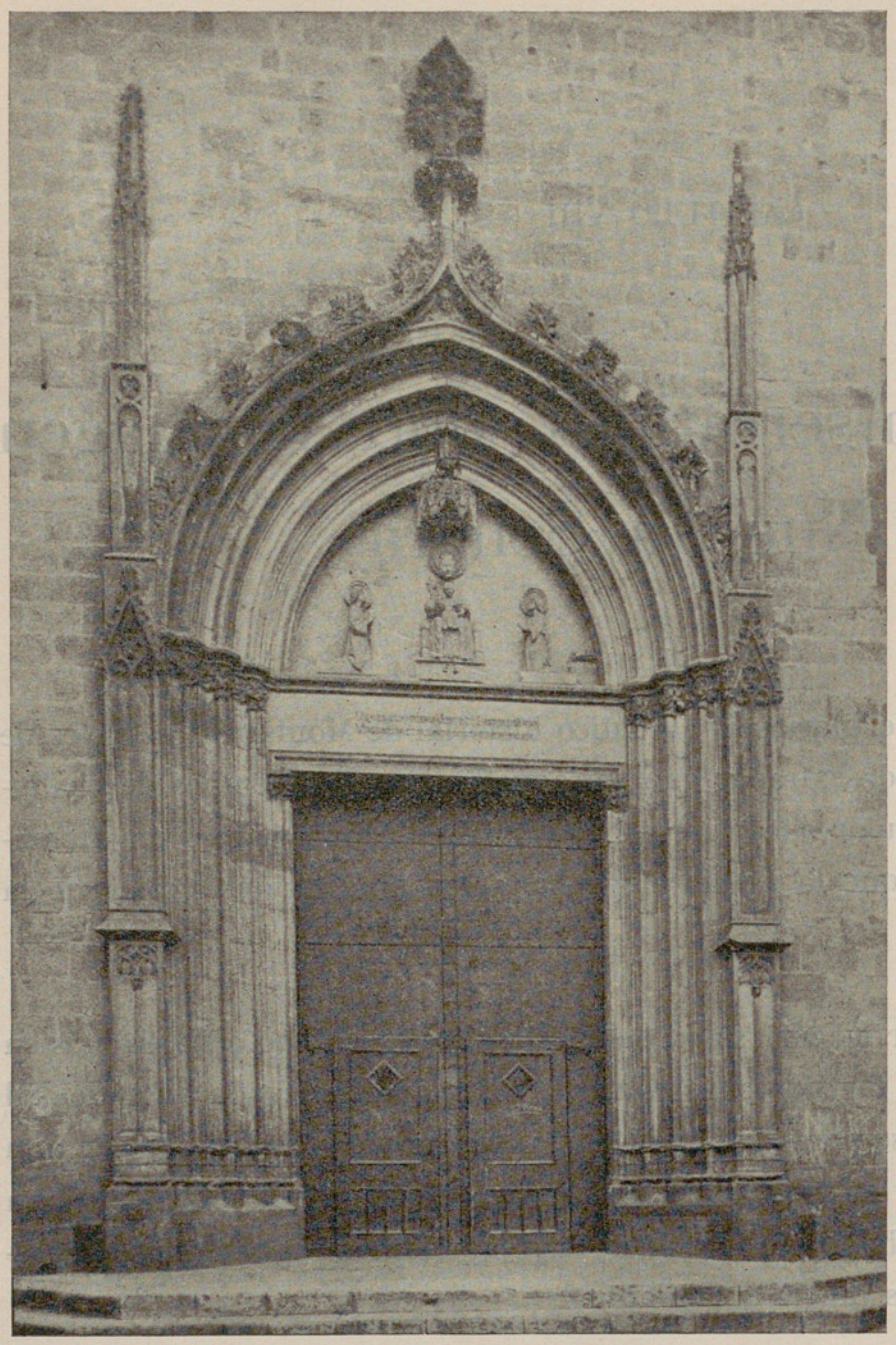
Es tan deslumbrante el glorioso y auténtico historial de Montserrat a través de todo un milenario, que no es de extrañar que, en aquellos remotos tiempos de exaltación religiosa, la fantasía popular encontrara abundantísimo pábulo para crear un ambiente de seductora leyenda que la poesía elevó hasta la culminación heroica de la epopeya.

Creeríamos defraudar la curiosidad de nuestros lectores si no acogiéramos en estas páginas algunas de estas leyendas, las cuales, lejos de perjudicar la autenticidad de los hechos, al igual que las sombras hábilmente manejadas por el artista, hacen aun más destacables la belleza de las figuras en una obra pictórica; de la misma manera esas leyendas constituirán un bellísimo contorno en el ambiente montserratino, apareciendo la verdad histórica más pulcra y rutilante.

## María Jerosolimitana

Esta leyenda se pierde en la noche de los tiempos, puesto que nos refiere que el Evangelista San Lucas labró una bellísima imagen de María, y San Pedro la transmitió a los cristianos de Barcelona, que la veneraban fervorosamente, entre ellos la mártir barcelonesa Santa Eulalia.

San Paciano, Obispo, también devotísimo de la Sagrada Imagen, le dedicó un



Frontispicio de la iglesia de los Santos Justo y Pastor

templo bajo la advocación de María Jerosolimitana. Este templo se levantaba en el lugar donde hoy está emplazada la iglesia de los Santos Justo y Pastor.

Pero cuando la invasión sarracena, en el siglo VIII, Pedro, Obispo de Barcelona con Eurigonio, capitán godo, quisieron salvar a la Imagen de la profanación de los moros, la ocultaron en una cueva de Montserrat.

Y como quiera que aun hoy día, en la citada iglesia se le cede el honor de ser venerada en el altar mayor a la Virgen Morena, y en el frontispicio de su puerta principal se destaca una bella reproducción tallada en piedra, de Nuestra Señora de Montserrat con una inscripción que la proclama Patrona de aquel templo, ha dado lugar a mantener viva la creencia de que la Virgen de Montserrat es la María Jerosolimitana de la leyenda.

Es posible que haya dado lugar a esta piadosa tradición la hermosura sin par de Nuestra Señora de Montserrat, que parece un fiel trasunto de su bello original, tal como nos lo describe el devotísimo de María y santo obispo Epifanio.

"No era — dice — de una elevada estatura, aunque su talla fuese un poco mayor

que mediana; su tez ligeramente dorada como la Sulamitis por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas en sazón; sus cabellos eran rubios, sus ojos vivos, sus pupilas tirando un poco a color de aceituna, sus ojos perfectamente arqueados y de un negro el más hermoso; su nariz, de una perfección notable, era aguileña; sus labios sonrosados; el corte de su semblante ovalado; sus manos y dedos eran largos."

Así debía ser, concluye la leyenda, María Jerosolimitana al salir la superartística Imagen de manos de San Lucas y así primitivamente se supone sería la bendita Imagen de Nuestra Señora de Montserrat.

Boj del siglo XVII

## Maravilloso hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat

Para no mermarle el perfume de la antigüedad, lo transcribimos de un cronista del siglo XVI, el Padre Pedro de Burgos, en su mismo lenguaje, que, unido a la sencillez de la época, refleja la tierna devoción que por las tradiciones montserratinas profesaban aquellos monjes y abades que consagraron sus vidas al culto de la Virgen de Montserrat.

"Estando siete muchachos del lugar de Monistrol guardando el ganado por la montaña de Montserrat, algunos sábados, ya que se hacía de noche, vieron que en una cueva de la dicha montaña bajaban del cielo lumbres encendidas y después sentían grandes cantos y músicas en la misma cueva. Dicha cueva era al pie de unas grandes peñas que están en derecho de la capilla de San Miguel, a la parte de levante hacia el Llobregat. Lo cual, como vieron los infantes, contaron a sus padres, y después los padres, queriendo probar si era verdad lo que los infantes decían, fueron algunos sábados a verlo, guiándolos los niños al lugar donde ellos lo habían visto.

"Y hallaron ser así verdad y determinaron de denunciarlo al rector de la parroquia de Monistrol, el cual rector, que era muy devoto de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María, quiso probar cuatro sábados si la dicha visión era verdadera, y hallaron ser así verdad.

"Vió la claridad de las lumbres que bajaban del cielo a la cueva y oyó las melodías de los cantos que allí pasaban; empero, no veía a nadie. Y ni él ni otro se osaban, ni podían llegar a la cueva, y por esto determinó el dicho rector de ir al Obispo de la ciudad de Manresa (porque entonces en la dicha ciudad había Obispo) y contóle la dicha visión; por lo cual el sábado siguiente el Obispo, con algunos devotos clérigos suyos, y con el dicho rector y otras muchas y diversas personas de la ciudad de Manresa, partieron para Monistrol; y después de comer ellos con los del lugar, se fueron adonde el rector y los otros habían visto la visión, y a la hora del signo de la oración, esto es, del Ave María, ellos vieron claramente gran lumbre que bajaba del cielo y se metió en la cueva donde solía. Y luego oyeron en la dicha cueva grandísimas músicas y melodías de cantos de ángeles, que duraron hasta media noche.

"Pasada aquella hora la lumbre desapareció y el canto y las melodías de los ángeles cesaron, de lo cual con el Obispo y la clerecía y todos los que con ellos estaban fueron muy maravillados y alegres.

"Y cuando vino el domingo, de mañana, el Obispo ordenó que buscaran el lugar adonde había visto la visión; llegaron a una parte de la montaña donde estaba una cuevecita en lugar dificultoso de subir y subiendo algunos, aunque con trabajo, llegando junto a la cueva, sintieron muy gran fragancia, y tal, que aunque todos, todos los buenos olores terrenales fueren allí juntos, no se podían a aquél igualar.

"Dentro de la cueva hallaron la Imagen de la gloriosa Virgen María, que *hoy en día está en el altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat.* La cual Imagen en ningún tiempo se ha podido saber de dónde es venida, ni quién la había metido en aquella cueva.

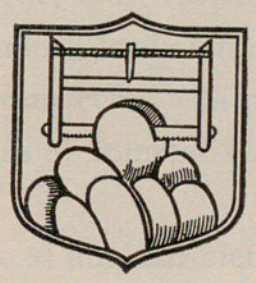
"Pudo ser que al tiempo que los moros tomaron a Cataluña, algún santo varón, por huir de la persecución de los moros, se retrajese en esta montaña y trujese consigo aquella imagen o de alguna otra maravillosa manera por manos de ángeles.

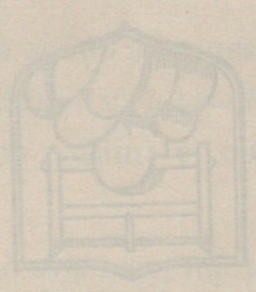
"Como quiera que haya sido Dios lo ordenó, para que de esta manera maravillosa, la bendita Madre de Dios fuese honrada y venerada en aquella montaña y fuese ocasión que los fieles, allí, por medio de ella, alcanzasen muchos bienes, así espirituales como corporales.

"Pues visto esto, el Obispo mandó traer los blandones de la iglesia de Monistrol y, con gran luminaria y devoción, subió a la cueva y, puesto de rodillas, hizo oración a Nuestro Señor Jesucristo y a la gloriosa Virgen María, haciendo gracias y mercedes de semejante joyel que había hallado; y, con gran devoción, tomó la Imagen y sacóla de la cueva, queriéndosela llevar consigo a la catedral de Manresa y, subiendo por la parte por donde mejor podía salir, llegando al lugar donde está ahora la iglesia de la Virgen María de Montserrat, ellos no podían ir adelante ni atrás, ni podían mover la Imagen de dicho lugar.

"Lo cual conocido por el Obispo, por inspiración divina, dijo que la voluntad de Dios era que allí se edificase capilla a honor y reverencia de Nuestro Señor Jesucristo y bajo la advocación de la gloriosa Virgen María, en la cual estuviera la Imagen.

"Y así determinó que se hiciese y procuraron de poner manos en ello y el Obispo encomendó el regimiento de ello al rector que le había avisado."





CAPITULO IX

# Leyendas montserratinas sobre la montaña

Ya hemos visto en el capítulo correspondiente la opinión de los geólogos al intentar explicarnos las causas eficientes de la configuración singularísima de Montserrat.

Sin asentir ni disentir de esta opinión, hemos expuesto la teoría de estos sabios, cuyos esfuerzos son indudablemente muy laudatorios, aunque las conclusiones que formulan no lleven a nuestro ánimo una convicción incontrovertible. Queda una duda. ¿No podrían haberse excedido en el estudio sobre el origen de la estructuración de Montserrat?

Ante un espectáculo tan sorprendente como el que ofrece la contemplación de la Montaña Santa, no es una abdicación de los fueros de la ciencia el dar acceso a la piadosa tradición.

Muchos son los escritores que, maravillados de la pasmosa estructura de la montaña se han hecho eco de la piadosa tradición que se ha conservado a través de los siglos, de que "Montserrat sintió estremecerse a la muerte de Nuestro Señor Jesucristo y que rompiéronse sus masas pétreas al cometerse el Deicidio".

Algunos sabios naturalistas, al analizar ciertos desprendimientos en las cuevas de Montserrat y algunos agrietados peñascos de la montaña, afirman que estaban en desacuerdo con los postulados de la ciencia.

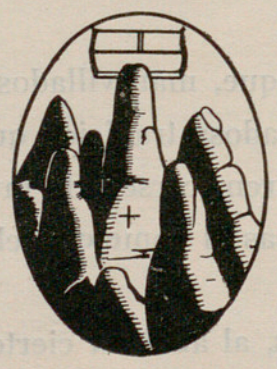
No quiere esto decir que se atribuya la total formación de Montserrat al terremoto que se produjo en la muerte del Redentor, pero que en algo debía contribuir a la

configuración actual, el resquebrajamiento que sufrieron sus ingentes macizos al agitarse no en la forma ondulante de los movimientos seísmicos normales, sino como una convulsión interna fuera de las leyes que rigen el mundo de la materia.

Así explica la piadosa tradición lo que la ciencia no alcanza demostrar y la leyenda sigue envolviendo de misterio el Montserrat famoso.

Y haciéndonos eco en estas páginas de algunas tradiciones y leyendas que contribuyeron a crear el místico ambiente montserratino, cerramos este capítulo con los hermosos versos del magnífico poema dedicado a Montserrat, del que es autor el Ilustrísimo Padre Fray Agustín Eura, Obispo de Orense:

*Montanya prodigiosa*
*Que, en elevades puntas dividida*
*Sentires llastimosa*
*Morir al Autor de la mateixa vida*
*I, entre principals dócils montanyes,*
*De sentiment romperes les entranyes.*



CAPITULO X

# Leyenda sobre el ermitaño fray Juan Garí

Es sin duda la más popular, la más famosa, de las leyendas montserratinas.

La Edad Media, pletórica de valores espirituales y de virtudes caballerescas, fué fecundísima en la creación de héroes. Dejando aparte los personajes meramente fabulosos de los libros de caballería, la exuberante fantasía de aquellos tiempos que se desbordaba en sus cantares de gesta, acrecentaba hiperbólicamente los hechos y hazañas de algunos que constituyen un símbolo nacional de valor e hidalguía.

Así los españoles crearon un Cid, los franceses un Roldán, los helvéticos un Guillermo Tell, etc., como prototipos de caballeros sin tacha, héroes entre los héroes.

También en el orden espiritual en aquellos tiempos de euforia escolástica y teológica, el alma popular creó sus héroes, sus santos. Los guerreros triunfaban de gigantes y malandrines por la fuerza de su brazo; los caballeros de Cristo por la gracia de Dios y la penitencia.

Fray Juan Garí, el anacoreta montserratino, fué también un símbolo. Cae el héroe frente a los embates de las pasiones; pero por la gracia de Dios y la penitencia, se levanta y frústanse los designios del enemigo del hombre, Luzbel, quien en la caída del héroe pretende arrastrarle a la desesperación y a la perdición eterna.

Transcribimos, "casi ad pedem litterae" la historia de fray Juan Garí, por el Abad Pedro de Burgos, dejándole como en otros capítulos todo el sabor del lenguaje de la época.

Dice, pues, el Padre Burgos:

"En tiempo del conde Wifredo el Velloso hacía vida eremítica en esta montaña un santo varón que se llamaba fray Juan Garí, el cual estaba sirviendo a Dios haciendo muy áspera vida, en una cueva que está muy cerca del Monasterio, la cual aún hoy día se llama la cueva de fray Juan Garí.

"Perseverando en su santa vida, el diablo, enemigo de los hombres devotos, movido de envidia porque nunca había podido hacer caer en pecado mortal a dicho fray Juan Garí, determinó ponerse en la misma montaña en hábito de ermitaño y de varón santo, según lo suele hacer algunas veces, como afirma el Apóstol San Pablo, el cual dice que muchas veces el diablo se transfigura en semejanza de ángel de luz.

"Estaba, pues, el diablo en figura de ermitaño, en otra cueva, que está encima del Monasterio, la cual hoy día se llama cueva de Satanás y esta cueva está muy cerca de la cueva de fray Juan Garí.

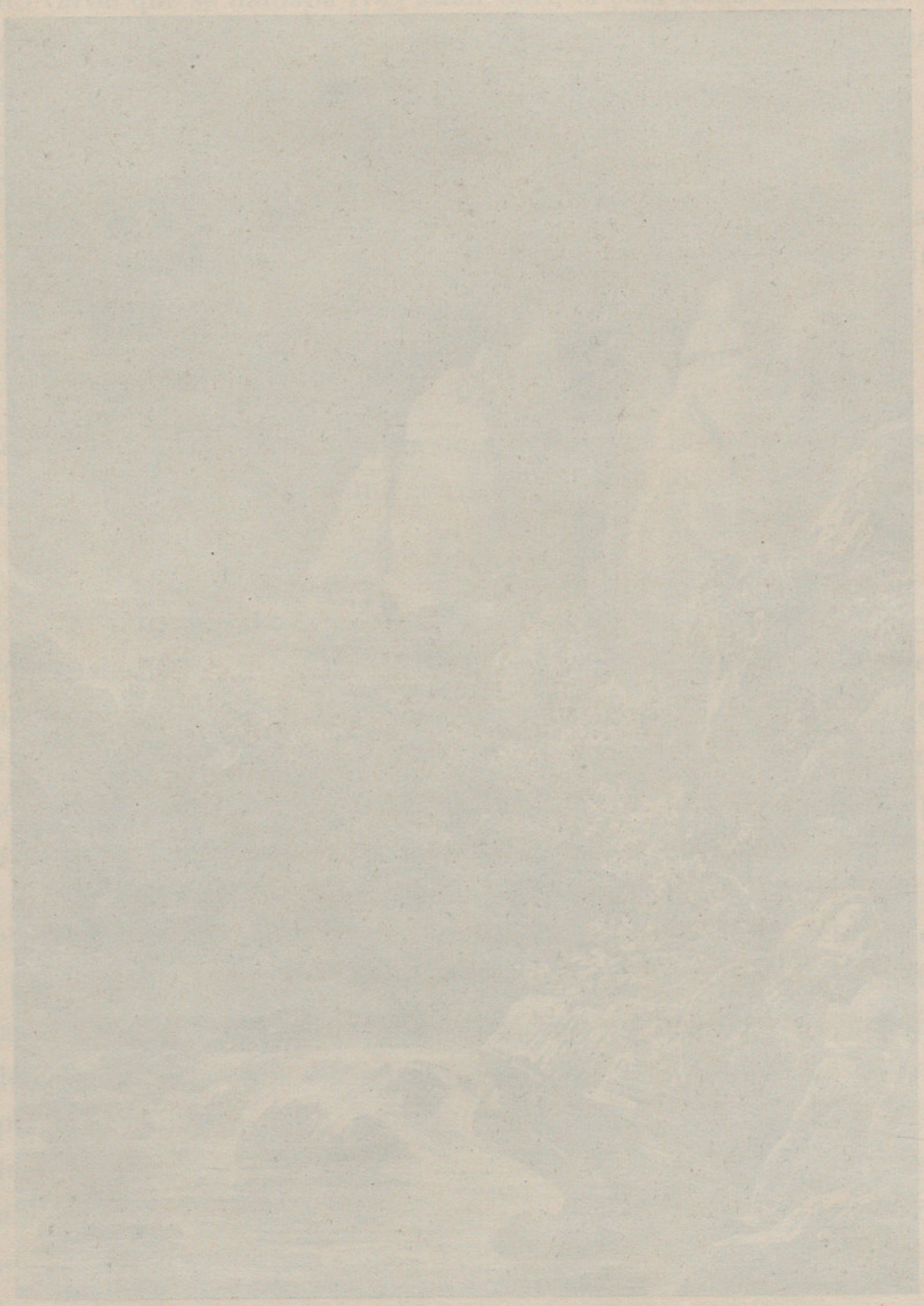
"Estando, pues, el santo varón en su cueva, un día vino Satanás en figura de ermitaño para visitarle y, entre las muchas cosas que le dijo, fué una la de que se maravillaba mucho que hiciese tantos años que estaba sirviendo a Dios en aquellas montañas y que nunca le había visto hasta aquel día, de lo que le pesaba en extremo. Empero, que desde ese día en adelante le vendría a ver, como de hecho lo hacía, para tener mejor coyuntura de poderle tentar.

"Otro demonio entróse en el cuerpo de una doncella, hija del conde Wifredo el Velloso, de lo cual fué dicho conde muy fatigado y triste. Y como el demonio vejase mucho a la susodicha doncella, su padre el conde la hizo llevar a muchas iglesias y lugares devotos para que, con conjuros y oraciones, saliese el demonio del cuerpo de su hija. Y por mucho que lo conjurasen nunca quería salir, antes muchas veces dijo que no saldría del cuerpo de aquella doncella sino por mandamiento de un santo varón que estaba en la montaña de Montserrat, que se llamaba fray Juan Garí, y que si querían que de allí saliese la llevasen al dicho fray Juan Garí.

"Oído esto, el conde se informó primero del dicho santo varón y del lugar donde moraba, y certificado de la verdad, determinó llevar a su hija al sobredicho santo varón e ir él mismo en persona.

"Y como llegaron y le dijesen la causa de su venida, le rogaron mucho tuviese piedad de aquella doncella que el demonio atormentaba.

**Ermita de la Santísima Trinidad**
C. Langlois. Marzo de 1830



"El santo varón, movido de compasión, con entrañas de caridad, se hincó de rodillas y, llorando amargamente, hizo oración a Dios Todopoderoso, rogándole se apiadara de aquella doncella y la librara del cruel enemigo que tanto tiempo la atormentaba.

"Apenas hubo acabado el santo varón su oración, la doncella se vió libre del demonio. El conde, viendo a su hija libre de aquel infame enemigo y, asimismo viéndolo los que con él estaban, con mucha alegría dieron gracias a Dios y al santo varón por la merced recibida.

"Entonces el conde dijo al santo ermitaño: "Padre mío, este demonio que habéis echado del cuerpo de mi hija, dijo cuando le conjuraban, que si no tenía novenas en vuestra compañía en esta cueva, aunque saliese de su cuerpo, volvería a él, y por eso os ruego mucho lo tengáis a bien que mi hija esté nueve días en vuestra compañía.

"Oído esto, el santo ermitaño se entristeció y fatigó al ver que el conde le pedía cosa muy contraria e impertinente a la vida solitaria que se observaba y le respondió que no era cosa posible, porque la vida eremítica conviene esté fuera de toda compañía y ruído de gentes, en especial siendo el lugar tan desierto y la cueva tan pequeña que la doncella y su gente no podían caber en ella.

"Tanto porfió el conde con el santo varón, que consiguió al fin que se quedase la doncella. El conde y su gente se trasladaron al lugar de Monistrol, que está al pie de la montaña, una legua lejos de la cueva del ermitaño, para esperar allí los nueve días que su hija había de estar con el santo varón, enviándole cada día visitas y comida a su hija y al ermitaño.

"Después de ido el conde, el padre ermitaño consolaba con mucha caridad a la doncella y le enseñaba cómo había de servir a Dios y hacer oraciones y qué vida había de tener para salvar su alma."

## LA TENTACION

"Empero, el diablo, enemigo de toda virtud, no se olvidaba de su maldito propósito y, viendo que tenía algún aparejo para hacer caer al caballero de Cristo, tiraba muy reciamente sus intoxicadas saetas, hincándolas en el corazón del santo ermitaño;

de suerte que fué muy combatido del apetito carnal, que apenas podía el santo varón apartar de su pensamiento el amor hacia aquella doncella, aunque se esforzaba con la señal de la cruz y con devotas oraciones para resistir a estas tentaciones.

"Y, así fatigado por tan recia pelea y combate que contra dicha tenía, temiendo ser vencido por los formidables instintos de amor carnal que en sí sentía, determinó apartarse de la doncella, para lo cual quiso pedir consejos al falso ermitaño que, según ya está dicho, era el demonio que estaba con hábitos de ermitaño en otra cueva cercana del dicho fray Juan Garí, cuyos consejos tenía en mucha estima. Fué a él y, dándole parte de su trabajo y de su pensamiento, el falso ermitaño, deseando engañarle, le adujo muchas razones para persuadirle y darle a entender que de ninguna manera debía dejar a la doncella e irse, sino perseverar en la pelea, poniéndole delante la corona que se suele dar por semejante victoria.

"El santo varón, haciendo un gran esfuerzo, se volvió a su morada con la doncella y de esta manera estuvo algunos días, no mostrando su pena ni dando a entender a los criados del conde, que cada día venían a visitar a su hija, trayéndoles de comer, antes enviaba a decir al conde que su hija estaba remediada, que viniese por ella y se la llevase.

"Empero el conde no osó llevarse a su hija hasta que se cumpliese su novena en aquella cueva, por miedo que tenía de que el demonio volviese a apoderarse de ella.

"En este intermedio, el diablo no dormía; antes con llamas de fuego movía el apetito del santo varón en tanto grado que, viéndose al borde del pecado, determinó de ir al falso ermitaño que no tenía fuerzas para sufrir más y por eso estaba decidido a irse y dejar a la doncella si así se lo aconsejaba.

"El falso ermitaño le aconsejó que de ninguna manera debía alejarse de la doncella; le trajo a la memoria al glorioso San Antonio, que no solamente no huía, sino que antes iba a buscar batallas y peleas contra sus enemigos..."

## LA CAIDA

"El santo varón, inducido por las razones del falso ermitaño, volvió a la cueva, junto a la doncella, y una noche, después que los servidores del conde regresaron a

donde estaba su señor, fué tan terrible la tentación y el fuego que el diablo encendió en el caballero de Cristo, que vino a perder las fuerzas y se hizo como la bestia, que sin entendimiento acometió y desfloró a la doncella.

"Cometido el pecado, fray Juan Garí se halló confuso y lleno de vergüenza y amargura en su corazón, y no sabiendo qué hacer, se dirigió a donde estaba el falso ermitaño y le contó con mucha vergüenza su pecado, rogándole le diera consejo de lo que debía hacer y suplicándole le rogase a Dios para que le perdonase.

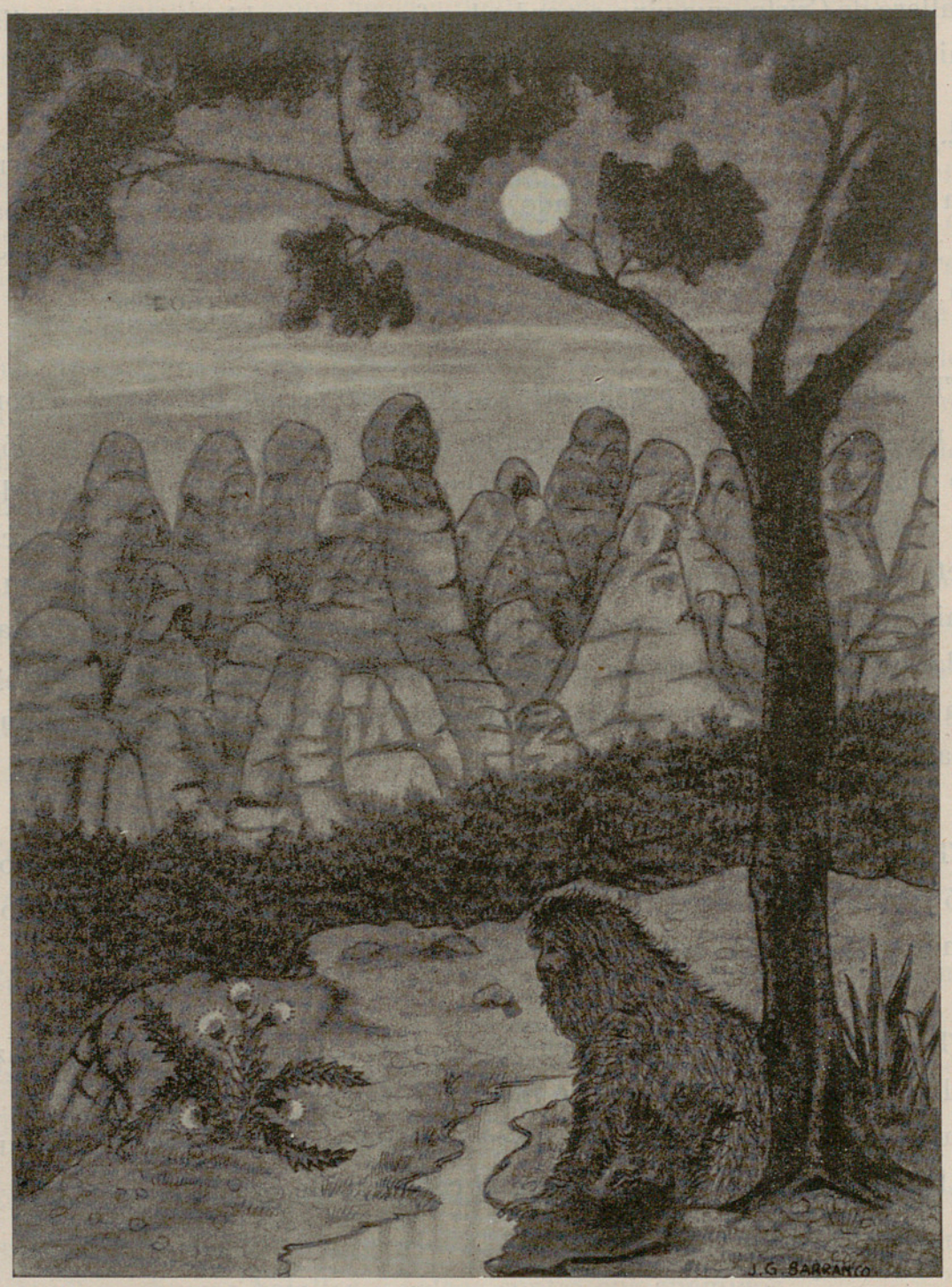
"El falso ermitaño, por hacerle caer en otro pecado más grave, le consoló y le dijo que no desesperase de la misericordia de Dios, que confiase en su perdón, porque El mismo dijo que no vino al mundo para llamar a los justos, sino a los pecadores. Empero, que el pecado oculto es mucho menor que el público; y para que ese pecado fuese más secreto y no se le hiciera sabedor de esa noticia al conde y para que su fama no fuera denigrada, puesto que era tenido por santo, le aconsejaba que debería matar a la doncella, porque no era posible, viviendo ella, que su delito fuese oculto, ya que se publicaría por todas partes y él sería difamado y con peligro de que no le matara el conde si le hallara.

"Pareciendo bien a fray Juan Garí el consejo que el falso ermitaño le daba, determinó matar a la hija del conde y lo puso por obra; y la enterró debajo de unas rocas, donde, según dicen, está hoy fundada la iglesia del Monasterio.

"El falso ermitaño, para hacer desesperar a fray Juan Garí, comenzó a burlarse de él y, mofándose de él, le dijo muchas cosas para hacerle desesperar y perder del todo su alma. Y le dejó solo y desapareció, yéndose a los infiernos con mucho placer, pues había habido tal victoria sobre el caballero de Cristo."

## ARREPENTIMIENTO Y PENITENCIA

"El Padre fray Juan Garí, viéndose burlado y vencido del enemigo maligno, lleno de amargura y de dolor por lo que había hecho, estuvo a punto de desesperar; mas la misericordia de Dios le detuvo con su mano piadosa. Volviendo en sí comenzó a llorar amargamente sus pecados y con gemidos pidió a Dios misericordia.




**LA PENITENCIA**

**Dibujo original de J. C. Barranco**

"Y para satisfacer a Dios por sus pecados, determinó ponerse en camino para Roma y confesar sus pecados al Santo Padre.

"El conde y su gente al otro día volvieron para ver a fray Juan Garí y para llevarse a la doncella, y como llegaron a la cueva y no hallaron a nadie, mandó hacer buscar por toda la montaña; y no hallando ni a fray Juan Garí ni a la doncella, el conde se volvió muy triste a la ciudad de Barcelona.

"El Padre fray Juan Garí, entretanto, con mucho trabajo, al cabo de ciertos días llegó a Roma y luego se fué al sacro palacio del Papa diciendo y pidiendo por merced a los porteros del Sumo Pontífice que dijeran al Santo Padre, como fray Juan Garí quería hablar con Su Santidad. Y como dijeron los porteros al Santo Padre que un ermitaño que se llamaba fray Juan Garí estaba a la puerta y deseaba mucho hablar con Su Santidad; respondió el Papa que no creía que fuera fray Juan Garí, porque otras veces había venido a la ciudad de Roma y las campanas solían tañer por sí mismas; y pues que entonces no tañían, no debía ser él.

"Los porteros y criados del Papa se informaron bien si era él, el dicho fray Juan Garí, y, certificados de la verdad, hicieron relación al Sumo Pontífice como era verdad que el dicho ermitaño era fray Juan Garí y suplicaba mucho le dejaran entrar para hablar con Su Santidad.

"Entonces mandó el Papa que le dejasen entrar, y enterado fray Juan Garí a donde estaba el Sumo Pontífice, echóse en tierra y con grandes suspiros besaba los pies del Papa, suplicándole con muchas lágrimas que le quisiera oír en confesión. Lo cual hizo el Santo Padre, y oído sus pecados, le absolvió y le dió en penitencia que, de rodillas por tierra, se volviese a su ermita y que jamás mirara al cielo, sino que a cuatro pies anduviese arrastrando por tierra su cuerpo hasta tanto que un niño de cuatro o cinco meses le dijese que se levantase, que Dios le había perdonado.

"La cual penitencia fray Juan Garí aceptó y se volvió a su cueva, aunque estuvo en el camino mucho tiempo, por caminar a cuatro pies, conforme a la penitencia que el Santo Padre le había impuesto.

"Y así estuvo mucho tiempo haciendo vida solitaria y muy áspera penitencia, no comiendo sino hierbas, y se le rompieron las vestiduras y quedó desnudo; y a causa

de los fríos y calores y desnudez, le creció el pelo por todo el cuerpo que parecía un salvaje."

## EL PERDON

"Después de cumplidos siete años que perseveraba en aquella penitencia, aconteció que el sobredicho conde quiso venir desde Barcelona a tomar placer y cazar en la montaña de Montserrat, porque había en ella, por ser tan áspera y solitaria, mucha caza de montería e iba a beber al río Llobregat, que discurre al pie de la montaña.

"Yendo el conde por la falda de la montaña hacia la parte de dicho río, mandó soltar los perros para que moviesen alguna caza y, discurriendo los perros por la montaña, se subieron hasta el lugar de la cuevecita donde estaba fray Juan Garí, el cual estaba tan cubierto de pelos como un oso, que parecía algún salvaje, y topándole los perros en aquella cueva, no osaban entrar en ella sino daban grandes aullidos.

"Los cazadores, oyendo los ladridos de los perros, acudieron allí subiendo por los riscos de la montaña con harto trabajo y, llegado que fueron junto a la cueva, vieron a fray Juan Garí hecho como un salvaje, que no decía nada, y no pensando que era hombre, sino algún animal monstruoso, no allegaron a él hasta hacerlo saber al conde, que se había quedado en una alquería del término de Monistrol. Y oyendo esto el conde, mandó a sus escuderos que subiesen allí y si viesen que, sin peligro de sus personas, pudiesen asir aquella bestia, la tomasen y trajesen.

"Allegados los escuderos y cazadores del conde, hallaron ser verdad lo que habían dicho los otros y atreviéronse a entrar en la cueva y, viendo que el salvaje no decía nada, le ataron una cuerda al cuello y así lo trajeron al conde, el cual y toda su gente se maravillaron de ver semejante monstruo, y lo llevaron a Barcelona y le pusieron en el establo de la casa del conde y allí le daban de comer.

"Fray Juan Garí estaba, pues, en Barcelona tenido por salvaje y acaeció un día que, haciendo el conde un gran convite a todos los principales caballeros por la alegría que la condesa había dado a luz un hijo y había salido muy bien del parto, mientras comían los convidados, rogaron al conde que hiciese subir al salvaje que había tomado cazando en la montaña de Montserrat y que le hiciese dar de comer y beber delante de ellos. El Conde, por complacerles, mandó luego que lo subieran; y lo subieron con una

EL PERDÓN

Dibujo original de J. G. Barranco

cuerda atada al cuello y le echaban algunos pedazos de pan, los cuales él comía.

"Mientras estaban en el comer, el ama trajo allí al infante que la Condesa había alumbrado, el cual no tenía más que cuatro meses, y púsose delante del salvaje a mirarle con el niño en brazos.

"El infante, puestos los ojos en el salvaje, en presencia de todos y, oyéndolo y entendiéndolo todos, habló y dijo las palabras siguientes: "*Levántate, fray Juan Garí, levántate y está derecho, que Dios te ha perdonado tus pecados*".

"Entonces fray Juan Garí se levantó y, puesto de pie delante de todos, comenzó a hablar palabras muy grandes, haciendo gracias a Dios de tanta merced que le había hecho en aceptar su penitencia.

"Viendo esto el Conde, la Condesa y los convidados estuvieron todos maravillados y espantados de todo lo que había acaecido, ni sabían lo que debían decir.

"Entonces fray Juan Garí llegóse al Conde y, delante de todos, contó el caso de cómo por inducimiento diabólico había muerto a su hija y después la había enterrado; así que hiciese de él lo que plugiese.

"El Conde dijo que, "puesto que Nuestro Señor Dios le había perdonado, él también le perdonaba".

"Y hecho esto, el Conde mandó aderezar a fray Juan Garí, haciéndole vestir y le tuvo en su corte algunos días en gran acatamiento y reverencia."

## RESURRECCION DE LA HIJA DEL CONDE Y FUNDACION DEL PRIMER MONASTERIO DE MONTSERRAT POR MONJAS BENEDICTINAS

"Después de pasados unos días, el Conde dijo a fray Juan Garí que quería ir adonde él había enterrado a la doncella para transportar su cuerpo a la Seo de Barcelona y allí mismo visitar la capilla que nuevamente se edificaba a honor y reverencia de Nuestra Señora, donde ya se hacían milagros. Y fray Juan Garí dijo: "Pláceme, señor, que en esto se cumplirá mi deseo".

"Y así, pocos días después, tomaron su camino y llegaron a la dicha capilla y, hecha su devota oración, el Conde dijo a fray Juan Garí que le mostrase el lugar donde había enterrado a su hija. El cual lo hizo luego, porque era muy cerca. Y, llegados al lugar, fray Juan Garí hizo allí su oración, la cual, acabada, el Conde hizo cavar y luego hallaron la doncella viva, hermosa y bella, sin mácula alguna, excepto que aparecía en el cuello en forma de un hilo de seda de grana, en el lugar a donde fray Juan Garí había pasado el cuchillo cuando la degolló.

"Por las cuales maravillas, el Conde, fray Juan Garí y todos los otros fueron muy alegres.

"Y preguntó el Conde a su hija cómo había sido que así fuera viva, y ella dijo que antes que fuera degollada tenía su devoción a la Virgen María y por esto Ella tuvo por bien de preservarla de la muerte.

"Seguido esto, el Conde quiso volver a Barcelona y llevar consigo la hija con intento de casarla; y la doncella respondió que nunca tomaría marido, antes toda su vida estaría allí en servicio de la gloriosa Virgen María y de su bendito Hijo, que tan grande gracia le habían hecho.

"El Conde, vista su santa intención, no la quiso contrariar; mas edificó allí un monasterio de monjas bajo la regla de San Benito, como las del Monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona. Del cual monasterio la hija del conde fué abadesa, teniendo debajo de sí muchas doncellas que se hicieron monjas, a las cuales sirvieron el rector de Monistrol y fray Juan Garí, en santa humildad, donde finalmente murieron y fueron colocados en la gloria del paraíso y sus cuerpos enterrados en dicho monasterio.

"Y en memoria de todo lo dicho hay en la ciudad de Barcelona, en la casa que solía ser del sobredicho Conde y al presente del Monasterio de Santas Creus, en la calle Condal, dicha así por causa de esta casa, una "antigualla" hecha de piedra con la imagen de un ama que tenía un niño en los brazos y fray Juan Garí puesto de rodillas."

## LAS MONJAS BENEDICTINAS EN MONTSERRAT

Es el complemento lógico de la leyenda de fray Juan Garí. Sin este episodio la fantasía popular no podía culminar el desenlace de la piadosa leyenda.

Richilda, la princesa degollada, no podía volver a los regalos de la Corte; debía consagrarse al servicio de Dios y precisamente en el lugar del prodigio.

Y como quiera que en Barcelona ya existía un Monasterio de Monjas benedictinas, de allí pasan a Montserrat las monjas fundadoras y permanecen en el Santuario hasta que la historia nos señala la instalación de los monjes de Ripoll. Había pa-

¡Vista de Montserrat con el puente romano de Martorell

sado un siglo y, fecunda en recursos la fantasía, refiere que por dos motivos fueron substituídas por los monjes de Ripoll. Primeramente porque era tanta la aglomeración de peregrinos, que las autoridades opinaron que no era propio de su sexo atender a tan crecido número de personas.

En segundo lugar, porque viendo el conde Borrell que un poderoso ejército mahometano amenazaba sus estados, en evitación de posibles peligros que podían correr las religiosas fueron trasladadas a Barcelona.

No eran infundados los temores del conde, pues, coaligados los reyes moros de

Córdoba, Tortosa, Lérida y Mallorca, reunieron un formidable ejército e invadieron el condado de Barcelona. No por eso se arredró el intrépido y valeroso conde; reunió sus huestes y, aunque eran muy inferiores en número, salió en busca de los enemigos y les presentó batalla antes de que cercasen la capital.

Dibujo "Els Flautats"

El combate, que fué muy sangriento, tuvo lugar cerca de Moncada, en el llano llamado "Mata bous" y, a pesar de derrochar valor el conde y sus tropas, perdió la batalla. Victoriosos los moros, se lanzaron sobre Barcelona sitiándola por mar y tierra, sucumbiendo la capital del principado, el día 6 de julio del año 986, siendo pasados a cuchillo la mayor parte de sus habitantes y saqueados, quemados y arruinados los principales edificios. Luego, saliendo de la plaza, asolaron el país; solamente los castillos de Moncada y Cervelló se mantuvieron firmes ante los furiosos asaltos de la morisma, rechazándolos heroicamente sus impertérritos defensores.

Vencido, pero no abatido, el conde Borrell, se retiró a Manresa desde donde envió embajadores al emperador Lotario y al Sumo Pontífice Juan XV pidiéndoles socorro.

Mientras tanto hizo un llamamiento a todos los hombres aptos para empuñar las armas y, concediendo el título de caballeros de Solar, a los que se alistaran con armas y caballos. A este llamamiento acudieron en gran número para alistarse y con ellos toda la nobleza catalana.

Viéndose asistido de todos, el animoso conde, invocando fervorosamente a la Virgen de Montserrat, salió de aquella santa montaña y al frente de sus hombres, arremetió contra los moros, los venció en varios encuentros, puso sitio a Barcelona y la recobró antes del mes de haberla perdido (1).

(1) Doctor Jaime Prades. Libro 3, cap. IX. Diego Monfar. "Historia de los Condes de Urgel". Capítulo XLVI.

Al cercar los moros la ciudad de Barcelona, como punto de apoyo para el asalto de la plaza, se apoderaron del Monasterio de San Pedro de las Puellas.

Al ver la madre abadesa, llamada Marruy, el terrible peligro que corrían sus religiosas, les hizo una fervorosa y patética exhortación para que guardasen la fe a su divino Esposo, y, produjo tal efecto en las Vírgenes del Señor las palabras de su madre abadesa, que según una crónica que existía en el archivo del Monasterio, es tradición que tomaron la heroica resolución de afearse los rostros, cortándose la nariz, para que sus horribles mutilaciones causaran horror a los moros. No obstante ello, causó a éstos un furor tan diabólico, que asesinaron a la mayor parte de las monjas, llevándose cautivas a Mallorca a la abadesa Marruy y a las pocas monjas que quedaron con vida (1).

Como quiera que al ocurrir estos dramáticos sucesos, sólo hacía unos diez años que las monjas de Montserrat habían ingresado en el Monasterio de San Pedro de las Puellas, debemos suponer que algunas de aquellas venerables religiosas fueron también víctimas de la barbarie de los moros (2).

Por este motivo, hemos creído propio de este lugar describir, siquiera sea sucintamente los acontecimientos de aquellos días de terrible tragedia que atravesó el Principado, superados por el valor del conde Borrell, con la visible protección de Nuestra Señora de Montserrat.

Finalizamos este capítulo, dedicado a las religiosas benedictinas que por espacio de cerca de un siglo cuidaron del culto de Nuestra Señora, con este trágico, al par que gloriosísimo, final, comenzando después una nueva era para el famoso santuario, al ser substituído desde entonces el coro de Vírgenes, por los venerables monjes, santos ermitaños y angelicales escolanes.

(1) Serra y Postius. "Historia de Nuesra Señora de Montserrate". 1.ª parte. Cap. XI.

(2) El caso referido no es único. En el año 870, cuando la invasión de Inglaterra por los normandos, dicen los historiadores, que un Monasterio de monjas, cuya abadesa era Santa Ebba, por temor a ser ultrajadas, se mutilaron, cortándose la nariz y el labio superior, y al verlos los bárbaros tan desfiguradas, llenos de rabia infernal, después de saquear el Monasterio, lo quemaron, pereciendo abrasadas todas las religiosas. Yepes. Tomo 4. Año 870, folio 176.

Y, como enunciación profética, que el cantor de *El Montserrate* pone en boca de fray Juan Garí, transcribimos unas estrofas de su bellísimo poema.

*Y no más de cien años les concede*
*Dios a santas mujeres esta estancia.*
*No porque en ellas, aunque el tiempo ruede,*
*Ha de faltar altísima constancia.*
*Que antes el bien que a la virtud sucede*
*Tendrá con ellas gran perseverancia;*
*Sino porque traerán aquí varones*
*Por justísimas causas y razones.*

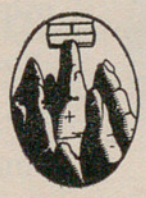
. . . . . .

*Un Borrell, sucesor en este Estado,*
*Con celo santo y discreción cristiana,*
*Su conveniente intento autorizado,*
*Por la Silla Apostólica Romana,*
*Dejará este convento trasplantado*
*En su ciudad con honra soberana;*
*Y en vez de las castísimas doncellas,*
*Monjes pondrá del mismo Orden que ellas.*

. . . . . .

*Pues cuanto los benditos religiosos,*
*En estos sacros claustros encerrados,*
*Han de ilustrar con hechos virtuosos,*
*Estos santos y fértiles collados,*
*Y con los rayos más que el sol lustrosos*
*De sus divinos bienes y cuidados,*
*Han de dar luz a cuanto el aire rueda,*
*No hay lengua humana que decirlo pueda.*

(Cristóbal de Virués, Canto XX.)



Y, como enunciación profética, que el cantor de *El Montserrate* pone en boca de fray Juan Garí, transcribimos unas estrofas de su bellísimo poema.

Y no más de cien años les concede
Dios a santas mujeres esta estancia,
No porque en ellas, aunque el tiempo ruede,
Ha de faltar altísima constancia.
Que antes el bien que a la virtud sucede
Tendrá con ellas gran perseverancia:
Sino porque traerán aquí varones
Por justísimas causas y razones.

. . . . . .

Un Borrell, sucesor en este Estado,
Con celo santo y discreción cristiana,
Su conveniente intento autorizado,
Por la Silla Apostólica Romana
Dejará este convento trasplantado
En su ciudad con honra soberana;
Y en ser de las castísimas doncellas
Monjes pondrá del mismo Orden que ellas.

Pues cuanto los benditos religiosos,
En estos sacros claustros encerrados,
Han de ilustrar con hechos virtuosos
Estos santos y fértiles collados,
Y con los rayos más que el sol lustrosos
De sus divinos bienes y cuidados,
Han de dar luz a cuanto el aire rueda,
No hay lengua humana que decirlo pueda.

(Cristóbal de Virués, Canto XX.)

CAPITULO XI

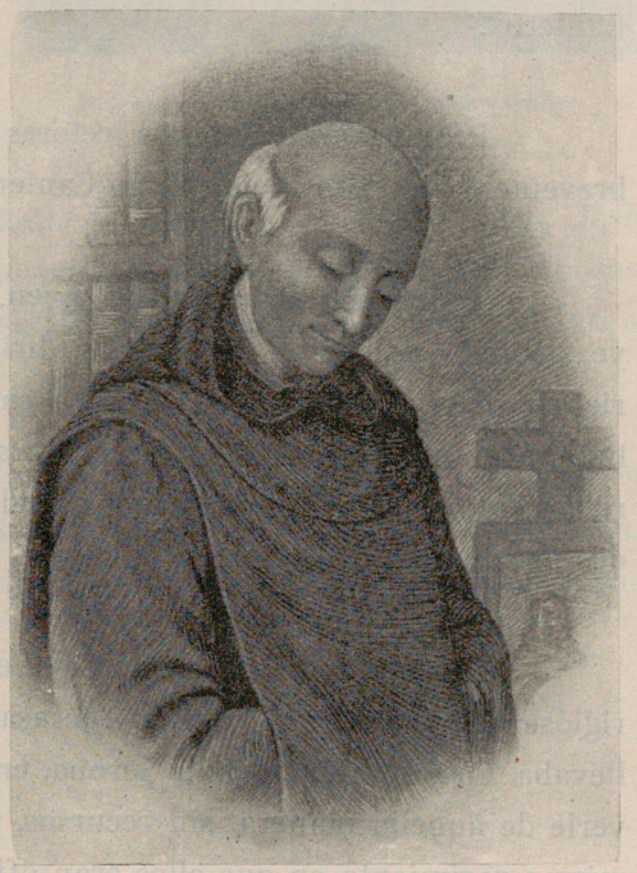
# Leyenda sobre el lego Cantero

En Montserrat, como dice un autor, cada piedra tiene su historia y cada rincón de la maravillosa montaña, su leyenda.

En el "Mirador de los Monjes", desde donde se divisa un panorama imponente, existían unas estatuas de piedra de proporciones colosales que hermoseaban dicho mirador y representaban antiguos Santos. Estas estatuas contribuían a dar mayor relieve al magnífico espectáculo.

Veamos cómo el notable polígrafo don Víctor Balaguer, nos describe sus impresiones desde el mirador, junto a las majestuosas estatuas, al escribir a un íntimo amigo.

"Permanecen allí inmóviles y mudas, contemplando eternamente el magnífico espectáculo que se desarrolla a su presencia. No sé explicarte, aunque bien lo comprenderás tú, la impresión mezclada de terror y de respeto que me infunden siempre que a ellos me acerco esos impasibles monjes de piedra, mudos y eternos centinelas del Monasterio, inclinados casi sobre un abismo



Fray José de San Benito

sin fin, a cuyos pies vuelan las águilas, sobre cuyas frentes se desencadenan esas horribles y misteriosas tempestades de la Montaña, y que, con la misma impasibilidad, han asistido, lo propio a la época de esplendor y de pujanza que a la de devastación, de ruinas y de miseria del viejo Monasterio, de que se han constituído perennes e incansables guardadores.

"¡Magnífico espectáculo el que se me ha desplegado a mis ojos desde el balcón de los Monjes! Cien veces he asistido a él en mis repetidas romerías a Montserrat y siempre se me ha presentado bajo una nueva faz. Te escribo aún bajo la impresión del momento..."

Y termina de esta forma patética: "¡Qué pequeño es el hombre en esta montaña! ¡Luis, los hombres sólo somos hormigas, unos gusanos, quizá lo más miserable de la tierra!"

A esas majestuosas estatuas, que tan impresionante sensación causaban a Víctor Balaguer, también las rodea una aureola legendaria. Se atribuyen al famoso "Lego Cantero".

Para curiosidad de los lectores de "Montserrat, Montaña Santa", referiremos brevemente la historia del "Lego Cantero" y santo monje montserratino.

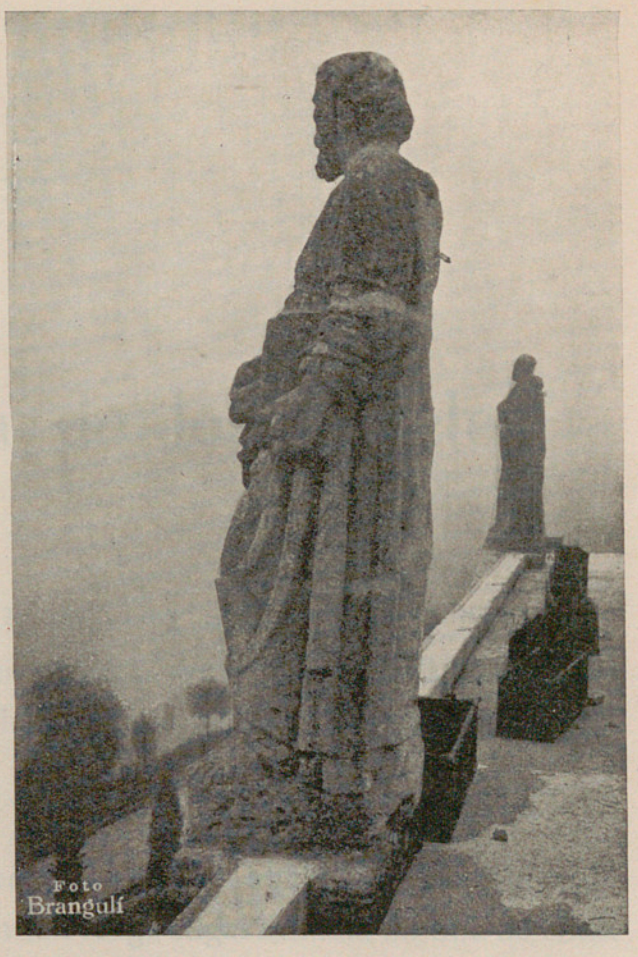
A fines del siglo xvii un joven, hijo de una distinguida familia de Signi l'Abaye, pequeña población de Flandes, dirigíase a París con objeto de visitar a unos parientes; pero antes de llegar a dicha capital mudó de parecer y resolvió pasar a Cataluña, pensando encontrar en Perpiñán a unos amigos suyos que eran oficiales de un regimiento de guarnición en dicha ciudad. En aquella época, tanto Rosellón como Flandes pertenecían a España.

Llegado a Perpiñán supo que el regimiento estaba acantonado en Gerona y dirigióse allí; mas por el camino fué asaltado por unos ladrones, que le robaron cuanto llevaba. Casi desnudo llegó a Gerona, en donde encontró a sus amigos, los cuales, al verle de aquella manera, sin recursos, le aconsejaron sentara plaza de soldado en el mismo regimiento en que ellos eran oficiales. Así lo hizo; y trasladado el regimiento a Barcelona, acabó en esta ciudad su compromiso militar.

Al ser licenciado, antes de regresar a su país quiso visitar Montserat, de cuyo Monasterio le habían hablado con gran entusiasmo sus amigos. Llegado a Montserrat y, en presencia de la Virgen, le pareció oír una voz que le decía "Tu destino es este lugar".

Admirado de la vida monacal, resolvió quedarse en el Monasterio en calidad de lego y, como existía la costumbre de no admitir como lego al que no tuviera algún oficio que pudiera ser útil para el Cenobio y él sabía trabajar la piedra, fué admitido como cantero.

Así entró en la Comunidad montserratina el joven flamenco Tomás Ontoine, cambiando su nombre por el de fray José de San Benito. Fué un modelo de todas las virtudes monásticas.




**Estatuas existentes en el Mirador de los Monjes**

Como el Beato Angélico cultivó en Italia la pintura, el venerable fray José dedicó sus trabajos manuales a la escultura en piedra. A él se atribuyen las famosas estatuas de expresión sublime de que hemos hablado y otras obras que revelan una gran inspiración.

Fué también un escritor místico, que puede sufrir parangón con los mejores escritores ascéticos de nuestro siglo de oro. Son especialmente interesantes sus cartas. Fray José de San Benito murió en olor de santidad, y su celda fué transformada en capilla, la cual existe en la antigua hospedería.

CAPITULO XII

# Leyenda "La Cadena de los ángeles"

Muy seria y convencida nos la contaba la viejecita, a la vera de la lumbre; y nos aseguraba que no era una conseja, sino una historia verdadera, que nuestra mentalidad infantil aceptaba como digna de fe, escuchándola sin perder una sílaba, con fruición, para no olvidarla jamás.

También nos la han contado, con pequeñas variantes, ancianos venerables de los contornos de Montserrat; y la canción popular la recoge engarzándola en una de ellas.

También la galana pluma de un ínclito escritor montserratino eslabona la tradición, al dedicarle unas bellas páginas (1).

Defraudaríamos la curiosidad del lector si no la refiriéramos, cuando menos en sus líneas generales.

Era una noche terrible. Como si el humo de cien volcanes, emergiendo de los altos picos de la montaña y desparramándose rápida y densamente, así aparecía envueltos en negros y siniestros nubarrones Montserrat y sus contornos. El horrísono estampido de los truenos, al retumbar en aquellos riscos y barrancos, hacía retemblar el suelo como las sacudidas de un terremoto incesante. Monstruosas serpientes de fuego surcaban los espacios con deslumbrantes resplandores.

Un gran pánico se había apoderado de todos cuantos contemplaban aterrados

(1) Víctor Balaguer. Leyendas de Montserrat.

aquella horrible tempestad, llegando este terror a lo inenarrable al percatarse, a la luz de los relámpagos, cómo una legión de demonios, provistos de enormes palancas, golpeaban y forcejeaban furiosos para arrancar de su base una grandiosa peña, emplazada a gran altura frente al Santuario, con la visible intención de hacerla caer sobre la misma morada de la Santísima Virgen.

Sobresaltados los guardianes de la Soberana Señora, por el fragor de aquella espantosa tormenta, por aquel viento huracanado que arrancaba los árboles de cuajo, por aquellos truenos prolongados, ensordecedores y, sobre todo, por un ruido horrible, producido por unos golpes secos, extraños, que retumbaban por todo el recinto del Monasterio haciendo estremecer sus muros y hasta sus ciclópeos cimientos (era el ruido que hacían los demonios con sus palancas), corrieron al templo a postrarse a los pies de María.

Apresuráronse a encender las lámparas de plata, regalo de reyes y príncipes, pero en su precipitación encendieron también la del Rey Moro (1), cuando desde las alturas una voz ordenaba que se apagara inmediatamente; de lo contrario el mundo se hundiría (2).

Cumplida acto seguido la orden, los monjes, solitarios y escolanes, entonaron fervorosamente el canto favorito de la Virgen, la Salve, con acompañamiento del órgano.

(1) Era la farola que Ali-Bajá, almirante de los turcos, tenía en su galera, en la batalla de Lepanto y que Don Juan de Austria ofrendó a Nuestra Señora de Montserrat.

(2) La citada farola y las 74 lámparas de plata que existían en la iglesia ofrecidas a la Virgen, dió pie a una canción popular, enlazándola la fantasía con la leyenda que describimos. Dice así:

Fins setanta quatre llántias
Creman devant del altar,
Totes són de plata fina
Menos una que n'hi ha
Que es la llántia del Rey Moro
Que mai l'han vista cremar.
Una nit la van encendre.
Un ángel del cel parlá:
"Apagueu aquesta llántia
Sinó el món s'enfonsará."

Que traducida casi literalmente, dice:

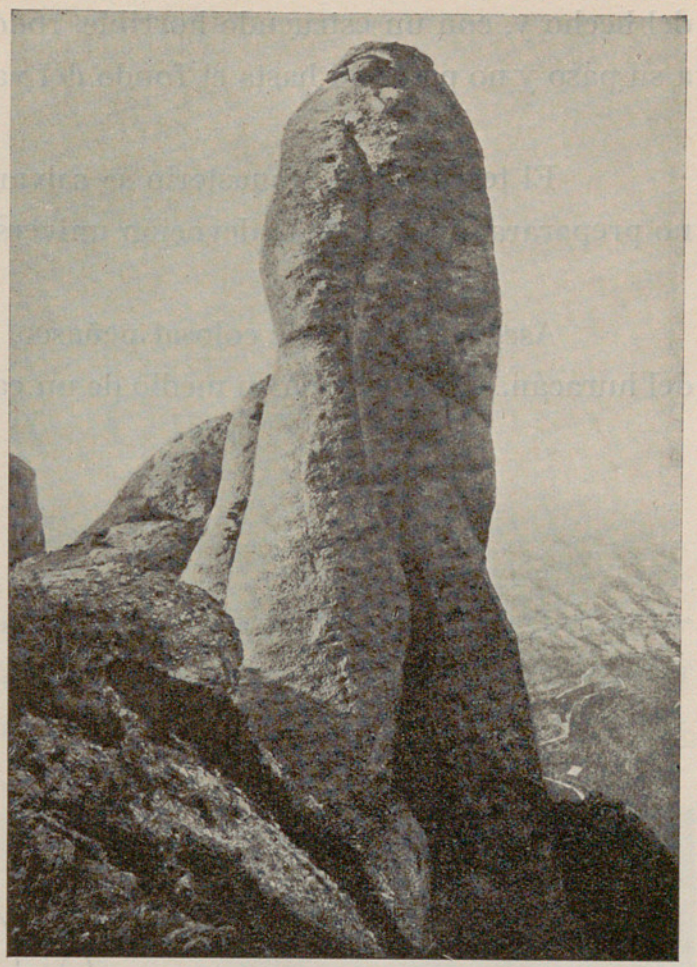
Hasta setenta y cuatro lámparas
Arden delante del altar,
Todas son de plata fina
Excepto una no más:
La lámpara del Rey Moro
Que nunca encendido se ha.
La encendieron una noche
Y a un ángel se oyó hablar:
"Apagad pronto la lámpara
Sino el mundo se hundirá."

(Cornet y Mas. "Tres días en Montserrat".)

El coro de aquellas voces y aquellas notas del órgano, de suprasensibles armonías, atravesaron misteriosamente por entre los desatados elementos.

Al oír el canto de la Salve, todos los demonios lanzaron un rugido de rabia, que resonó como mil truenos, retumbando horrísonos por toda la montaña.

Era que las celestiales melodías del canto a María que, a los pies del peñasco, entonaban los guardianes de la Sagrada Imagen, les impedía continuar su trabajo y, acosados por las divinas armonías del órgano y las voces de los monjes, escolanes y solitarios, huyeron los demonios precipitadamente.



El "Cavall Bernat"

Sin embargo, al hundirse en los abismos del infierno, sin darse por vencidos, volvieron sus rostros hacia la peña, sonriendo de júbilo. Y era que la peña ya se había desprendido y, vacilante y al impulso del vendaval, que continuaba azotando la montaña, se bambolearía aquella misma noche y, por fin, caería sobre el Santuario, aplastándolo todo con su ingente mole.

Sin embargo, burlados quedaron los demonios, pues los dulcísimos ecos del canto de la Salve llegaron hasta el cielo, como un aviso de lo que los demonios maquinaban. Entonces los Angeles, que rodean el trono de la Reina de los Cielos, lanzaron gruesas cadenas de plata que aseguraron la enorme peña y, como una inmensa y potentísima grúa, la impelieron como un ingrávido columpio y, dándole otra dirección de la que marcaba la ley de la gravedad, arrojáronla montaña abajo.

Pasó la roca rozando un poco el alero del templo, para perpetuar la memoria

del hecho y, con un estruendo horrible. rodó por la montaña abajo, causando estragos a su paso y no parando hasta el fondo del valle.

El templo y el Monasterio se salvaron de una destrucción segura, que el infierno preparara, rabioso de la devoción universal a Nuestra Señora de Montserrat.

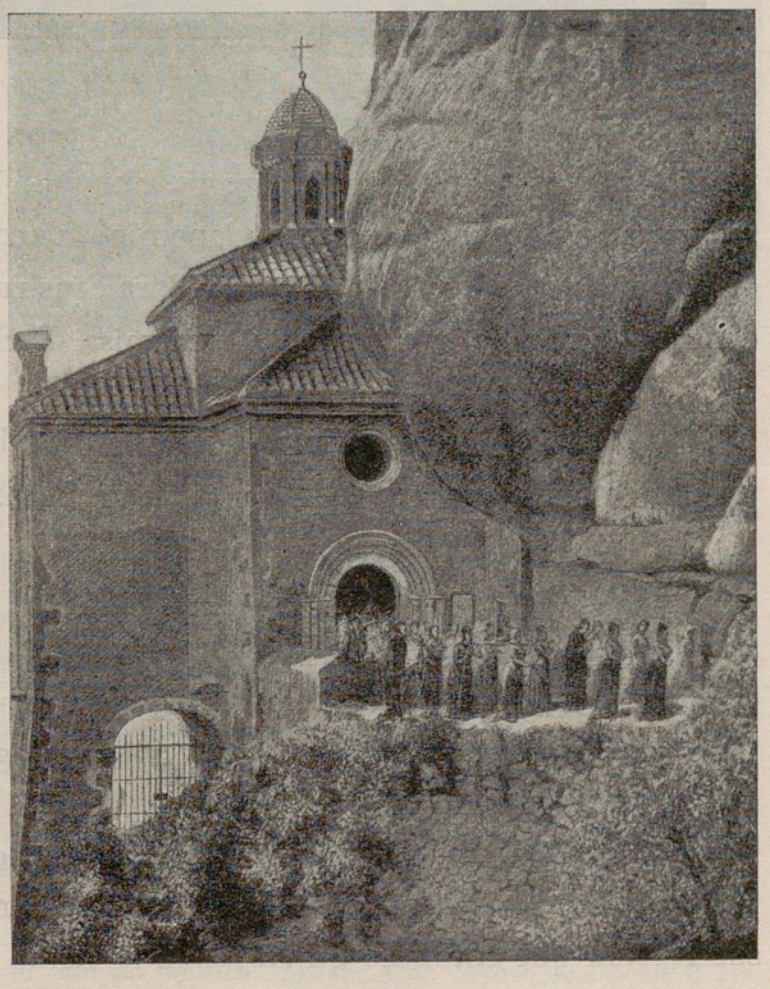
Aseguran que este colosal peñasco, que se desprendió de la montaña la noche del huracán, existe todavía en medio de un campo, entre Monistrol y la Puda.

CAPITULO XIII

# La Santa Cueva

Desde tiempos antiguos fué la Santa Cueva de la Virgen de Montserrat devotamente visitada por los peregrinos no faltando entre ellos príncipes y magnates, a pesar de que el camino que daba acceso a la misma desde el Monasterio era casi intransitable.

Cuando el Rey Felipe III visitó Montserrat, con ocasión de trasladarse la Sagrada Imagen de la iglesia antigua a la construída por el abad Garriga, visitó también la Cueva de la Virgen. Y cuando en 1691 doña Gertrudis de Camporrell, marquesa de Tamarit, la visitó y vió aquel camino tan mal acondicionado que impedía fuera visitada por muchos peregrinos, movida por su acendrada devoción a Nuestra Señora de Montserrat, hizo construir a sus expensas un camino con la amplitud necesaria para que pudiera ser visitada cómodamente por los peregrinos.



La Santa Cueva. Grabado en 1886

Hubiéronse de cortar grandes peñas, levantar gruesos

**Camino de la Santa Cueva**

muros entre aquellos despeñaderos y, aunque al presentarle la cuenta, que ascendía a sesenta mil ducados, sonriente, denominó a ese camino *camino de plata,* ello no fué óbice para que, además de éste, mandara construir una hermosa capilla con sus dependencias, fundando, con su renta, una misa diaria, la que debía rezarse en la misma.

Gracias a la munificencia de esta devotísima Marquesa, desde 1705 residía allí un monje para celebrar cada día la Santa Misa.

Antes de la destrucción del Monasterio por las tropas de Napoleón, todos los sábados la Escolanía, presidida por un monje, bajaba procesionalmente con velas encendidas a visitar la Cueva, cantando las letanías de la Virgen en memoria de los cánticos angélicos por los que se descubrió a la Sagrada Imagen.

En 1857 fué visitada por los duques de Montpensier, quienes al ver algo derruída la Capilla, se interesaron por su reconstrucción, abriéndose seguidamente una suscripción que encabezó Su Majestad la Reina y los Infantes, y que fué secundada con entusiasmo por las personas más notables de Barcelona, extendiéndose por toda Espa-

ña, con tan ópimos resultados, que al año siguiente la reparación estaba terminada.

En 1860, el 30 de septiembre, la Reina doña Isabel II visitó la Santa Cueva, haciendo a pie el viaje desde el Monasterio y el regreso en litera, que era conducida a hombros de Mozos de Escuadra.

Acompañaron a la Reina en esta visita el Duque de Tetuán y el General Prim, los héroes de la guerra de Africa (1).

En 1888 la Reina Regente doña María Cristina, estando en Barcelona, con ocasión de celebrarse la Exposición Universal, visitó no sólo el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat y el Monasterio, sino también la Santa Cueva de la Virgen (2).

La Santa Cueva. Grabado alemán de C. G. Hammer

A últimos del siglo XIX surgió entre los devotos de la Virgen Morena el piadoso pensamiento de erigir en el camino de la Cueva un Rosario monumental. La idea cristalizó inmediatamente y se levantaron entre aquellos riscos hermosísimas obras de arte, representando los Misterios del Santo Rosario. Fué una santa inspiración la idea de

(1) En esta visita de Isabel II a Montserrat le acompañaban sus dos hijos, el Príncipe don Alfonso y la Infanta doña Isabel. El primero vestía de payés catalán y la princesa también un traje regional, siendo dichos trajes un obsequio del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro.

(2) La visita a la Cueva lo hizo montando un borriquillo, e igual hicieron sus acompañantes, entre ellos el que era Jefe del Gobierno, el famoso político Sagasta. Este cayóse de la caballería, lo que dió motivo a sabrosos comentarios de la prensa de aquel tiempo.

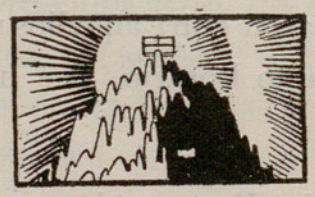
erigir en el camino de la Santa Cueva, los Misterios del Santo Rosario, pues creó un nuevo y poderoso incentivo para los fieles devotos de Nuestra Señora de Montserrat.

La inauguración de cada uno de los Misterios era celebrada con grandes y fervorosas romerías, y la Montaña, con las magníficas esculturaciones que afloraban entre aquellas peñas, tomaba nuevas facetas para la devoción, pues al incrustarse en aquellas rocas artísticos mármoles, hierros, mosaicos, etcétera, representando el gozo, dolor y gloria de María, señalaba a los peregrinos en bellísima plástica la senda a seguir en nuestra peregrinación sobre la tierra.

Dicen los Santos y Maestros de la vida espiritual que la oración más agradable a la Virgen es el Santo Rosario, y aquí en el camino de la Cueva de María, al recitarlo ante aquellos Misterios, dechado de arte cristiano, entre riscos y despeñaderos, parece que el alma se encuentra más apartada del mundo, más unida a Dios y mucho más asida de la mano bondadosa de la Madre de las Misericordias.

La furia vandálica e iconoclasta de los rojos mutiló bárbaramente algunos de dichos misterios.

Hoy puede decirse que no hay peregrino que se postre a los pies de Nuestra Señora de Montserrat, que no visite después la Santa Cueva de la Virgen, máxime con la comodidad de un tren funicular que en pocos minutos deja al peregrino al lado de la capilla.



CAPITULO XIV

# Las ermitas

Desde remotísimos tiempos, el eremitorio montserratino era famoso y constituía una nota característica de la Montaña Santa. Su historia es milenaria, y con gran anterioridad a los monjes. Los anacoretas no sólo fueron los custodios de las capillas desparramadas por la montaña sino de la que más tarde había de ser el punto de convergencia y origen del gran Cenobio: la capilla de Santa María.

Algunos autores remontan la existencia de las ermitas hasta los tiempos visigóticos, pues parece demostrado que en los primeros tiempos de la Reconquista los cristianos no acostumbraban a edificar iglesias en las zonas limítrofes, principalmente en despoblado, temiendo su profanación por los árabes en sus incursiones por tierras de cristianos.

No falta quien supone la existencia de ermitas en la montaña de Montserrat en los tiempos primitivos del cristianismo, en los que, a causa de las persecuciones, abandonaban las ciudades algunos fervorosos cristianos deseosos de una mayor perfección, y se retiraban a lugares solitarios; fenómeno que, sabido es, se produjo en Egipto, donde brillaron en santidad muchos de estos anacoretas, llamados los Padres del Yermo.

Parece confirmar esta hipótesis la advocación de las cinco antiquísimas ermitas: Santa María, San Acisclo, San Pedro, San Martín y San Miguel, ya que los cristianos de Occidente tenían una especial devoción a estos Santos del siglo IV de nuestra era.

Lo que parece que no da lugar a dudas es que en el siglo VII ya existían ermi-

**Situación del monasterio y las ermitas**

1, Monasterio. – 2, Ermita de Santa Ana. – 3, Ermita de San Jerónimo. – 4, Ermita de San Antonio. – 5, Ermita de San Salvador. – 6, Ermita de la Santísima Trinidad. – 7, Ermita de la Santa Cruz. – 8, Ermita de San Dimas. – 9, Ermita de San Benito. – 10, La Santa Cueva. – 11, Ermita de Santa Catalina. – 12, Ermita de San Juan. – 13, Ermita de San Onofre. – 14, Ermita de San Jaime. 15. Ermita de Santa Magdalena

tas en Montserrat y que, a partir del año 888, los ermitaños custodios de las capillas eran designados por el Abad de Ripoll, si bien algunos pertenecían a la jurisdicción del Monasterio de Santa Cecilia.

Más tarde, al conseguir el Monasterio de Santa María la supremacía de la montaña, fueron todas incorporadas a dicho Monasterio.

Luego, como la muchedumbre de peregrinos que acudían constantemente a visitar la milagrosa Imagen de la Santísima Virgen, perturbaba la vida solitaria de los ermitaños, fueron deshabitadas las más cercanas al Monasterio.

## DECRIPCION DE LAS ERMITAS

Las ermitas más antiguas, la fecha de cuya erección se pierde en la noche de los tiempos, se edificaron en la parte media de la montaña; pero las que pertenecen a los tiempos históricos se levantaron en la parte alta.

El torrente de Vallmala, llamado después de Santa María, las dividía en dos secciones o grupos, designados con los nombres de Tebas y Tebaida, haciendo alusión al país de Egipto poblado de anacoretas; la parte superior del torrente era conocida con el nombre de Tabor.

He aquí la relación de las famosas ermitas, que, como nidos de golondrinas estaban colgadas de las rocas y cuyos santos moradores, coro de ángeles terrenales, rodeaban el trono de la Reina de los Cielos.

## SAN JERONIMO

Esta ermita era de reducidas dimensiones. Su construcción, sin embargo, era muy sólida, ya que aquel paraje desabrigado era azotado constantemente por violentos y fuertes vendavales.

No estaba siempre habitada, pues la inclemencia del tiempo impedía la vida en lugares tan inhóspitos. Tenía dos cisternas muy necesarias en aquellas alturas por la dificultad y fatiga que representaba el proveerse de agua en los años de pertinaz sequía.

El emplazamiento estaba en el mismo lugar que ocupa hoy la capilla dedicada al doctor Máximo. A últimos del siglo XVI (1590) fué reedificada.

Esta ermita de San Jerónimo no debe confundirse con la capilla titulada Santa María, que es la más alta y que desde tiempos muy remotos existió en el actual mirador de San Jerónimo.

Ermita de San Onofre

## SANTA MARIA MAGDALENA

La primitiva ermita no estaba emplazada en el mismo lugar donde se ven hoy sus ruinas, sino a algunos metros de distancia. Por carecer de condiciones, a últimos del siglo xv (1498) fué edificada en lugar más conveniente.

Cuentan las viejas crónicas del Monasterio que el ermitaño de Santa María Magdalena podía alternar en el rezo con los monjes, pues la salmodia, especialmente nocturna, se oía clara y perfectamente desde esta ermita.

## SAN ONOFRE

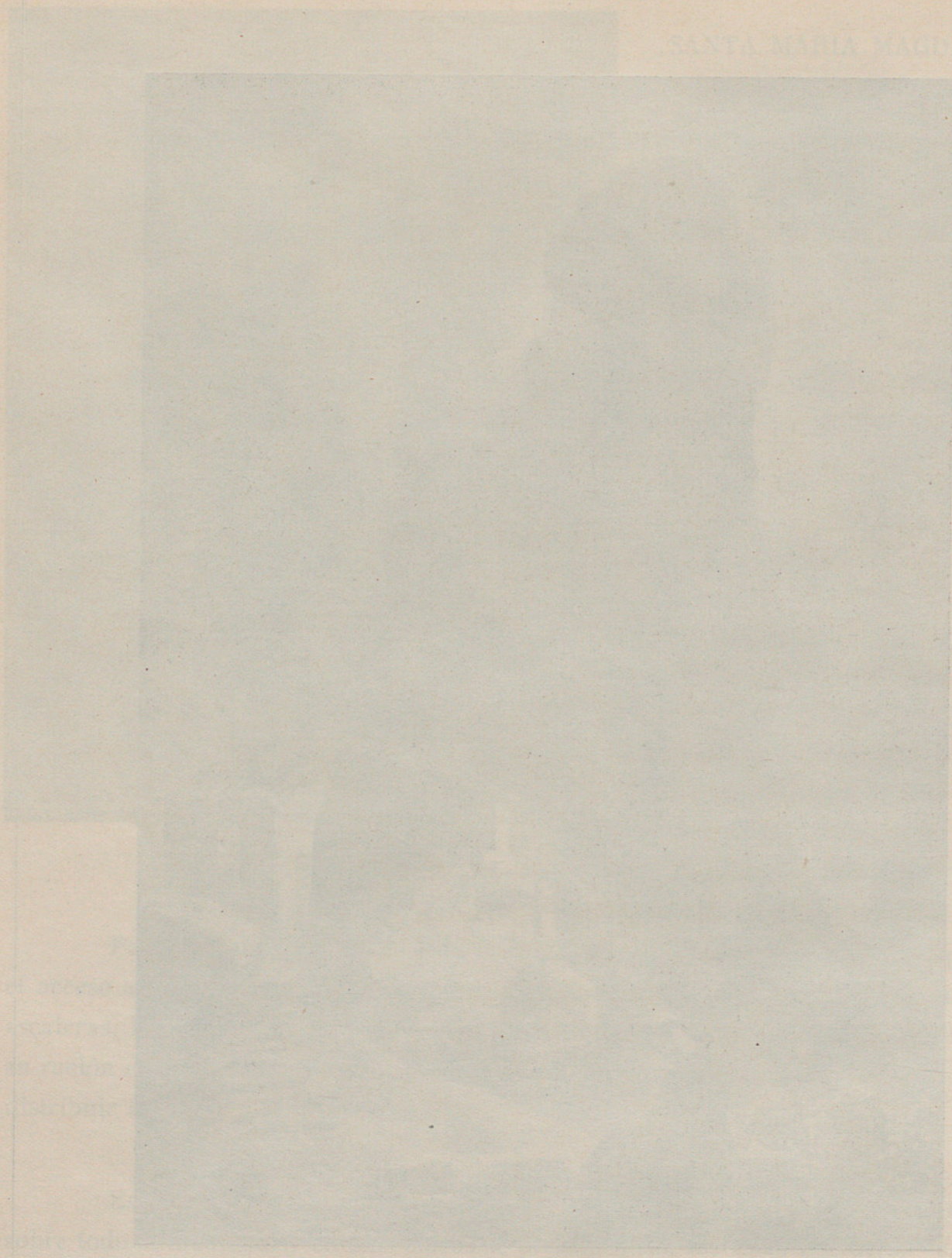
Para la construcción de esta ermita, fué aprovechada una cueva, y permitían el acceso a la misma setenta peldaños excavados en la roca viva. Por causa de estas escaleras, los venerables ermitaños que habitaban esta ermita, debían bajar a recoger su ración que, con una acémila, todas las semanas un mozo del monasterio, pasaba a distribuir a las trece ermitas.

Es maravilloso el panorama que desde esta ermita puede contemplarse, pues, sobre todo al mediodía y en días claros se divisan hasta las Islas Baleares.

El gran Abad Cisneros, próximo pariente del inmortal Cardenal, era un enamorado de esta ermita; se recogía en ella para alejarse de los negocios temporales y se entregaba durante largas temporadas a una vida de oración y contemplación.

**Ermita de San Salvador**

C. Langlois. Enero de 1830



SAN JUAN

Estaba tan próxima esta ermita a la de San Onofre que una misma roca las guarecía. Antiguamente estaban unidas por una pasarela, la que más tarde fué preciso derribar a fin de evitar todo peligro a la vida solitaria.

Como la de San Onofre, era espléndido el panorama que desde la misma se ofrecía a la vista y, como dice cierto autor, pudo merecer muy bien el título de Ermita Abacial, pues fueron varios los abades que la escogieron para pasar en ella santamente los últimos años de su vida.

Fué visitada por el rey de España Felipe III, el cual comió en ella el día 10 de julio de 1599.

SANTA CATALINA

Esta ermita estaba emplazada debajo de la de San Juan y quedaba algo hundida, pero muy al abrigo del viento.

Se le dió el simpático nombre de "Pajarera de Montserrat" por la gran abundancia de pájaros, principalmente mirlos y ruiseñores que anidaban en los zarzales de sus alrededores.

Próximas a esta ermita existían las ruinas de otra, dedicada antiguamente al Apóstol San Pedro.

SAN JAIME

Era esta ermita la que gozaba de una situación más pintoresca entre todas las de la montaña, pues estaba casi colgada de una de las rocas que en forma de cono colosal se yerguen majestuosas delante del Monasterio. Era la admiración de los peregrinos que se quedaban atónitos al contemplarla desde la misma plaza del Monasterio.

El ermitaño de San Jaime podía unirse mucho mejor que su vecino de Santa María Magdalena al coro monacal durante los rezos, cuyas voces así como las del órgano y hasta las de la gente que pululaba por la plaza, llegaban a la ermita y se entendían perfectamente.

## SAN ANTONIO

Era la ermita más alta de la Tebaida y una de las más bellas de Montserrat.

No estaba emplazada primitivamente en el sitio donde aparecen las ruinas actuales, sino mucho más lejos, en un paraje agreste tan impropio y peligroso que obligó a trasladarla.

El nuevo emplazamiento lo fué sobre un escarpado espadañal, desde el cual podía gozarse de un panorama incomparable.

## SAN SALVADOR

La primitiva morada del ermitaño fué una cueva. Más tarde se construyó una bella ermita. La capillita aneja se excavó en la roca. Era de reducidas dimensiones, de unos cinco metros y medio de diámetro y de forma circular.

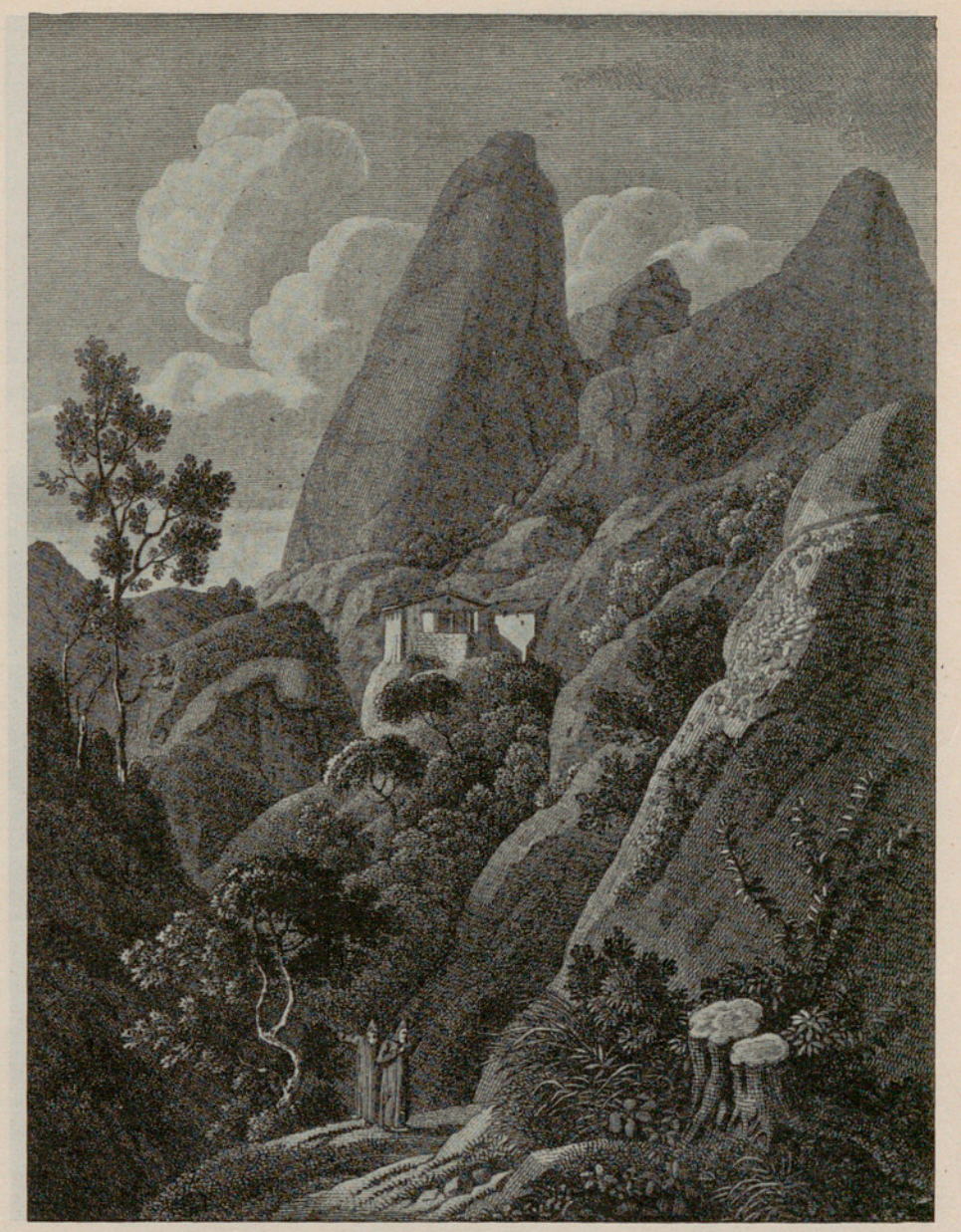
Antiguamente se profesaba una especial devoción a esta ermita y, como testimonio de la misma, desde el siglo XIII, existía la fundación de una lámpara perpetua.

## SAN BENITO

Era antiguamente una piadosa costumbre el que los peregrinos visitaran cinco ermitas en reverencia a las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Para que los devotos peregrinos tuvieran fácil acceso a ellas, fué construída de planta esta ermita, el año 1536, muy cerca del Santuario.

Debido a esta proximidad y a lo inmejorable de su emplazamiento, se destinaba para vivienda de los ermitaños más ancianos o enfermos.

Aun cuando el titular era el patriarca San Benito, se celebraba la fiesta de esta ermita el día de Santa Escolástica, pues el de la fiesta del fundador (21 de marzo), monjes y ermitaños, reunidos en el Monasterio, solemnizaban juntos dicha festividad.



Ermita de Santa Ana — Grabado de Delaborde

## SANTA ANA

Era la parroquia de los Solitarios. Allí convergían todos los domingos y fiestas de precepto, para cumplir con los deberes religiosos y, además del ermitaño, habitaba en dicha ermita el Padre Vicario, que en representación del Padre Abad, ejercía la jurisdicción sobre todos los ermitaños, siendo su Superior inmediato.

## SANTISIMA TRINIDAD

Esta ermita, por sus amplias proporciones, la denominaban "El palacio de las ermitas".

El renombrado Padre Boil, primer Misionero de América, la restauró con gran

Ermita de la Santísima Trinidad

munificencia a últimos del siglo xv. Más tarde, el Abad Beda Pi, la ensanchó todavía más y continuó estando habitada aun después de la destrucción del Monasterio por las tropas napoleónicas.

El último de sus ermitaños tuvo un trágico fin, pues en 1822 unos bandoleros asesinaron al Padre Jorge, que fué el último de los anacoretas que habitaron esta ermita.

## SANTA CRUZ

Era esta ermita, la más cercana al Monasterio y estaba situada al extremo superior de la "escala dreta". Poseía tres cisternas. Vivió en ella, durante sesenta y siete años, el ermitaño Benito de Aragón, ilustrándola con sus heroicas virtudes y muriendo en olor de santidad.

## SAN DIMAS

No muy distante de la ermita de Santa Cruz estaba la de San Dimas, que antiguamente se denominaba "la ermita del castillo", en recuerdo del que había existido en dicho lugar.

He aquí cómo nos refiere un autor del siglo XVI el origen de esta ermita y el por qué de su actual denominación:

Grabado Micault

Ermita de San Dimas

"Cerca de la escalera que unía al Monasterio con la ermita de la Santa Cruz existe la ermita de San Dimas, el Buen Ladrón, la cual se llama también del Castillo, por haber existido allí antiguamente un castillo, al cual no se podía entrar sino por dos partes, con puentes levadizos, quitados los cuales quedaban unos grandes despeñaderos.

"Se alojaron una vez en el castillo treinta ladrones y se hicieron fuertes, no habiendo quien pudiera abatirlos; robaban todos los alrededores y se refugiaban allí. Cuando les faltaban provisiones bajaban a una garita que está en una gran peña encima del Monasterio, y, a pedradas, se hacían traer todo lo que querían.

"Para arrojarlos de allí tuvieron que espiarlos y, aprovechando el momento en que sólo había dos o tres bandoleros en el castillo, se atrevieron seis o siete personas a subir por unos riscos muy ásperos y peligrosos y, cogiéndose a los árboles y apoyándose en las matas, penetraron en el castillo, sin que los foragidos se dieran cuenta y de esta manera pudieron echarlos de allí.

"El Abad que entonces gobernaba el Monasterio, para evitar que se apoderaran otra vez del castillo, mandó derribarlo y edificó una ermita bajo la advocación del Buen Ladrón."

En esta ermita, residió largas temporadas el Padre Chacones, que fué el Director espiritual de San Ignacio de Loyola, insigne fundador de la Compañía de Jesús.

También vivió y murió en esta ermita uno de los más famosos abades de Montserrat: el Padre Bartolomé Garriga.

Sobre las ruinas de esta ermita fué levantada en 1892 una capilla bajo la misma advocación.

Las trece ermitas que hemos reseñado eran normalmente las habitadas por los anacoretas.

Fueron habitadas también las cinco capillas antiguas, del primitivo eremitorio montserratino: Santa María, San Acisclo, San Pedro, San Martín y San Miguel.

## LO QUE EXISTE EN LA ACTUALIDAD

Después de la destrucción del Monasterio por los franceses, las calamidades de las guerras civiles y la abolición de la vida eremítica en Montserrat, se han salvado únicamente las siguientes capillas: La Santa Cueva, la iglesia románica de Santa Cecilia, y las capillas de San Jerónimo, San Juan, San Dimas, San Benito, San Acisclo y la de los Apóstoles, construída en el siglo XVI por un devoto sacerdote y restaurada modernamente.

## CARACTERISTICAS DE LAS ERMITAS

Por las minuciosas relaciones que se conservan, por los inventarios completísimos que existen en los archivos y por los dibujos fieles del natural que se poseen, podría realizarse una reconstrucción precisa y detallada de estas antiguas moradas de oración y penitencia.

En realidad, no eran ermitas angostas de penosa habitabilidad, sino más bien

unos pequeños monasterios habitados, con relativo confort, aunque solitarios, puesto que en ellas nada faltaba y su construcción, más que a un plan general, obedecía a su situación topográfica.

Todas tenían, sin embargo, como elementos mínimos: un dormitorio, una sala de estudio y de trabajo, una cocina, un comedor, un hermoso oratorio y otras dependencias secundarias y estaban rodeadas de su huerta y jardín y provistas de cisternas, cavadas frecuentemente en la roca viva, para conservar el agua de lluvia, que era conducida a veces a la ermita mediante tubería.

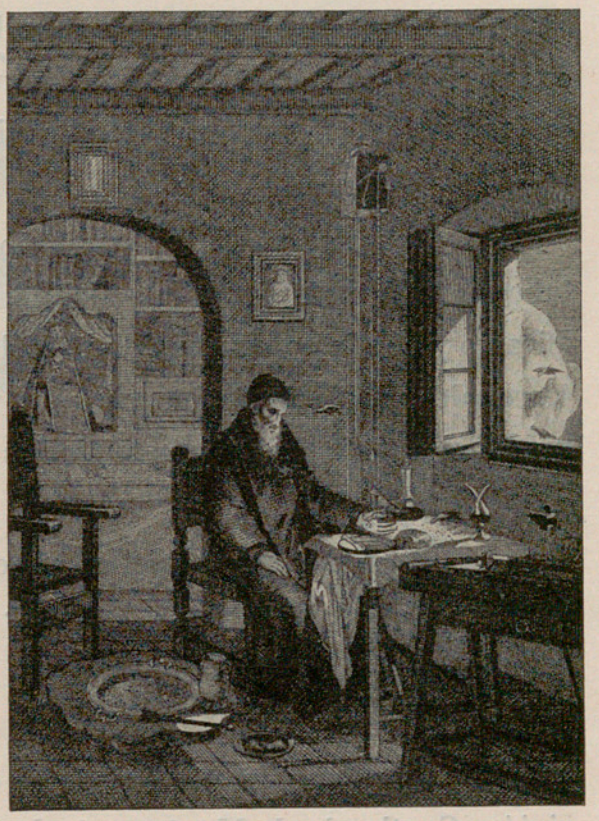
Las celdas eremíticas estaban suficientemente provistas, contando con todos los utensilios necesarios para la vida normal de los solitarios. Estaban además limpias y bien acondicionadas.

Como nota interesante y, con vivo realismo, representó Laborde en un grabado la ermita y el solitario en su intimidad. Transcribiremos la descripción de este grabado.

"El lápiz fidelísimo de Laborde sorprendió un interior con la veracidad de un objetivo fotográfico.

"Montserrat está nevado; pero no importa, en la celda se está perfectamente bien. Por el ventanal abierto entra un rayo de sol y una bandada de pájaros viene en busca del necesario sustento, la familiaridad de los ermitaños con los pequeños cantores del bosque era proverbial; ni uno solo de los escritores montserratinos se ha olvidado de consignarla: la mesa está dispuesta para el ágape del mediodía.

"Sobre el blanco mantel hay un pan, unas típicas vinagreras y el porrón más típico aún. El viejo ermitaño, de cara bondadosa y rostro demacrado por los años y la abstinencia, está sentado con la servilleta cabalgando



Grabado de Delaborde
**Interior de una ermita**

sobre sus rodillas. Olvidado de la comida, vuelve la mirada amorosa hacia sus alados amiguitos que, ávidos, pellizcan las migajas ofrecidas.

"En el suelo, chisporretea un brasero, en el cual se está calentando un jarro de agua.

"Dos sillas de brazos, una librería, un reloj de pared, una imagen de la Virgen de los Dolores y varios cuadros completan todo el mobiliario de esta habitación indiscutiblemente confortable."

Por lo que acabamos de transcribir se deduce que las viviendas de los ermitaños eran muy decentes, contribuyendo este bienestar de las ermitas a soportar todas las austeridades anexas a la vida solitaria.

Cierto que los antiguos Padres del desierto, Pablo, Antonio, Pacomio, Arsenio, etcétera, considerarían como a unos "relajados" a los buenos ermitaños de Montserrat y calificarían a sus celdas de suntuosos palacios. La prudencia benedictina, no obstante, organizó esta vida de anacoreta sin las exageraciones de un exaltado misticismo, de resultados efímeros, regulando sabiamente este género de vida austera, en forma soportable a la fragilidad humana, asegurando de esta manera la continuidad de la institución, al suavizar aquella vida penitente.

Por otra parte, el ermitaño de Montserrat no estaba absolutamente solo. Contaba en todo tiempo con la solicitud del padre Abad, con el apoyo espiritual del Padre Vicario y con la confraternidad con los monjes; de tal manera, que, libre de los cuidados terrenales, podía dedicarse, con una vida austera y disciplinada, a la contemplación y meditación de los sublimes misterios de la vida futura.

Eran por esto aquellos anacoretas hombres equilibrados y prudentes sin intemperantes exageraciones, a pesar de vivir en un ambiente tan apartado de la vida mundana.

Confirma cuanto acabamos de consignar la carta que Guillermo de Humbold dirigió a Goethe desde Montserrat, el cual, después de observar y conversar con los ermitaños, expresó un juicio sincero y espontáneo sobre estos solitarios.

"Diríase que un fanatismo religioso obliga a esta gente a practicar la vida eremítica; pero no, estos ermitaños son dulces, silenciosos, parecen y son realmente varones devotos. Fuera de algún caso excepcional, no aparece en ellos ni la sombra del fanatismo o la exaltación; ninguno de ellos se entrega a sueños fantásticos, a meditaciones sutiles, ni a la ociosidad. Todos viven felices en esta soledad, donde jamás sentimiento alguno hostil turba la paz de sus almas".

Laborde, que tan íntimamente conocía a los ermitaños, al juicio de Humbold, añadía: "Son hombres sencillos y rectos que temen a Dios y huyen del mal. La paz ilumina sus rostros."

CAPITULO XV

# Los ermitaños y su vida

La vida de los ermitaños estaba regulada por ciertas Constituciones o Reglamentos. Desde tiempos remotísimos se hallaban bajo la obediencia del Prior o Abad del Monasterio, quien tenía derecho de entrada, de visita, de admonición y corrección. Cuando era elegido un nuevo Prior o Abad, bajaban al Monasterio a prestar obediencia al nuevo Prelado.

Se desconocen las Constituciones por las que se regían los antiguos ermitaños. Se sabe que los abades Marcos de Villalba y padre Antonio Ferrer escribieron unas para el régimen de los ermitaños; pero éstas también han desaparecido.

El gran Abad reformador Padre García de Cisneros, dictó unas Constituciones que, con ligeras variantes, fueron observadas hasta la total desaparición de los ermitaños, en el siglo XIX.

He aquí la reglamentación de la vida del ermitaño dentro del marco de un horario preestablecido.

Durante todo el año, a las dos menos cuarto de la madrugada, el ermitaño de turno tocaba la campana de la Capilla. Le contestaba seguidamente la de la ermita más próxima y luego todas las campanas del Eremitorio.

A las dos en punto comenzaba en cada capilla el rezo de Maitines y Laudes del Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Seguía una hora de oración mental y luego otra de lectura espiritual y la recitación del Oficio de difuntos.

Después de una pausa empleada en el arreglo y aseo de la celda, rezaban Prima y asistían espiritualmente a la Santa Misa.

A continuación dos horas de trabajo manual libre, durante las cuales el ermitaño cavaba la huerta, cultivaba su jardincito, arreglaba algún desperfecto de la celda, se entretenía trabajando el boj, haciendo crucecitas, rosarios, cucharitas, o iba a buscar leña, arreglaba el camino de la ermita, etc.

Después de haber rezado las Horas Menores y oído espiritualmente la Misa Conventual del Monasterio, encendía la lumbre, preparaba la comida, ponía la mesa y comía. Luego media hora de paseo alrededor de la ermita y una hora de siesta (1).

Por la tarde, de las dos a las ocho, el tiempo transcurría entre la recitación de Vísperas, el estudio, el trabajo manual, la lectura espiritual y la meditación.

A las ocho, a excepción de los días de ayuno, que eran los más del año, rezaba Completas y, hecho examen de conciencia, hacia las nueve de la noche se retiraba a descansar.

La vida eremítica de Montserrat era de gran austeridad. El ermitaño guar-

(1) El historiador tantas veces citado, Serra y Postius, al describirnos la vida santa de los ermitaños, como nota curiosa nos dice:

"Una de las sencillas recreaciones de los Solitarios es la de los pajarillos. Es para alabar a Dios ver lo que allí pasa; porque a un silbo, u otra señal, que los ermitaños hacen para darles de comer, mañana y tarde acuden con presteza; mayormente cuando crían a sus hijuelos, para llevárselo al nido; los cuales en saliendo de él llévanlos a las ermitas, para que sepan dónde hallarán quien les haga bien y así algunos siguen a los Solitarios, como si fueran bien domados perrillos.

"Sucede frecuentemente que, estando dichos anacoretas leyendo, llegan los pajarillos y se les ponen en la cabeza, hombro, brazo o libro, obligando con este festejo y con la melodía y porfía de su canto a que les den algo de comer.

"He visto yo varias veces que, sin embargo de estar junto al ermitaño, venían los pajarillos y les tomaban los piñones, no sólo de la mano, pero aun de la boca."

Estos asomos de escenas paradisíacas nos las describe con estos primorosos versos, el ya citado Obispo de Orense:

*Los aucellets graciosos*
*Viuen allí sens susto ni cuidado,*
*Puig veurás que amorosos,*
*Se posen sobre el muscle ab desenfado;*
*Y a escuses de un pinyó que los provoca*
*Mil voltes ab lo bec besan la boca.*

*Los pajarillos graciosos*
*Viven sin susto y cuidado;*
*Veráslos allí amorosos,*
*Llegarse con desenfado,*
*Y al piñón que los provoca*
*Veces mil besan la boca.*

Que, traducido al castellano, dice:

daba abstinencia perpetua; ayunaba seis meses seguidos y los restantes del año los miércoles y viernes.

Se flagelaba tres veces por semana durante el tiempo de Adviento y, en Cuaresma, todos los días.

Dormía seis horas escasas, vestido y sobre la paja.

Un ermitaño en su ermita

Grabado alemán.

Lo que acabamos de consignar era su Regla, o sea obligación para todos; pero muchos de ellos aun multiplicaban y extremaban estas austeridades.

El aislamiento no era absoluto, pues podía recibir a los peregrinos que visitaban devotamente las ermitas, ofrecerles pan y vino, conversar con ellos breve y discretamente, a excepción de con las mujeres.

Les estaba prohibido, decía un escritor del siglo XVI, pedir nada a los peregrinos que subían a las ermitas en gran número, aunque estaban obligados a recibirlos bien y darles buenos consejos y santas exhortaciones, encaminándoles para la gloria

celestial y, cuando se iban de su ermita, "enseñarles el camino de las otras con toda claridad."

Cumplido este deber de hospitalidad, tan en armonía con el espíritu benedictino, les estaba prohibida toda comunicación con el exterior. Ni siquiera el Padre Abad podía conceder licencia para bajar al Monasterio por motivo de visitas a parientes y amigos. El Padre Vicario intervenía su escasísima correspondencia.

Tampoco eran permitidas las visitas mutuas entre los ermitaños. No podían alejarse más de un cuarto de hora de la propia ermita, excepto en los casos siguientes:

Los domingos a primera hora de la mañana se congregaban en la Ermita de Santa Ana. Aquí se confesaban, oían Misa y comulgaban, asistían a la conferencia espiritual del Padre Vicario y se retiraban en silencio a sus ermitas.

En la fiesta de la advocación de cada ermita, celebrábase en ella la Santa Misa, con asistencia de toda la familia eremítica.

En las grandes festividades de Navidad, Pascuas, Natividad de la Virgen, Todos los Santos, San Benito, etcétera, bajaban al Monasterio, asistían a los actos conventuales y acudían a las procesiones, en las cuales constituían un ejemplo de edificación para los fieles.

También bajaban al Monasterio para asistir a los entierros de los monjes y de otros ermitaños y, excepcionalmente, cuando eran llamados por los reyes, príncipes o altas dignidades eclesiásticas. Nunca pasaban la noche fuera de su celda.

Terminada la fiesta o el motivo que había ocasionado su ida al Monasterio, regresaban procesionalmente en silencio a sus ermitas.

El ermitaño enfermo podía, a su libre voluntad, pasar a la enfermería del Monasterio, o permanecer en su ermita, pues todas ellas estaban bien acondicionadas. Otros ermitaños hacían de enfermeros y el Padre Abad les prodigaba la misma solicitud amorosa que a los otros monjes enfermos.

Fuera de los casos citados no podían abandonar la ermita.

Por otra parte, el Monasterio les proveía de todo: vestido, calzado, víveres, etcétera. Dos veces cada semana pasaba un lego con una mula y dejaba en cada una de las ermitas todo lo necesario. Ninguna preocupación mundana turbaba el espíritu de estos anacoretas y así, con dilatado corazón, podían entregarse a la vida de perfección y santificación de sus almas.

## LOS CANDIDATOS A ERMITAÑOS

Una vida tan austera, propia de héroes, parece que había de ser ambicionada por un número limitadísimo de personas; pero no era así. El Abad no podía atender a las solicitudes y, antes de pasar a ermitaños, eran probados a través de un noviciado de siete años en el Monasterio, asistiendo a los actos conventuales, pero nunca frecuentando el recreo de los monjes. El silencio era inviolable y la austeridad de su vida muy superior a la de los Cenobitas.

Muchos de estos pretendientes debían esperar años y años hasta poder conseguir el anhelo de su vida: la ermita. ¡Cuántas veces, hasta los mismos reyes y príncipes de Aragón tuvieron que interceder para que sus recomendados fueran admitidos en el eremitorio! Podríamos citar documentos interesantísimos que lo confirman.

## TOMA DE POSESION DE LA ERMITA

No queremos terminar esta reseña sin insertar el ceremonial que en la toma de posesión se observaba.

El Padre Vicario, que habitaba en la ermita de Santa Ana y que era el Superior inmediato del eremitorio, acompañado de dos de los ermitaños más ancianos, bajaban al Monasterio a buscar al neófito y le acompañaban hasta la ermita.

Llegados allí, entraban en la Capilla y oraban juntos. Terminada la oración recorrían las dependencias de la ermita y juntos revisaban minuciosamente todos los objetos que estaban consignados en el inventario. Firmado éste por el entrante, se despedía de sus acompañantes y quedaba en posesión de la ermita. ¡Ya no le sería lícito abandonar jamás la Montaña Santa, conforme había prometido solemnemente a Dios el día de su profesión!

El eremitorio de Montserrat ya no existe. Dicha Institución, al igual que la Escolanía, constituía algo consubstancial con el Santuario. El vacío que dejó con su desaparición no ha sido llenado todavía.

Nuestros padres contemplaban absortos a aquellos santos varones de ejemplaridad tan grande. En aquellos siglos de fe, eran un acicate para la práctica del bien.

¿No serían también en nuestros días un poderoso reactivo para volver al buen camino a las descreídas multitudes, a las que en estos tiempos de universal trastorno, sólo les preocupa la materialidad de la vida?

Mas ya que no existen aquellos santos anacoretas, evoquemos al menos su gloriosa memoria al visitar la Montaña Santa y que ellos, que fueron en la tierra el pararrayos de la justicia divina, desde el cielo se apiaden de esta Humanidad enferma y convulsa, desdichadamente obcecada por el brillo de un progreso materializado.

CAPITULO XVI

# La escolanía

Una de las instituciones más típicas de Montserrat es, indiscutiblemente, la *Escolanía.* Está la Escolanía tan íntimamente vinculada al Santuario, que parece un elemento, "sine qua non", para la conservación de su verdadera fisonomía; pues Montserrat sin la Escolanía, a los ojos del pueblo católico, no sería el Montserrat auténtico, el Montserrat que la tradición milenaria ha consagrado como el único entre todos los Santuarios Marianos del orbe.

No existen documentos históricos que nos precisen la fecha de su creación. En un documento que se ha podido salvar, fechado el 14 de julio de 1307, se habla de los Escolanes como de una antigua institución. Consta en dicho documento que eran en número de cinco, e indica su uniforme "cota de paune"; es decir, que vestían sotana lo mismo que en la actualidad.

No es de extrañar lo exiguo del número de escolanes en aquellos remotos tiempos, pues los monjes en aquella época no podían pasar de doce.

Para explicarnos el origen de esta institución singularísima, única en los cenobios benedictinos, forzosamente tenemos que dejar paso a la fantasía.

¿Pudo ser instituída la Escolanía para perpetuar de esta manera aquella música y cantos celestiales, que la tradición nos refiere que acompañaron al maravilloso hallazgo de la Sagrada Imagen? Nadie mejor que las voces blancas de los tiernos niños y el tañido de instrumentos musicales por manos adolescentes, podía simbolizar mejor la música y los cánticos angélicos que se oyeron en la sagrada Cueva preconizando a la Imagen Taumaturga.

Rosario vespertino

Los monjes acaso se hicieron intérpretes de esta tradición y crearon la Escolanía como un coro angelical, que alternara su "Laus Perennis" con el culto que a todas horas se daba a la Virgen de Montserrat, constituyendo esta capilla de música un elemento de primer orden para que el culto revistiera el máximo esplendor.

El gran Abad Cisneros, figura central y preponderante entre todos los Priores y Abades de Montserrat, al reformar la comunidad benedictina, a tenor de la observancia vallisoletana, no suprimió la Escolanía, a pesar de ser ésta un elemento extraño para los monjes de Valladolid; al contrario, reconociendo a esta Institución como a algo inherente al Santuario, la incrementó, dándole una reglamentación prudente y sabia, pues al par que ordenó su organización como elemento del culto a la Virgen, señaló la cultura que debían tener los escolanes, al mandar que se les enseñase gramática, aritmética, etc. De modo que desde aquella época (siglo xv) ha regido para la Escolanía el plan de estudios que para esta edad infantil ha sido el mejor en todas las épocas.

Desde luego, los escolanes, desde su origen, fueron destinados exclusivamente al culto; pues a través de los siglos no consta en documento alguno que los monjes los emplearan en trabajos serviles, los cuales corrían a cargo de los donados y criados del Monasterio. Documentos antiguos nos hablan de que un escolán debía leer en latín durante la hora de la refección de los monjes y en lengua vulgar, en la de los escolanes.

## LA MUSICA MONTSERRATINA

La tradición musical montserratina es antiquísima; lo mismo ha cultivado la Escolanía la música sacra que la extralitúrgica. Existen códices caligráficos que contienen cantos populares dedicados a la Virgen de Montserrat y que se cantaban en las peregri-

naciones; cánticos que es muy lógico se atribuyan a los monjes y cuya música los técnicos la hacen datar del siglo XIII. Entre estos cantos destaca el titulado "Dolça Harmonia a la Dolcíssima Verge Maria".

En el siglo XV aparece ya perfectamente organizada la Capilla de Música de la Escolanía, pues se habla del maestro de los escolanes y del organista.

El estudio de la música es la ocupación principal del escolán. La cultura musical consiste en la teoría y práctica del solfeo, de instrumentos de cuerda y metal, del órgano y hasta de la composición.

Esta cultura de la música integral es tan antigua que, cuando el rey Felipe V, en 1707 visitó el Santuario, en presencia del cuerpo de músicos y cantores de la Corte, dió la Escolanía un concierto, ejecutando, entre otras piezas, una Salve a cuatro voces bajo la batuta de un escolán.

En los siglos XVII y XVIII se formaron en la escuela de música de Montserrat un gran número de organistas y maestros de capilla, los que invadieron las catedrales y colegiatas de España, pues se solicitaban constantemente escolanes de Montserrat para cubrir las plazas vacantes.

En nuestros días y a pesar de la divulgación de la música, en las oposiciones los escolanes de Montserrat son adversarios temibles para sus contrincantes y casi siempre son ellos los que ganan las plazas.

Montserrat, desde tiempo inmemorial, ha sido el verdadero emporio de la música sacra en España. La Escolanía, no sólo ha cultivado la más rigurosa técnica en la composición, sino también la más esmerada ejecución vocal e instrumental, habiendo

sido siempre, como hemos dicho, un exuberante plantel de maestros del divino arte.

Su tradición es gloriosísima y no interrumpida a través de los siglos más que en el triste lapso de tiempo que medió entre la destrucción del Monasterio por las tropas de Napoleón hasta la restauración definitiva del culto, cuyo centenario acaba de celebrarse.

Desde la restauración del Monasterio y la incrementación de la Comunidad, que se independizó de Valladolid en 1862, la Escolanía siguió paralelamente un ritmo ascensional, llegando al pináculo de su gloriosa fama al vestir la cogulla el insigne maestro de Capilla de la Catedral de Valencia, el Padre Manuel Guzmán, el año 1890, bajo cuya dirección la Escolanía de Montserrat alcanzó la máxima incrementación en todos sus aspectos, adelantándose en la interpretación de la música litúrgica a las normas que más tarde fijaron los decretos pontificios.

## ADMISION DE LOS ESCOLANES

La edad para el ingreso en la Escolanía se fija entre los siete y diez años. Las almas de los que cantan a la Reina de los Cielos deben ser inocentes, puras, que no hayan sufrido todavía los embates del mundo.

La ceremonia de vestir los niños a los pies de la Virgen, rodeados de sus compañeros, constituye uno de los actos litúrgicos más emocionantes. En algunos casos se les ha rodeado de la máxima solemnidad, cuando al neófito acompañan circunstancias excepcionales. Así las crónicas nos refieren que, con ocasión del ingreso en la Escolanía de un hijo de los duques de Cardona, en 29 de abril de 1736, se empleó un ritual principesco. El Abad, acompañado de dos monjes, fué a recibir a los duques a "Can Massana", y, al llegar al Monasterio, se organizó una procesión, siguiéndose suntuosas solemnidades, según constaba en los antiguos archivos del monasterio.

Se admite a los escolanes de todas las clases sociales, desde el heredero de la más alta nobleza hasta el hijo del más humilde labriego. Así como al gran Abad Garriga lo condujo su padre, un labrador de Pinós a los siete años de edad, como ofrenda a la Virgen, también los Cardona, Aytona, Moncada, Santa Coloma, Rocaberti, Requesens y otras ilustres familias de la nobleza catalana tuvieron a gran honra el que sus hijos ingresaran

en la Escolanía Montserratina; y cuando éstos, en el engranaje social, ocupaban más tarde elevados cargos, se acordaban siempre de sus años de la infancia que habían vivido en la Montaña Santa, con la dulce nostalgia de aquellos días felices transcurridos entre armonías celestes y perfumes de incienso, cabe el trono de la Virgen Morena.

Así don Juan de Cardona, almirante de las naves que defendían la isla de Malta, siendo virrey de Navarra, escribía al Padre Abad de Montserrat: "Decid a mis hermanitos, los escolanes, que no me olviden y me encomienden a la Santísima Virgen."

Diremos, para terminar, que la Escolanía es el joyel de Montserrat y el mejor ornato del solio de la Virgen y, para el peregrino, cuando escucha absorto aquel canto de la Salve y del Virolay, entonado por aquellas voces infantiles que le llegan al alma, eleva fervoroso, desde el fondo de su corazón, una plegaria a su Virgen Morena, y, lleno de devoción, exclama: "¡Un coro de ángeles en la tierra!"

CAPITULO XVII

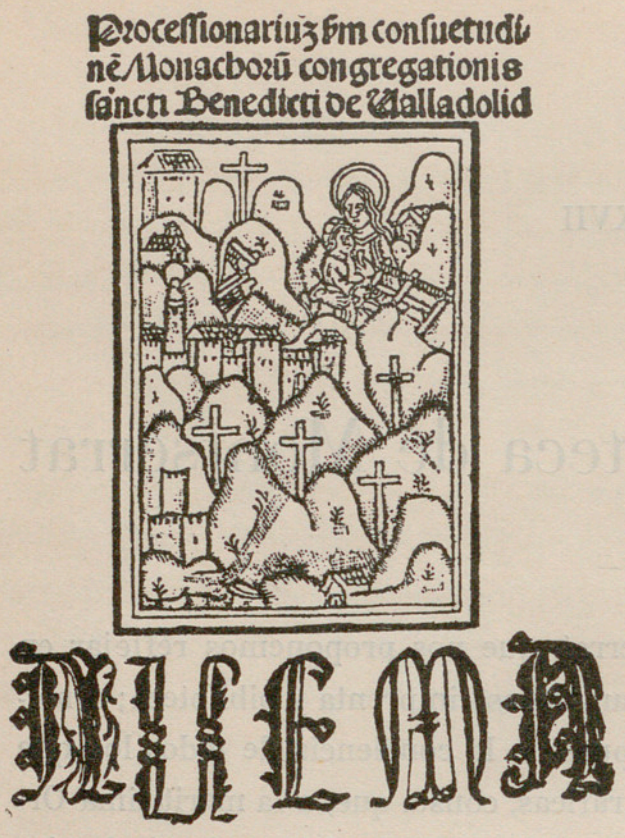
# La imprenta y la biblioteca de Montserrat

No sería completa la visión de Montserrat, que nos proponemos reflejar en estas páginas, sin el capítulo correspondiente a su gloriosa imprenta y biblioteca; cometeríamos con ello una injusticia imperdonable, pues en la conciencia de todos los que están más o menos versados en materias bibliográficas, consta que, a la meritísima Orden Benedictina le es acreedora la civilización, por haber salvado del naufragio los ingentes tesoros que, de todos los ramos del saber humano, nos legó la antigüedad.

No hay que perder de vista, por otra parte, que, a partir de su ínclito fundador, es un hecho comprobado lo que constituye un algo consubstancial con el espíritu benedictino: el amor al libro. Cuando la lectura era patrimonio de muy pocos, el gran Patriarca de la vida cenobítica en Occidente, ordena en su famosa Regla que en los días de Cuaresma todos los monjes TOMEN UN LIBRO DE LA BIBLIOTECA Y QUE INTEGRAMENTE LO LEAN. "In quibus diebus Quadragessimae omnes síngulos códices de bibliotheca quos per ordinem ex integro legant" (Cap. XLVIII 35, 38).

Ahora bien, una Orden que en los siglos medios llegó a contar con treinta y siete mil abadías, puede imaginarse el lector el número de amanuenses que debería emplear, para surtir de códices a las bibliotecas de tantos monasterios (muchos de los cuales eran además centros docentes), para satisfacer las necesidades de la gran familia benedictina. Los libros litúrgicos, los clásicos griegos y latinos, los Santos Padres, la Biblia, los libros ascéticos, etc., representaban cientos de miles de códices, abastecidos en su labor constante por los infatigables hijos de San Benito.

Montecassino, Bobbio, Malmesburgo, Lindisfarne, Luxeuil, Ripoll, Tours, Ful-




Portada del "Processionarium" Luschner. Agosto 1500

da, Sant Gall, Corbie y otras grandes abadías fueron centros productores de transcripciones, abasteciendo con ellas a las otras Abadías y Prioratos y nutriendo así sus respectivas bibliotecas; pues de los benedictinos es el famoso proverbio: "Claustrum sine armario, quasi castrum sine armentario". Monasterio sin librería, como castillo sin armería.

Los benedictinos fueron los grandes maestros de la Paleografía. Al aparecer la iluminación de los códices, fueron los cenobios benedictinos estudios del arte más delicado, cultivando la miniatura con toda su riqueza en el dibujo y colorido.

Era lógico, pues, que con esta tradición bibliófila y paleográfica, fueran los benedictinos los auténticos precursores de la imprenta, ya que está fuera de toda duda que los monjes de San Benito fueron los primeros que emplearon la xilografía (incisiones en madera), grabados en boj, que sólo separa un paso de la imprenta.

Con alegría inmensa fué recibida por los benedictinos la aparición de la imprenta; con ella, el libro tendría la difusión tan deseada y por ellos soñada.

No podía quedar Montserrat rezagado en aquel movimiento tan transcendental para la bibliografía.

Regía afortunadamente los destinos del real cenobio el, por tantos títulos gran Abad, Padre García de Cisneros, y a pesar de ser una filial de Valladolid, cumplía con la misión de las antiguas abadías matrices, suministrando las transcripciones de los códices a las abadías inferiores y prioratos.

Al saber el Padre Abad Cisneros que en Barcelona el alemán Juan Luschner tiene establecida una imprenta, envía allí a su colaborador fidelísimo, Padre Pedro de Burgos y al Padre Camps, que cierran un contrato con el impresor. Se inaugura la im-

**Ermita de San Benito**

Grabado de C. Langlois. Enero de 1830

prenta en diciembre de 1498, terminando a su satisfacción el contrato en 13 de noviembre de 1500 y enriqueciendo la imprenta de Montserrat a la bibliografía con valiosísimos incunables.

Fundada la imprenta de Montserrat, el Padre Abad Cisneros suministró a los monasterios de la Congregación los libros que necesitaban, principalmente litúrgicos y ascéticos.

Algunos años después, el Abad, Padre Pedro de Burgos, fiel continuador de la obra de Cisneros, contrató al otro famoso impresor, Rosembach, quien, en 1518, montó la imprenta en Montserrat, produciendo una riqueza de libros de inestimable valor.

Sedulij paschale cũ cõmento Antonij Nebrissensis: et Martini Guarrae cantabri annotationibus.

Portada del "Sedulii Paschále" con un escudo de Rosembach. Año 1515

Montserrat contaba ya con una imprenta: los monjes habían alcanzado el desiderátum de todos sus afanes bibliófilos.

No podía olvidar la imprenta, el Padre Abad Marcet, al completar la obra de restauración de Montserrat. Sin perder el clasicismo, fué instalada con todos los adelantos modernos y el día de San Antonio de 1919, salía de la imprenta montserratina el magnífico libro, escrito por el Padre Anselmo M. Albareda, "Historia de la Imprenta de Montserrat", verdadera joya editorial y con la que se reanudaba el glorioso historial de la imprenta montserratina, prometedora de un esplendoroso porvenir.

## LA BIBLIOTECA

En otros lugares de este libro nos ocupamos incidentalmente de la biblioteca de Montserrat. Era considerada, antes de su destrucción por los franceses, como la segunda de Cataluña; pues se estimaba que la primera era la de los PP. Dominicos de Santa Catalina de Barcelona.

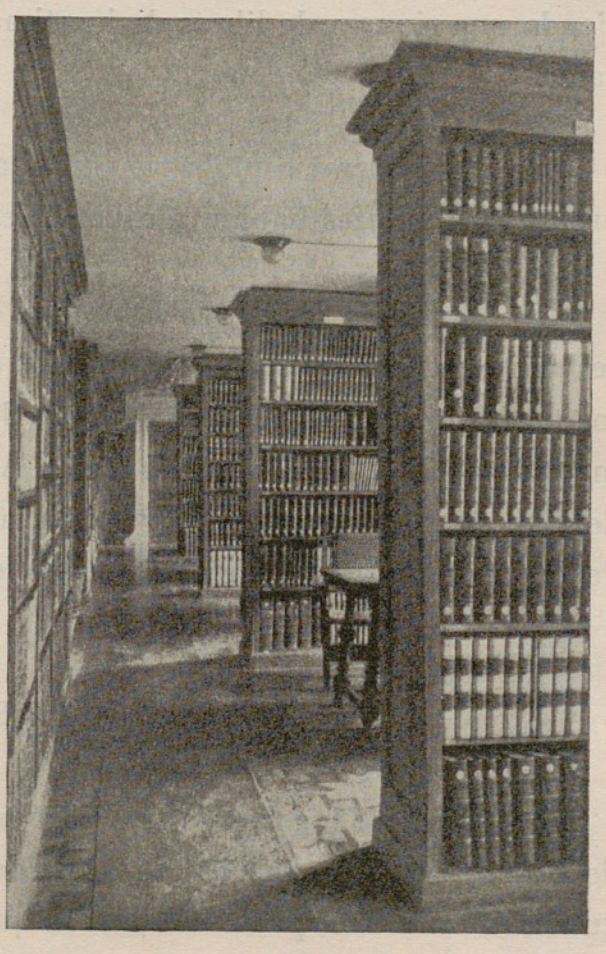
Vista de la biblioteca

Con la biblioteca desapareció el archivo, cuya pérdida es verdaderamente irreparable. Sospecharon algunos que los franceses no habían destruído, sino robado, los códices, libros y documentos de gran valor, pero hasta el presente, y a pesar de haberse practicado rigurosas investigaciones, no se ha encontrado rastro alguno de su existencia. Fueron hallados desperdigados por distintos lugares de la región, algunos incunables y diversos libros de la antigua biblioteca, contándose entre manuscritos e incunables con algunos centenares de ejemplares selectos, que es lo único salvado del antiguo tesoro bibliófilo.

Pero el Revdmo. Padre-Abad Marcet, restaurador de la imprenta, no ha perdonado ocasión ni medio, para dotar a Montserrat de una biblioteca digna del historial del real monasterio.

Ha levantado la nueva biblioteca en el mismo amplio local que habilitó, en el último tercio del siglo XVI, el Abad Felipe de Santiago, transformado espléndidamente por el exquisito arquitecto, señor Puig y Cadafalch.

Para que el lector pueda formarse una cabal idea de los esfuerzos que ha tenido que soportar el Padre Abad Marcet y la comunidad de Montserrat, basta decir que el rico contenido de este templo de la ciencia, es de CIENTO CINCUENTA MIL VOLUMENES Y SETENTA Y CINCO MIL FO-



Vista de la biblioteca

LLETOS, sin contar los duplicados. Las fotografías que ilustran este capítulo darán al lector una idea de la enorme importancia de la biblioteca montserratina.

Pero no es el número, sino la selección, lo que valoriza una biblioteca; y esto lo ha conseguido el Padre Abad Marcet, contando con la entusiasta colaboración de sabios y expertos archiveros y bibliotecarios.

Gracias a tantos desvelos, hoy cuenta Montserrat con una magnífica biblioteca.

Pero el insaciable afán benedictino por los libros acucia sin cesar al Padre Abad Marcet, y de día en día acrece constantemente el rico acervo bibliófilo con la adquisición de las obras nuevas de reconocido mérito, no sin rebuscar entre lo antiguo lo bueno y accesible, para enriquecer la biblioteca montserratina, cuya fama ha traspasado ya las fronteras nacionales.

Las devastaciones que sufrieron las bibliotecas de las Ordenes religiosas en los luctuosos días del dominio rojo, no alcanzaron a la biblioteca de Montserrat en las proporciones que eran de temer, viéndose con ello la protección de la Virgen Morena sobre todas las cosas que son a su mayor honor y gloria.